



Tempo Giardinelli

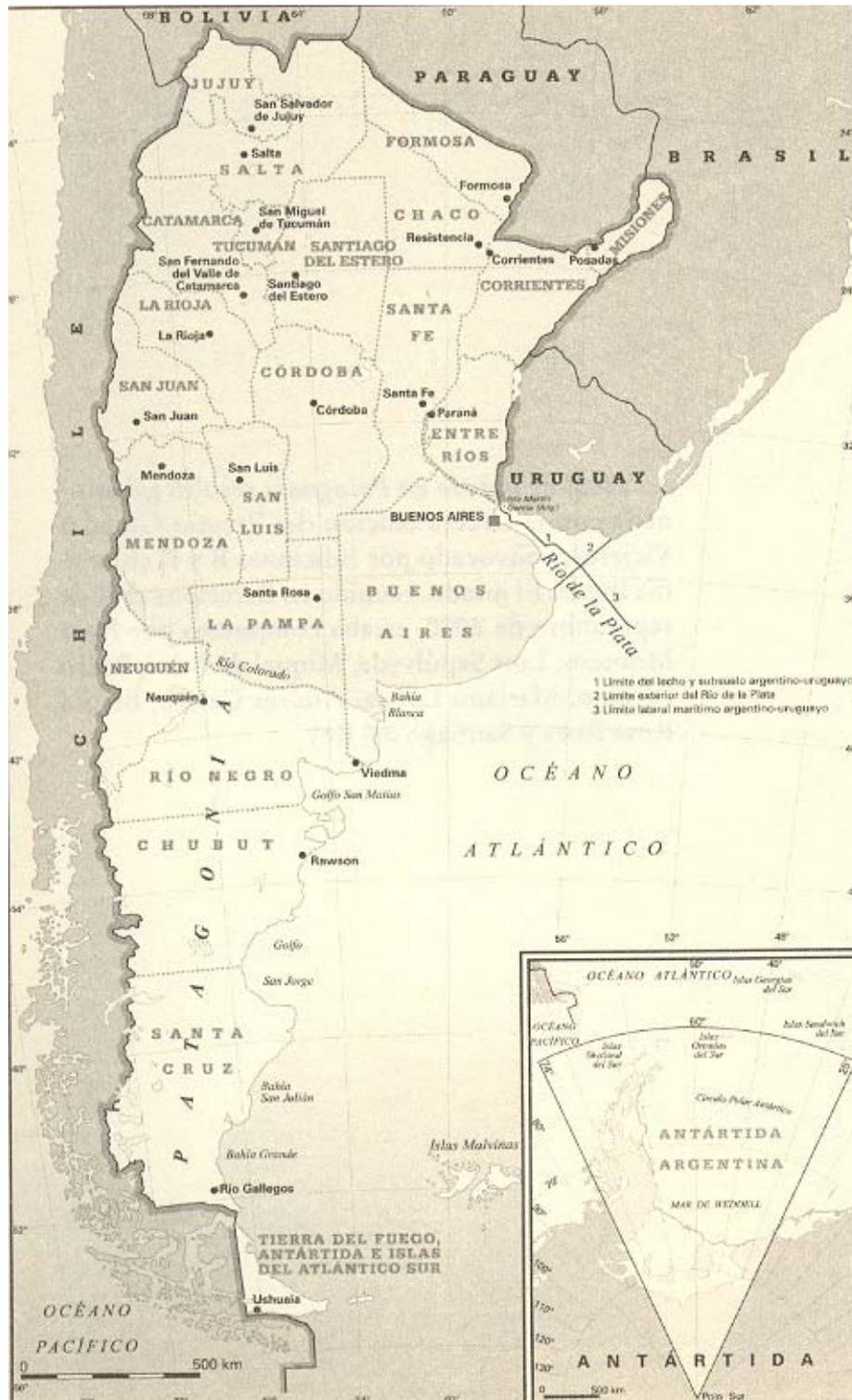
Final de novela en Patagonia

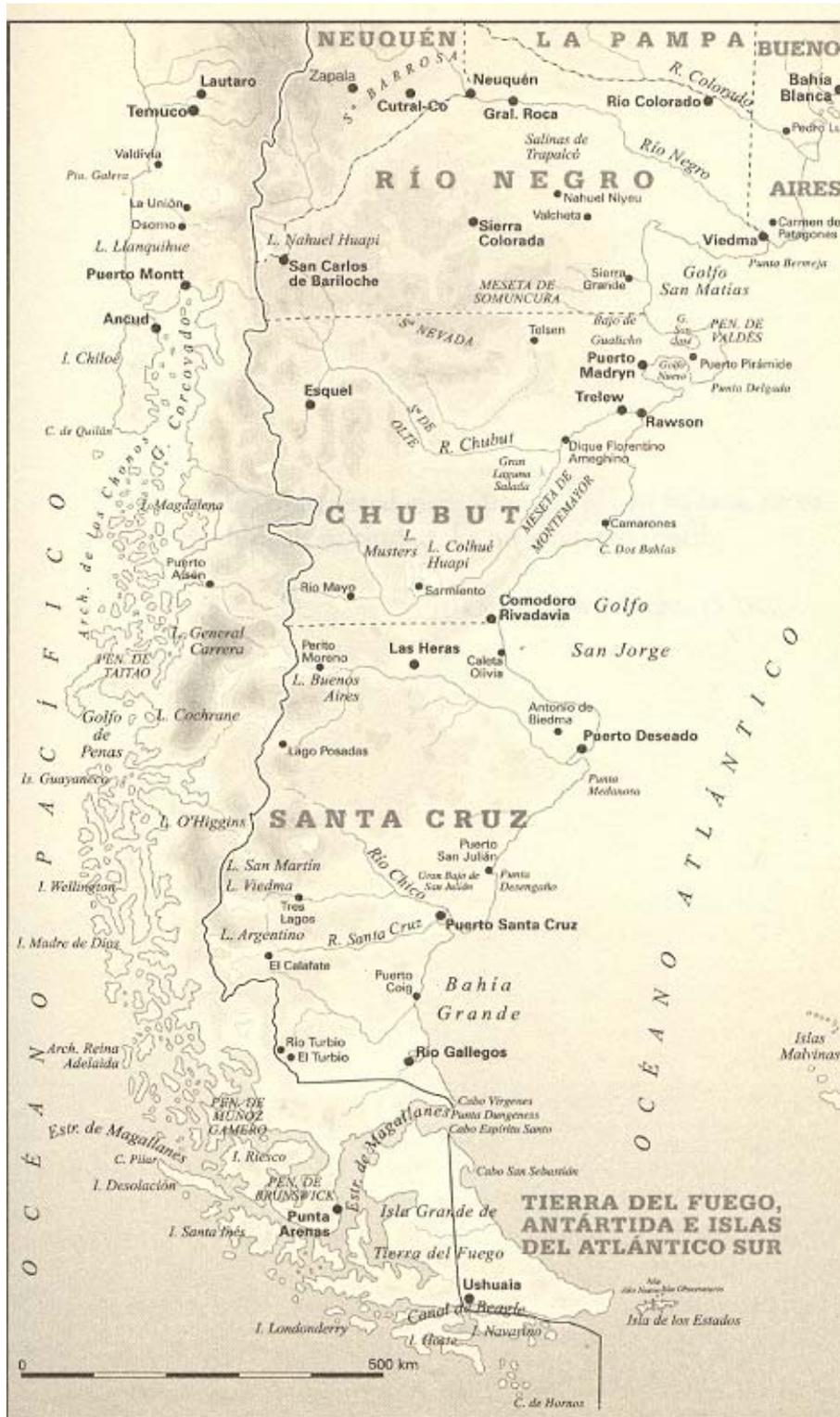
Premio Grandes Viajeros 2000

Final de novela en Patagonia resultó galardonada con la tercera edición del Premio Grandes Viajeros, convocado por Ediciones B y la compañía Iberia. El jurado, reunido en Barcelona el 20 de septiembre de 2000, estaba compuesto por Rosa Montero, Luis Sepúlveda, Miquel de Palol, Pedro Páramo, Mariano López, Andrés Castro, Blanca Rosa Roca y Santiago del Rey.

libros Tauro

www.LibrosTauro.com.ar





Cuando usted viaje, deje su vida en su casa, en su pueblo, en su ciudad. Es un artefacto inútil.

JUAN FILLOY, *Periplo* (1930)

Este libro está dedicado a Fernando Operé y a Natalia Porta López, porque los amo y porque ambos me acompañaron durante el viaje aquí narrado: Fernando fue mi copiloto en los caminos del Sur; Natalia lo fue durante la escritura. Sin ellos y el Coloradito, este libro no existiría.

1

DOS VETERANOS EN UN COCHE ROJO

La soleada mañana en que partimos parecíamos dos chicos haciéndonos la rabona, que es como se llama en la Argentina al faltazo a la escuela. Fuimos a mirar el inmenso río una vez más, y el caudal impresionante del Paraná -como siempre me sucede- logró sosegar la ansiedad casi infantil que me ganaba. Fernando me miró con sus ojos de poeta encendidos y me dijo, en voz muy baja y con su inconfundible acento madrileño: «Mucha suerte, hermanito.» En ese momento un bichu se hundió en el agua para cazar un pez, pasó una lancha con pescadores felices que regresaban de una noche en vela, y yo estuve seguro de que el viaje que íbamos a emprender valdría la pena.

Fernando y yo tenemos hijos ya grandes, y ambos estamos en edad de ser abuelos. Canosos y con más arrugas que las que nos gustarían, en ese momento éramos dos cincuentones felices de la vida porque marchábamos a una aventura que habíamos soñado todas nuestras vidas. Estábamos a más de 4.000 kilómetros de distancia del fin del mundo -nuestro objetivo- y nos lanzábamos a semejante viaje en un coche pequeño, de ciudad, el que yo uso todos los días.

Habíamos preparado esta aventura durante todo 1999 y, naturalmente, nos parecía encantador y simbólico el hecho de concretarla en el inicio mismo del año 2000. Fernando enseña en la Universidad de Virginia, en los Estados Unidos, y quería aprovechar un período sabático de clases. Yo necesitaba despegarme de lo cotidiano para concentrarme en la novela que venía trabajando y que tenía completamente atascada, como un hueso en la garganta. Me daba vueltas en la cabeza y la verdad es que me estaba complicando la vida mucho más de lo aconsejable. Algo me decía que la Patagonia me reservaba la resolución de ese texto que yo buscaba desde hacía mucho tiempo, e incluso cuando salimos tenía en mente algunos títulos tentativos: *Cuaderno provisorio de la Patagonia*; *De este lado del cielo* e incluso *Patagonia Blues*. Cualquiera de ellos me parecía con posibilidades y eso, para mí, siempre es importante: todo texto que trabajo debe traer consigo, desde el inicio, algún título probable. Aunque sólo sea para acompañarme durante la escritura. Claro que en este caso primero debía hacer el viaje. Y por supuesto, no estaba nada seguro de que ello resolvería mi problema narrativo.

Durante todo el año planeamos el viaje, a través del correo electrónico, y decidimos que entre treinta y cuarenta días serían suficientes para nuestro propósito. Teníamos, además, una fuerte limitación económica y por eso nos fijamos una cantidad de dinero como el costo tope que podíamos afrontar: hicimos un fondo común de 2.000 pesos, o dólares, cada uno, y establecimos que si ese dinero no nos alcanzaba nuestro viaje no tenía sentido. Con una camioneta 4 x 4, mucho dinero y tiempo de sobra, cualquiera puede recorrer la Patagonia.

De modo que nosotros lo mejor que llevábamos era nuestra decisión. No era que nos lanzáramos a semejante viaje improvisadamente, pero tampoco habíamos querido prepararnos en exceso. No teníamos una ruta prefijada ni habíamos tejido demasiados contactos. Teníamos algunos amigos con quienes contar en una emergencia, pero no queríamos que nuestro viaje fuera un típico y previsible recorrido turístico. La Patagonia nos parecía tan fascinante y misteriosa que preferíamos no estar preparados para lo que nos ofreciera. Lo excitante era precisamente no saberlo todo. Como cuando uno se va a encontrar con la mujer largamente deseada no son los planes previos los que garantizaran la fascinación del encuentro. Al contrario, habrá que improvisar y la magia del momento estará basada en la sorpresa y lo impensado.

Durante los últimos cinco años yo habla soñado intensamente con hacer este viaje al Sur del Sur de nuestra América. Esa región de la Argentina que para nosotros es como un final que no se quiere ver, una especie de caída del país en el mero fin del mundo. Un territorio y un límite que está en nuestra misma geografía, pero que nos resistimos a reconocer. Creo que a nuestros hermanos chilenos les sucede algo parecido, si bien ellos han tenido, históricamente, una relación más íntima con su delgada porción de Patagonia. Quizá porque del lado del Pacífico los Andes reciben buenas lluvias, quizá porque la estrechez territorial entre la montaña y el mar les ha permitido una mirada menos dispersa sobre el mundo. Pero nosotros no, la Patagonia argentina es una inmensidad vacía, un desalojo universal lleno de misterio. Más allá de toda metáfora la Argentina y Chile son dos países cuyos sures representan, ciertamente, el verdadero *finisterre* de la cartografía americana y mundial.

Pero además el Sur es para nosotros mucho más que un vacío ancestral. La Pampa y el Desierto (que es como se llamaba antiguamente a la Patagonia) son nuestra tierra literaria por antonomasia. Así como el poema *La Araucana* de Alonso de Ercilla es fundacional de la literatura chilena, a nosotros, los argentinos, el mandato nos viene desde el poema *La Argentina* de Martín del Barco Centenera (1535-1605) y sobre todo desde el poema *La cautiva* de Esteban Echeverría (1805-1851), que junto con su cuento *El matadero* son textos fundacionales de nuestra literatura. Y por supuesto también nos lo impone el *Martín Fierro*, la saga poética de José Hernández (1834-1886) que se constituyó velozmente en nuestro poema nacional, lo cual para mí es un asunto que debería discutirse mucho todavía, porque no estoy seguro de que hoy, en el año 2000, el *Martín Fierro* sea emblemático de lo mejor de nosotros sino, quizá, anticipo involuntario de mucho de lo peor.

Claro que yo advertía que se me cruzaban otros textos, algunos filmes, los infaltables lugares comunes patagónicos. Yo había leído algunos textos clásicos de la región, como el de Bruce Chatwin (*En Patagonia*, de 1975); también conocía las *Aguafuertes patagónicas* de Roberto Arlt (publicadas en enero de 1934 en el diario *El Mundo* de Buenos Aires) y más recientemente me había impactado *La Ruta Argentina*, estupenda compilación de textos de los siglos XVIII y XIX realizada por Christian Kupchik a mediados de 1999. Me había maravillado con algunos de los textos que él antologa allí, como el de Charles Darwin sobre su viaje por la boca del Río Negro. Por supuesto, también guardo para siempre la viva impresión que me causó hace muchos años la lectura de *El origen de las especies*, un libro que, aunque no se refiere específicamente a la Patagonia, la contiene y la alude. También es inevitable mencionar un libro fundamental, quizá el que más contribuyó a instalar en la conciencia de los argentinos a la Patagonia como un problema nacional: *La Patagonia rebelde*, de Osvaldo Bayer, luego llevado al cine en 1974 en una extraordinaria versión filmada por Héctor Olivera.

En fin, yo tenía que escapar de todo aquello, de igual modo que tenía que huir de textos como *Patagonia Express* de mi entrañable amigo Luis Sepúlveda e incluso de *Periplo*, el primer libro escrito por mi maestro Juan Filloy a finales de los años veinte, y que es una clase magistral de libro de viajes.

No quiero excederme ahora en divagaciones literarias o cinematográficas, pero debo decir que aquella mañana de comienzos de febrero de este año 2000, cuando salimos de mi casa en

Paso de la Patria, Corrientes, y cruzamos el largo puente sobre el Paraná y entramos a Resistencia para resolver algunos asuntos de último momento, yo ya sabía que jamás dejaría de lado. Para cualquier escritor las influencias insoslayables, pero en estos tiempos hay que estar más alerta que nunca: frente al vulgar plagio que vemos todos los días, muchas veces disfrazado de «homenaje» o de «intertextualidad» cuando no es repetición textual que niega el crédito al original, se impone el desafío de reinventar lo conocido pero desde la creación de nuevas originalidades.

Resistencia es la capital de la provincia del Chaco, en el Nordeste de la Argentina, y a Fernando y a mí nos atraía mucho la idea -¿ simbólica?- de cruzar el país verticalmente, como recorriendo un meridiano desde la frontera misma con la República del Paraguay hasta el extremo sur del continente. Esos 4.000 kilómetros hasta Río Gallegos, capital de la provincia de Santa Cruz, eran en sí mismos una aventura. Cualquiera puede observar en los mapas que la Argentina tiene una forma más o menos triangular, como un isósceles con el vértice abajo y el lado más corto arriba. Se puede decir que es un país con dos nortes y un único sur. El Chaco está en el ángulo nordeste y Santa Cruz es el vértice Sur. Pero para nosotros Río Gallegos iba a ser, en cierto modo, sólo el inicio de la travesía: desde allí pensábamos cruzar transversal mente esa provincia para llegar hasta los glaciares precordilleranos, desde donde volveríamos hacia el norte bordeando los Andes por la mítica ruta 40, ese camino de ripio y piedras que según todos los mapas carreteros y varios informantes que consultamos suele ser intransitable durante buena parte del año por razones climáticas. El camino más difícil del de la Argentina, sin dudas, el verdadero cruce del Desierto.

Nosotros estábamos seguros de que queríamos hacerlo, y lo íbamos a hacer. Por eso no creo que haya sido casual que la noche antes de partir yo soñara nuevamente uno de mis sueños recurrentes.

Sueño de un genovés

En el sueño, el hombre viaja en una carreta tirada por bueyes que se desliza sobre el mar. Atraviesan tempestades, calmas chicas, se suceden soles y lunas, y la carreta no se detiene. Los bueyes jalan, literalmente, contra viento y marea. Sus pezuñas van arando la superficie marina pero, por supuesto, no dejan huellas.

El hombre advierte que el sueño es de una extraña intemporalidad y que es eso mismo lo que lo hace, si no grato, inquietante. Incluso lo apasiona ver que en el horizonte del sueño amanecen gaviotas. Se oye un grito en alguna arboladura.

Se produce un corte en el sueño y de pronto se ven árboles exuberantes más allá de playas doradas de arena y de sol; hay pájaros multicolores, ríos y cascadas, y hasta unas gentes extrañas como aquellas de las que habló Marco Polo el *Veneciano*.

Las visiones se superponen y se enturbian. El sueño se torna borrascoso, se oyen gritos e imprecaciones, y hay como una atmósfera preñada de peligros. El que sueña desea despertarse pero evoca, justo antes de la vigilia, a Dante, a Giotto y a Leonardo, artistas que jamás se limitaron, que sólo tuvieron rumbo ascendente y que, probablemente, también desesperaron en sus sueños.

Cuando despierta, y mientras se calza lenta, pensativamente el jubón, decide que esa misma mañana irá a la Corte para pedir audiencia con Doña Isabel y Don Fernando.

PROTAGONISTAS E ILUSIONES DE NOVELA

El plural que utilizo en este texto, como he dicho, incluye a Fernando Operé, catedrático de la Universidad de Virginia, en los Estados Unidos. Déjenme decir unas palabras acerca de él: es un madrileño típico, simpático y seductor, con todas las virtudes del español moderno y casi ninguno de sus defectos: Fernando es suave, elegante, culto, respetuoso, modesto y sincero. Es una de las personas más confiables que uno puede encontrar en la vida, derecho como una hipotenusa y además canta y recita maravillosamente a Lorca, Hernández y Machado, y es poeta él mismo y de los buenos. Desde hace veinte años enseña historia y literatura en Virginia. Vive en el campus de esa Universidad, en la muy bonita ciudad de Charlottesville, y nuestra amistad tiene una historia extensa y rica que en este texto no viene al caso. Pero que ha sido enhebrada a lo largo de los últimos dieciseis años.

Mediante sucesivas electrocartas, a lo largo de todo el 99 habíamos organizado la lista de cosas para llevar, que se componía del montón de objetos obvios que llevan los viajeros como nosotros -varias cámaras de fotos, tienda de campaña, bolsas de dormir, grabadora, linternas, cuchillos y mapas- incluyendo por supuesto mi computadora y mi cuaderno de apuntes lleno de textos frustrados, protocuentos y la relación de mis sueños, que para mí son una especie de práctica autoral cotidiana.

Porque -permítaseme la digresión- yo sueño siempre casi todas las noches. O mejor dicho: sueño en casi todos mis sueños. Y como tengo la costumbre de dormir siesta invariablemente todos los días, eso me garantiza por lo menos unos setecientos sueños por año. Por supuesto, la inmensa mayoría de ellos no sirve para nada y surgen condenados al olvido. Pero hay algunos que se repiten, otros que me impresionan, otros que me despiertan la sospecha de que podría aprovecharlos como material literario. A éstos yo digo que «los guardo». Esto es: los escribo, los anoto en algún papel, en libretas o cuadernos, y de vez en cuando los traspaso al ordenador. Algunos de esos sueños -desdichadamente muy pocos porque mi mundo onírico es generoso pero no muy brillante- los he convertido en cuentos o utilizado como fragmentos o sueños de mis personajes en algunas novelas,

Fernando había llegado a Resistencia a finales de enero y en una semana cumplimos con todos los rituales de la preparación. Estábamos muy excitados y en esos días hablamos mucho de nuestros planes y de antiguas lecturas. Enumeramos libros, catálogos y revistas, para advertir que la bibliografía patagónica ya es nutrida, pero en particular recordamos las novelas de Osvaldo Soriano y su Colonia Vela, ese pueblo literario que perfectamente puede ubicarse en los límites de La Pampa y la Patagonia, en el borde mismo de la realidad y la parodia. También evocamos la impresionante novela de David Viñas *Los dueños de la tierra* (1958); *Bajo la tierra* (1974) y algunos cuentos de *Con otro sol*, de Diego Angelino; la reciente *La traducción* (1997), novela de Pablo de Santis que se ambienta en un imaginario puerto atlántico patagónico; y por supuesto la inmensa producción de los escritores propiamente patagónicos: yo conocía y admiraba los cuentos, relatos y poemas de Asencio Abeijón, David Aracena, Aquilino Elpidio Isla, Luisa Peluffo, Juan Carlos Moisés y Gerardo Burton, entre otros. Sí, y también de autores no argentinos como el brasileño João-Batista Melo, el ítalo-brasileño Luigi del Re y el chileno Francisco Coloane.

Por el lado del cine, yo guardaba la impresión de hermosos planos de muchas películas con temas patagónicos rodados en los últimos años *La película del Rey* (de Carlos Sorín), *La nave de los locos* (de Ricardo Wülicher), *El viaje* (de Pino Solanas), *El Faro* (de Eduardo Mignogna), *Flores amarillas en tu ventana* (de Víctor Jorge Ruiz), *La vida según Muriel* (de Eduardo Milewicz) y *Mundo grúa* (de Pablo Trapero), todas las cuales rendían homenaje, en cierto modo, al gran clásico del cine argentino que es *La Patagonia rebelde*. Y otro filme que me hacía mucho ruido interno era

Caballos salvajes, de Marcelo Piñeyro, porque en esa exitosa película también había una parejita que huía por los caminos del Sur y etcétera, etcétera. Y digo «también» porque yo tengo mi propia pareja literaria, Victorio y Clelia, que protagonizan mi novela *Imposible equilibrio* (de 1995) y a quienes había decidido retomar para que continuaran su peripecia en otras latitudes, precisamente la Patagonia. Mi plan consistía en llevarlos conmigo en este viaje e ir escribiéndolos sobre la marcha. Ése y no otro era el texto que yo tenía atascado y que tanto me desvelaba.

Creo que los preparativos terminaron cuando nos dimos cuenta de que tantas referencias literarias y cinematográficas no nos hacían bien. Podían incluso ser contraproducentes. Nuestro viaje debía ser el que nos saliera a nosotros, y punto.

El tercer protagonista -y luego actor principalísimo- fue mi pequeño coche rojo, un Ford Fiesta del 98 que uso en mi vida diaria y al cual simplemente le hicimos un servicio de rutina en una concesionaria. Desde que lo compré fue bautizado como «Coloradito Pérez» y, como es obvio, se trata de un coche moderno y para uso ciudadano. Con Fernando nos juramentamos a no tener prisas ni exigencias excesivas. Simplemente queríamos recorrer la Patagonia viendo qué nos ofrecía, que limitaciones imponía, qué nos gustaba y qué no. Con el Coloradito formaríamos un trío y pues entonces cada uno a lo suyo. Por eso descartamos alquilar una camioneta especial para ese tipo de largos viajes, esas fantásticas 4 x 4 que en los últimos años se han puesto tan de moda en todo el mundo y que suelen ser usadas para traslado familiar en las ciudades antes que para su especificidad. Nosotros llevamos por supuesto, una segunda rueda de auxilio y un elemental equipo de herramientas y repuestos, algo así como una caja de primeros auxilios mecánicos que no tuvimos necesidad de usar pues el coche funcionó perfectamente. Pero nada más porque nuestra idea era hacer el viaje del modo y con el tiempo que mejor se pudiera y por los caminos que el Coloradito pudiese afrontar.

Reacomodamos varias veces la carga, porque la estiba de muchas cosas en un coche pequeño no es tarea sencilla. Más adelante, ya en plena marcha, advertiríamos la inutilidad de la carpa y las bolsas de dormir, por ejemplo, pues no las usamos jamás porque nos dimos cuenta de que terminábamos cada jornada tan agotados que no sólo no teníamos deseos de levantar un campamento sino que necesitábamos urgentemente una cama. Nos fuimos arreglando con hoteles de una o dos estrellas, modestos y baratos, de los cuales hay recomendables y muy limpios en casi todas las ciudades y pueblos de la Patagonia. Lo mismo nos sucedió con la guitarra, que fue una inclusión absurda porque aunque los dos somos capaces de entonar alguna capcioncilla sin desafinar demasiado, y nos encanta cantar a dúo, de hecho jamás la sacamos del estuche y sólo sirvió para ocupar lugar y fastidiamos. Igual que la segunda rueda de auxilio: colocada en el espacio que queda libre detrás del asiento del copiloto, no hacía más que incomodar al que ocupaba ese asiento, que no se podía reclinar. Pero llevada con nosotros funcionó cabalísticamente porque, una de dos: o la llevábamos y en todo el viaje no la necesitábamos; o la dejábamos pero a riesgo de que nuestra vida fuese un infierno porque en la Patagonia casi no hay gomerías ni auxilios y los caminos son espantosos. Por supuesto la llevamos y nos incomodó, pero en más de 10.000 kilómetros recorridos por caminos horribles, no nos hizo falta cambiar gomas ni una sola vez.

Cuando yo era chico, era común que los muchachos jugáramos a los *cowboys*. Era la época del cine épico norte-americano y John Wayne, Gary Cooper, Audie Murphy y otros famosos actores de los cincuenta y sesenta encarnaban héroes de ficción que para nosotros, los chicos de entonces, resultaban fascinantes. No sabíamos, y al parecer también lo ignoraban nuestros padres, que estábamos siendo colonizados. Lo importante era que los imitábamos y por eso en los cumpleaños no había mejor regalo que unas cartucheras con revólveres de plástico, botas tejanas o sombreros de alas voladoras. Por supuesto, lo que siempre nos faltaba era el caballo, ese compañero insustituible del cowboy y al que sólo nuestra imaginación podía concebir. Pero era tan importante el caballo que un palo de escoba al que uno montara e hiciera corcovear imaginariamente bien podía ser un corcel de fantasía perfectamente capaz de saltar el mismísimo Cañón de Colo-

rado de un brinco formidable. Bueno, a todo lo largo de este viaje el Coloradito Pérez se constituyó en mi caballo imaginario.

La luminosa mañana de enero en que el enorme globo multicolor se descolgó del cielo como una araña cae del techo, etérea y segura a la caza de la mosca, Victorio Lagomarsino contempló el paisaje sintiendo que el verde se le filtraba en las venas como para cambiarle el color a su corazón. Silenciosamente, como si no estuviera sucediendo nada, el globo se había posado unos minutos antes en medio de un trigal esplendoroso e infinito que, en algunas partes, estaba siendo segado. Como a un kilómetro se veía una trilladora en movimiento, roja como un tomate con patas.

Despeinado y con el aspecto de quien ha pasado los cincuenta años y debe empezar el balance de sus muchas derrotas, Victorio saltó a tierra y enseguida giró para extender la mano a esa mujer mucho más joven, que podía parecer su hija pero que no era su hija, y que tampoco era demasiado bella pero se sabía poseedora de la hermosa insolencia de la juventud. Montada sobre la barandilla de la góndola, ella tomó la mano de él y también saltó graciosamente a tierra.

Los demás pasajeros contemplaban La Pampa santafesina con evidente desinterés. Ignoraban exactamente dónde se había posado el globo, y no les importaba demasiado establecerlo porque cada uno de ellos provenía de otras, múltiples, lejanas geografías, y el propósito de su viaje era completamente otro.

El hombre que parecía comandar el dirigible, de barbita decimonónica y terno y moñito a la moda de la Inglaterra victoriana, fue el único que los saludó con un severo pero enternecido movimiento de cabeza.

-Adiós, Don Julio, y gracias -dijo Victorio, sin soltar la mano de la muchacha.

-Adiós -dijo ella también, sonriendo con el mismo esplendor de la mañana.

-Adiós -dijo el victoriano de barbita, con una ligera y elegante inclinación de cabeza.

Inmediatamente el gigantesco globo aerostática empezó a elevarse nuevamente, con velocidad y fuerza, como si todos los fuegos del mundo hincharan el aire que lo remontaba, como si los aires calientes que lo inflaban como a una teta magnífica tuvieran urgencia por desaparecer entre las nubes, esa implacable discreción del cielo en el que rápidamente se perdieron.

El hombre miró a su alrededor como mensurando distancias. A lo lejos, sobre una porción de campo devastado por la segazón, pululaban bandadas de pájaros que escaraban la tierra en busca de los restos de la cosecha de granos. La muchacha señaló un autobús que pasaba, silencio, como medio kilómetro hacia el poniente. Evidentemente había allí una carretera. Hacia allá se encamino sin esperar que el hombre la siguiera.

Ella se veía extremadamente bella esa mañana, y él estaba demasiado cansado. Por eso, cuando llegaron hasta la vera del camino, antes de cruzar el alambrado e instalarse en la banquina, fuera para hacer dedo hacia algún lado o para caminar por el costado de la carretera, él suspiró profundamente y se recostó en el pasto, debajo de un enorme jacarandá todavía florecido. Hacía mucho calor, y algunos moscardones daban vueltas sobre ellos, como sorprendidos y a la vez encantados por la presencia humana. Clelia Riganti se sentó a su lado y empezó a morder un tallito de gramilla.

-Y ahora, Vic ¿Cómo sigue la película?

-No sé -dijo él lentamente, haciendo una pausa entre una palabra y la otra, como quien está cansado de dar explicaciones-. Sé que sigue, pero no sé el final. Si es que habrá un final..

-Siempre hay -dijo ella y lo miró a los ojos.

Lo anterior es el inicio de la novela que yo había empezado a escribir antes de viajar a la Patagonia. Algo me decía que ese territorio me reservaba el resto de ese texto que yo buscaba desde hacía tanto tiempo. Durante cinco años había pensado que Victorio y Clelia debían protagonizar nuevas aventuras. Me parecía que en *Imposible equilibrio* ambos habían quedado incompletos, a punto de caramelo, digamos, como si algo no hubiese terminado de cuajar. En esa novela ellos son perseguidos por la incompreensión y se salvan montándose en un globo aerostático-literario pilotado por Don Julio Verne.

Uno es demasiado exigente, hay que admitirlo, y ya se sabe que no hay peor crítica que la del propio autor, de modo que no podía saber si mi sospecha tenía sentido o eran puras majaderías autorales. Pero algo debía haber porque esa pareja, igual que otros dos personajes llamados Rafa y Cardozo siempre retornaban -y vuelven aún, y a cada rato- en forma de deseo escritural. El caso es que en esa novela que yo escribía mentalmente mientras conducía, Clelia y Victorio bajan de aquel globo en plena Pampa santafesina, cerca de la ciudad de Rafaela, decididos a rehacer sus vidas. Victorio ha resuelto comenzar de nuevo junto a esa chica audaz y encantadora, y Clelia, como toda muchacha enamorada, está decidida a todo y a cualquier cosa junto a su hombre. Planean comportarse como ciudadanos normales, como una pareja que va a instalarse tranquilamente en algún lugar, donde acaso fundarán una familia. Victorio ya ha pasado los cincuenta y casi dobla en edad a Clelia, que además parece su hija, pero se aman y se ríen de ellos mismos y de los prejuicios de la gente que adora fantasear sobre los veteranos que se meten con chicas que podrían ser sus hijas y/o sobre las muy degeneraditas que se enganchan con viejos verdes. Por ahí va la novela, hasta que de pronto la maldita policía se les cruza en el camino: los confunden con ladrones fugitivos, los persiguen, algo sale mal y la vida se les complica. Entonces Victorio roba un coche y se lanzan hacia el sur y ya no pueden parar. En dos días llegan a la Patagonia, siempre huyendo de las policías provinciales, y así inician un viaje que -desde luego- yo aún debía escribirlo porque nosotros mismos apenas lo estábamos comenzando.

Todos los preparativos fueron importantes, pero nada me excitaba más que la perspectiva de acabar esa novela. Fernando, por su parte, llevaba su propia libreta de apuntes y a cada rato gatillaba sus cámaras, y yo sabía -me daba cuenta- de que además de todo lo que he dicho, para nosotros el viaje no dejaba de ser sino un juego fascinante, una aventura de dos hermanos que se eligieron en la vida. Y sabía, además, que se trataba de indagar en lo que se podría llamar la poética del viaje.

¿Qué es un poema sino miedo,
trompetazo, petalo,
incorpórea genealogía?
¿Qué es la poesía
sino la emoción violenta
que produce el punto de partida
hacia lo nunca visto, lo improbable
o el ocaso?
¿Cuál es el verso final,
el imprecisable verso final
que sintetiza el ansia del regreso?
¿Qué queda del poema, finalmente,

cuando se ha pensado todo,
se ha decidido nada
y apenas sobreviven
preguntas inseguridades soledad fracaso dudas
o sea palabras, sueños, nada?

3

PRESAGIOS, PENSAMIENTO MÁGICO E HISTORIA

Nuestra primera escala fue en Mercedes, Corrientes, donde está el dizque «santuario» del Gaucho Gil. Aunque todavía estábamos muy lejos de la Patagonia, ésta fue -de hecho- la primera experiencia fuerte del viaje: la figura del «gauchito milagroso», como se lo llama, nos acompañaría durante todo el periplo.

Yo conocía esta leyenda porque todos los que vivimos en el Nordeste argentino la tenemos a diario ante nuestras narices, y me pareció que Fernando también la apreciaría, si ese verbo es el adecuado. Así que nos detuvimos, en plena siesta caliente del verano correntino, y en una hora recorrimos el sitio, que asombra como manifestación cabal del primitivismo de un pueblo y como ejemplo perfecto de idolatría aplicada. El Gauchito Gil (es más famoso aún por el diminutivo cariñoso) es hoy, sin ninguna duda, la figura más emblemática del imaginario religioso argentino contemporáneo. Junto con la Difunta Correa, Ceferino Namuncurá, la Madre María y acaso algún otro «santo» profano local, este héroe pagano es el mayor fenómeno de cultura popular y paradigma del pensamiento mágico que se ha extendido inconteniblemente en la Argentina del fin del siglo XX.

La leyenda es sencilla y proclama que en la segunda mitad del XIX, *circa* 1850, un gaucho bueno y pacífico llamado Antonio Mamerto Gil Núñez fue víctima de una evidente injusticia que le costó la vida. Por una denuncia equivocada una cuadrilla policial lo detuvo para llevarlo a juicio en Goya ciudad distante muchas leguas hacia el oeste. Como era usual en aquellos tiempos, durante el traslado los policías solían matar a los prisioneros antes de que se los juzgara, con el pretexto de que habían intentado escapar; así fue que el sargento que mandaba aquella partida estaqueó a Antonio Gil para degollarlo. Éste tomó con toda calma su destino y no sólo no se resistió sino que antes de morir le dijo a su matador que de todos modos lo perdonaba y aun le advirtió que cuando volviera a su casa encontraría a su hijo gravemente enfermo; le aseguró además que el muchacho se curaría si se acordaban bien de él y rezaban una plegaria por su alma. El sargento no le creyó, por supuesto, y lo sacrificó colgándolo de un espinillo, árbol típico de la región. Luego despidió a la cuadrilla policial, conjurados todos para el silencio, y volvió a su casa. Al llegar, en efecto, encontró a su hijo moribundo. Entonces se acordó de Gil y le rezó toda la noche, desesperado, rogando al alma en pena que salvara a su muchacho. Y el muchacho se curó: al día siguiente se reponía velozmente mientras su padre, el sargento arrepentido, cortaba un espinillo y hacía una cruz, que plantó después en el mismo lugar del degüello. Es allí, cerca de la ciudad de Mercedes, donde hoy se venera esa cruz y se ha desarrollado una industria popular impresionante, que mezcla el paganismo con el kitsch y la pobreza con el oportunismo porque la creencia dice hoy que todo caminante o viajero que no se detenga un instante a saludar al Gaucho Gil carecerá de fortuna y de protección en el resto del camino.

Una de las características de este supuesto héroe milagrero correntino es el color rojo: las figuras del gaucho lo muestran envuelto en un poncho y con una vincha en la cabeza, ambos de ese color. También suele representárselo con una lanza, en cuya punta hay un estandarte colorado. Y en el «santuario» se ha desarrollado lo que hoy se llamaría un *merchandising* formidable en

el que ese color es dominante: se venden vinchas, ponchos, banderines, pañuelos, pulseras y todo tipo de objetos de ese color. Ello se debe a que en la época de la tragedia que padeció Antonio Gil la provincia de Corrientes estaba gobernada por el Partido Liberal, cuyo color representativo es el celeste cielo. Sus Opositores -y enemigos acérrimos- eran, desde luego, los conservadores, cuyo color identitario es el rojo. Gil tenía, al parecer, simpatías por el Partido Autonomista, organización del conservadurismo que fue fundado por el general, escritor, periodista y presidente argentino Bartolomé Mitre, quién gobernó el país entre 1862 y 1868.

No sucumbimos a la tentación de llevar una bandenra roja colgada del espejo retrovisor del Coloradito. Pero lo que no sabíamos entonces era la cantidad de veces que el Gaucho Gil se nos aparecería en el camino, a todo lo largo de la Patagonia.

Seguimos viaje y esa primera noche estuvimos en Buenos Aires, para una breve escala. Salimos al alba del día siguiente, cruzamos la inmensa provincia bonaerense -que es más grande que toda Italia- y llegamos al anochecer a Bahía Blanca, donde dormimos la segunda noche. De allí partimos la tercera mañana y, entonces sí, el paisaje empezó a cambiar. No es una convención topográfica solamente: bien puede decirse que es al sur de esta ciudad donde termina La Pampa húmeda y comienzan las praderas secas de la Patagonia argentina, esa gigantesca y misteriosa superficie escarpada y completamente árida de 787.291 kilómetros cuadrados, solo en territorio continental: más de dos veces la Alemania unificada; por ejemplo; o la mitad de todo México: o Gran Bretaña, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Portugal, Austria y Alemania juntas... Pero habitados por apenas un millón y medio de personas 1,88 habitantes por kilómetro cuadrado.

Políticamente son cinco provincias (que es como se llama a cada uno de los veintitrés estados confederados que forman la República Argentina). De Norte a Sur: Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y la más nueva de todas: Tierra del Fuego, Malvinas e Islas del Atlántico Sur. Según algunas interpretaciones incluso la provincia de Buenos Aires, entre Bahía Blanca y Carmen de Patagones, forma parte de la Patagonia. De hecho, la ruta 3, en el cruce del río Colorado sobre esa carretera, tiene un cartel que anuncia: «Aquí comienza la Patagonia» y eso está en territorio bonaerense. Otras interpretaciones sugieren que la mitad sur de la Provincia de La Pampa, por sus condiciones topográficas, sus interminables salinas y su pampa árida, también pertenece a la vastísima región patagónica. Y hay quienes sostienen que se podría sumar otra superficie colosal: más de 1.200.000 kilómetros cuadrados contando las islas argentinas al Este del Cabo de Hornos (incluyendo las Islas Malvinas y la Isla de los Estados), así como la península antártica y las llamadas Antillas del Sur, que integran las Islas Orcadas del Sur, las Sandwich del Sur, las Georgias del Sur y las primitivas Islas San Pedro, descubiertas en 1756 por el buque español León.

Como fuere, lo que caracteriza y unifica políticamente a todas estas provincias es -en vez de síntesis- la lejanía del poder y el olvido, en los hechos, de la mayoría de los argentinos. Desde una perspectiva económica, la Patagonia es nuestro territorio más rico en petróleo y sus posibilidades mineras, inexploradas aún, parecen infinitas. Y en la superficie, el viento que lo barre todo: ovejas, guanacos y ñandúes, y hasta un litoral marítimo riquísimo en especies que están siendo devastadas por la explotación comercial más irracional y feroz.

A lo largo de toda la ruta 3, que corre en paralelo al Océano Atlántico, nos acompañarían esos vientos implacables y la soledad más desoladora, y también comenzarían todos nuestros descubrimientos.

Para los lectores no argentinos de este libro, interesará saber que Mitre fue quien dirigió la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) contra el Paraguay de los López, conflicto sangriento e interminable que sólo detuvo la intervención de Domingo Faustino Sarmiento (presidente entre 1868 y 1874). Mitre fue figura política importantísima de todo el final del siglo XIX: fundó el diario La Nación y mantuvo una enorme influencia durante las pre-

sidencias de Nicolás Avellaneda (1874-1880) y Julio Argentino Roca (1880-1886), quienes debieron enfrentar lo que entonces se llamaba el «Problema del Desierto». O sea, la cuestión de la Patagonia, territorio ocupado desde siempre por los indios, que no reconocían soberanía nacional alguna y atacaban sin cesar todos los asentamientos. Existe una vastísima literatura sobre la materia, para quien se interese por ello, pero digamos aquí que las políticas conservadoras que dirigieron la «Conquista del Desierto» (tal el nombre eufemístico con el que se designó al avance devastador sobre la Patagonia) tenían por objeto atajar los ataques indígenas y desplazarlos hacia la cordillera de los Andes, demarcar de ese modo la frontera con Chile y establecer asentamientos. Lograron casi todo; sólo les faltó esto último. De manera que aquel desplazamiento militar -calificado por algunos historiadores como genocidio- y la incapacidad para establecer poblaciones, es lo que explica, cien años después, el vacío humano de la Patagonia.

4

PRIMERAS IMPRESIONES DEL DESIERTO

Mientras dejábamos atrás Bahía Blanca, a eso de las ocho de la mañana, nos sentíamos -otra vez y como tantas veces- excitados como colegiales. Jamás he sido boy-scout, pero los he visto, desesperados por salir a caminar. He visto también a mi papá, cuando yo era chico, prepararse desde el viernes a la tarde para ir a pescar el sábado al alba, al río Salado o a cualquier otro brazo del Paraná donde él sabía que pululaban cardúmenes de bogas o corvinas. Esa pasión le permitía olvidar las responsabilidades de toda la semana para pasarse un largo día ensartando carnadas bajo el sol implacable o aún bajo lluvias inclementes.

A los costados, con disimulo, buscábamos con los ojos las primeras muestras de la Patagonia: el desierto, los pastos ralos, las mesetas que nos indicaran que ya estábamos cabalgando sobre esas inmensidades míticas. Pero todavía era pronto para nuestra ansiedad. Y es que la Patagonia se va mostrando de a poco, se diría que sutilmente. En la porción bonaerense, que va de Bahía Blanca a Carmen de Patagones, es cierto que La Pampa húmeda se acaba paulatinamente, y que comienza la aridez y se ve el ganado más flaco. Pero todavía hay mantos verdes, pastizales nutricios que se mueven al ritmo del incesante viento marino. Sólo al cabo de una hora de marcha aparecen las primeras piedras, los primeros suaves valles pre-desérticos. El paisaje va cambiando y uno quiere que se torne lunar, porque el viajero es ansioso y necesita que lo que ven sus ojos confirme lo que él espera. Es una idea clásica, inevitable, que la Patagonia confirma, sí, pero en esa región lo hace muy lentamente.

Fernando, ya experto cebador de amargos, alistaba entre mate y mate sus cámaras fotográficas cuando, a unos 100 kilómetros al sur de Bahía Blanca, llegamos a una pequeña población llamada Pedro Luro, pasando la cual se cruza el río Colorado, que funciona como una especie de símbolo, un pórtico acuático de entrada a la Patagonia. Antes del puente carretero y sobre el costado derecho hay una pequeña plazoleta con una estatua de Ceferino Namuncurá, hijo del cacique araucano Manuel Namuncurá y a quien educaron sacerdotes de la orden de Don Bosco. Ceferino, a quien se llama el Lirio de las Pampas y a quien se ha intentado reiteradamente beatificar, murió en Italia en 1905 a los diecinueve años de edad.

Tras cruzar el puente, sobre las aguas relativamente mansas del Colorado, está el vistoso cartel que pomposamente anuncia el comienzo de la Patagonia. Es inevitable entonces hacer dos cosas allí: sentir una leve emoción y detener el coche para tomar fotografías. Nosotros hicimos las dos.

Cuando reanudamos la marcha, sin embargo, todavía la Patagonia no se muestra como uno la imagina: desértica, pedregosa, casi lunar. Durante un buen rato, la sensación dominante no es otra que la del tedio: la monotonía del paisaje decepciona un poco. Contrasta con la ansiedad del viajero, desatada por semejante cartel. De modo que luego de un largo silencio optamos por hablar de las expectativas que cada uno tenía. Las de Fernando eran bien precisas: confirmar in situ los paisajes que trabajó durante años pues su vida profesional estuvo signada por esta tierra a la que hasta ahora sólo conocía a través de los libros: tanto su tesis doctoral (*Civilización y barbarie en la literatura argentina del siglo XIX. El tirano Rosas, de 1987*) como su reciente *Historia del cautiverio en la América Hispana (1999)* lo vincularon, desde muchos años atrás, a la Patagonia.

En cuanto a mí, como he dicho, viajaba con aquella novela atragantada. No podía con ella: intentaba una variación sobre la escritura de una novela, procuraba experimentar registros nuevos, quería retomar personajes y ver cómo se movían en nuevos escenarios, pero nada calmaba mi ansiedad. No solamente no veía la salida, sino que ni siquiera encontraba el camino. La esquiva inspiración -o como se llame el irreprimible y desesperante deseo de escribir- no terminaba de llegar hasta mis puertos, léase mi ordenador. Por momentos yo pensaba que el texto posible desandaría estos paisajes que recorríamos, pero enseguida me desalentaba. Nada nuevo, debo confesado, porque toda parición novelística me provoca, siempre, más o menos la misma angustia. Pero no por conocida la angustia, se la sufre menos.

Un par de horas después llegamos a lo que sería nuestra primera, breve escala propiamente patagónica: las ciudades de Carmen de Patagones, donde termina la provincia de Buenos Aires, y enfrente Viedma, capital de la provincia de Río Negro. Ubicadas una en cada margen del río Negro, son ciudades que se diría complementarias: nacieron juntas entre 1779 y 1780.

La primera de ellas, a la que muchos llaman simplemente «Patagones», y cuyos habitantes se llaman «maragatos» porque los colonizadores originales eran de la región de la Maragatería, en León, España, es una ciudad con rica historia: allí se libró la batalla decisiva de la guerra con el Brasil, en 1827, que reafirmó la soberanía argentina sobre la Patagonia. Tiene un casco urbano de unas dieciocho manzanas, de configuración irregular y en una zona de pronunciadas pendientes naturales, donde hay muchas construcciones antiguas, casonas coloniales, la magnífica torre que quedó del Fuerte Río Negro y la notable Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, que domina el paisaje regional. Después de recorrer el centro de la ciudad, caminamos por la avenida costanera y en ese momento recuerdo vivamente las descripciones de Darwin y de Arlt, distantes exactamente un siglo la una de la otra. En 1833 el naturalista del Beagle describió con precisión la boca del Río Negro, y en enero de 1934, en el diario *El Mundo*, Arlt escribió estas palabras, tan poéticas como vigentes:

Patagones es un pueblo donde se puede morir de muerte romántica.

Patagones es una niña bien. Aspira.

Patagones podría ser una ciudad costera de Brasil.

Patagones es bonito como un beso de novia. En día de lluvia.

Patagones es noble, rústico y severo y, al mismo tiempo, dulce como un menino.

Para escribir sobre Patagones hay que ponerse una mano en el corazón y entornar

[dulcemente los ojos...]

Del otro lado del río está Viedma, una ciudad más moderna, que en 1985 estuvo a punto de ser consagrada capital de la República Argentina. Ambas ciudades se vinculan mediante dos vías: el viejo Puente Ferrocarrilero construido en Alemania en 1930, que es un crimen histórico que se encuentre en un estado de abandono tan penoso, y el más moderno Puente Villarino. Bajo una lluvia torrencial, más digna de los trópicos que de estas costas, cruzamos el primer puente y paramos a comer en uno de los restaurantes que están a la orilla del río, que es precioso de ver: de aguas

limpias, correntosas, se advierte su deseo desesperado por llegar al mar. Son aguas que vienen de la cordillera, que han cruzado el desierto y han sido testigos del vergel que es el Alto Valle y de la miseria espantosa de los pueblos de piedra y viento donde la gente no tiene trabajo ni esperanzas. Nos detenemos a mirar el paso de una lancha, una barcaza que parece extraer piedras o arena del cauce, y los restaurantes de las dos orillas, que, vacíos de gente, nos hablan de la tristeza de la lluvia pero también de los bolsillos magros por culpa de la crisis económica. Le cuento entonces a Fernando el sueño del Presidente Raúl Alfonsín, quien quiso que esta ciudad fuera capital de la Argentina a mediados de los ochenta, cuando todavía era posible pensar que la recuperación de la democracia traería aparejada la bonanza económica. Aquel sueño, le digo, debió tener mejor suerte: hubiera descentralizado a este inmenso país neurotizado por una ciudad -Buenos Aires- tan hermosa como frívola. Pero el chiquitaje nacional no lo entendió así y todo se redujo a una frustración, una más.

A los postres yo evoco la *Argirópolis* de Sarmiento, quien a mediados del XIX soñó con la capital de los Estados Unidos de la América del Sur instalada en la Isla Martín García, ese pequeño paraíso perdido en medio del Río de la Plata. Aquel breve libro publicado en 1850 y de marcada y fantástica intención utópica, rescataba entre otras cosas el valor de las piedras (base de las civilizaciones duraderas y material del que carecía la barrota Buenos Aires) porque «no hay gloria sin granito que la perpetúe».

Cuando salimos de Viedma y retomamos la ruta 3, advierto que no he llamado a ningún contacto de los muchos que me han dado amigos míos que a su vez tienen amigos en la Patagonia. Repentinamente me doy cuenta de que nuestro viaje será nomás, inevitablemente, un viaje literario, al menos en el sentido de la conversión textual de la experiencia. Es necesario que no existan condicionamientos para ello, de modo que lo lamento, amigos, pero yo no quiero ver a los amigos de mis amigos. No quiero que nadie me diga cómo es la Patagonia, ni que me sugieran que vea tal cosa o que deje de ver aquella otra. Yo quiero apreciar todo lo que se presente ante mis ojos, y quiero mirarlo todo virginalmente. Quiero *sentir*, quiero que lo que aparezca o me suceda no esté previsto. Descubro que es por eso que no he leído ni releído casi nada sobre la Patagonia en los últimos tiempos: porque los viajes de otros fueron eso: viajes de otros. Y yo quiero *hacer* un viaje, *mi viaje*, quiero construirlo paso a paso y para ello es preciso no leer otros viajes. Y menos los lugares comunes de la Patagonia literaria como el libro de Chatwin y todos los libros posteriores que se escribieron sobre el promocionado libro de Chatwin. ¡Oh, no! Con el mayor de los respetos, señoras y señores, declaro que he decidido que toda experiencia ajena será, en este caso, negativa. Contaminará mi propia experiencia. Por eso estas páginas que ahora escribo son, pretenden ser, ante todo una incitación. Yo quiero decidir al lector: «Oiga, la Patagonia vale la pena, pero le juro que lo más hermoso de viajar por ella es descubrirla uno mismo, por sí solo. ¡Vaya y cómasela con sus propios ojos!»

Sí, ya sé que también está la realidad, que es tenaz, prolífica, engañadora, muchas veces perversa y paradójicamente siempre generosa. Es por eso que la desdicha -o sobre todo la desdicha, como sugirió Jorge Luis Borges- nos impulsa a hacer literatura de todo lo que pasa y nos pasa.

Y también me doy cuenta de que es como si uno no pudiera -realmente no pudiera- dejar de lado todas las oportunidades que la vida nos da, o que la Naturaleza nos muestra, siempre incitante y asombrosa.

La mirada que intercambian está llena de sugerencias. En los ojos de ambos hay una historia previa, una peripecia que los mantiene unidos desde hace pocos días, pero muy intensos. Se miran en los ojos del otro y sonríen. Victorio se yergue y se apoya sobre un codo. Acerca su boca al hombro descubierto de Clelia, y comienza a besarla muy suave-

mente. Deposita una andanada de pequeñísimos besos en un par de centímetros de piel. Ella se estremece, cierra los ojos y se aplica a sentir los labios de él, que dejan a su paso besitos como migas de pan y producen un mínimo chasquido y un como vientito sobre la piel. Así han de ser, imagina, los labiecitos de un bebé cuando succionan vida de un pezón, hambrientos, suaves, casi imperceptibles.

-Me estoy mojando toda, Vic... -dice ella con voz súbitamente ronca, tabacal, de contralto asustada y nerviosa porque debe acometer un solo muy difícil. Estira una mano y la apoya sobre el pantalón de él. No hay nada que explote ahí abajo, aún, pero lo que hay es algo que está vivo. Un bulto amorfo y apretado que ella investiga mientras él sigue besándola en el hombro y luego baja suavemente por el brazo, respira en su axila, estira la lengua como para llegar hasta el flanco de un pecho.

-Nos vamos a inundar los dos -dice él y se abrazan, y abrasados como tizones encendidos y en su máximo calor, ruedan sobre el pasto, las piernas enredadas, tocándose aquí y allá como exploradores de una caverna oscura, buscando estalagmitas y rugosidades, planicies y senderos, y se desnudan lenta, desordenadamente la una al otro, y van quedando desnudos como recién nacidos en la maravillosa y esplendente mañana santafesina, rodando en el trigal ahora, más allá de un alambrado bajo el cual han pasado sus cuerpos como pasaría una tortuga. Y se buscan y se encienden más y más, y se hunden y conquistan, se ocupan y se liberan, se encajan y se incitan, se unen y se funden, metales, maderas, lienzos, pasto, unánimes como un cielo, jerarquía establecida que se rompe, orden que se desbarata, reordenamiento, cosmos.

Y se mueven como, en un tango de compases inaudibles, a un ritmo profundo y milenario que sólo sus corazones, sus cuerpos desnudos pueden interpretar. Es una música antiquísima, de marcha perfecta como la de la máquina de las estrellas, eterna como el agua y el viento, siempre renovada como el fuego y el mar, cambiante como la tierra o el sol.

La alegría de esa mañana se expresa en esa cotorra que pasa gritando, vieja chismosa de pampas y cielo que enseguida se pierde con vuelo atolondrado, imprevisible y fugaz. Como el del amor.

Victorio termina exhausto, deshecho. «Me vas a matar -dice en voz muy bajita-. Cómo me gustaría morirme haciendo el amor con vos, morirme adentro de vos.» Y se queda dormido, como desmayado. Clelia vigila su sueño; cuida de él como una madre, una enfermera, una hermana. Como una hembra, piensa ella, enorgullecida. Jamás en su vida se ha sentido tan plena, tan dulcemente pasional.

Al cabo de un rato Victorio se despierta. Abre los ojos y se mira en los de Clelia. Y dice: «Me muero de hambre, che.»

5

EL GAUCHITO GIL EN LA PATAGONIA

Todavía impregnados de la impresión que nos dejó nuestro paso fugaz por Mercedes, y por el santuario profano del Gaucho Gil, nuestra sorpresa es enorme cuando nos topamos con él en el mero inicio de la Patagonia propiamente dicha, a la vera del Atlántico, en San Antonio Oeste, Río Negro. Aunque todavía no lo sabemos, es una visión que nos acompañará todo el tiempo, todo el viaje.

En la Bahía de San Antonio, al norte del golfo San Matías, hay dos puertos llenos de historia y tradiciones. El más viejo es San Antonio Este, uno de los refugios naturales más antiguos de América. Allí recaló incluso Hernando de Magallanes hacia 1520. Actualmente es el principal puerto frutero exportador de la Argentina, y permite el movimiento de buques de gran calado. Enfrente, aunque a unos 60 kilómetros de carretera, del otro lado de la bahía está San Antonio Oeste, puerto fundado en 1905 y que hace dos décadas alcanzó un cierto desarrollo industrial y turístico, sobre todo cuando hacia 1980 se publicitaron las virtudes de las aguas atlánticas en el área balnearia de Las Grutas, una bella zona de acantilados bañados por las aguas atlánticas más cálidas de la Argentina, incluso de noche.

En el cruce carretero de la entrada al pueblo, de pronto el desierto parece coronarse con algunas edificaciones inesperadas: ninguna en buen estado, todas desteñidas por el sol y el viento. Lo único nuevo es una estación de servicio que contrasta con las cascajientas construcciones que se ven del otro lado, sobre la ruta que viene de Choele Choel y General Conesa: una vieja casa en cuyo frente se lee: «Thalía. Wiskería-Show»; un taller mecánico que parece cerrado para siempre; una dudosa gomería y enseguida la estridencia de una casa cuadrada, pintada de rojo furioso: «Night Club y Wiskería La Gata.»

-¿Y éstos, qué son? -le pregunto a un chico que está sentado a la puerta de los baños de la gasolinera viendo cómo dos tipos grandes, presuntamente camioneros, encienden velas rojas ante un altarcito dedicado al Gaucho Gil a un costado de la carretera y de los camiones.

-Quilombos, ¿qué van a ser?

-¿Siempre están abiertos? -pregunto para disimular la torpeza de mi primera pregunta.

-Se supone que abren a las doce de la noche, pero se puede ir a cualquier hora -responde el chico con desinterés mientras ordena sobre una mesita, con prolijidad de burócrata, un platito con un jabón, una pila de toallas de papel y un par de peines. Ha supuesto que no le daré más que una convencional moneda, y está concentrado en los dos tipos, que ahora parecen rezar. Tan atractivas le resultan las velas rojas que ni se inmuta cuando se detiene a cargar nafta un impac-tante Mercedes Benz convertible, rojo sangre y con capota negra, con patente de Chile y del que desciende un tipo que parece un playboy mexicano: chaparros, botas de tacos altísimos, pancita, bigotazos negros, cadena de oro en la muñeca y anteojos oscuros. Dentro del coche se ve una rubia de mejor pasado que presente y cara de agotamiento, que mira la inmensidad vacía con ojos vacíos.

-¿Y qué tal se pone?

-Hay lindas chicas.

-¿Laburan mucho?

-Éstas sí, las que están jodidas son las del puerto.

-Aquí hay mucha prostitución, parece.

-Y qué otra cosa van a hacer -me corta el chico, con el desinterés intacto.

Miro el paisaje, que en la siesta caliente parece el desierto de Arizona pero no en versión de Hollywood sino menemista. Hacia el Sur la «Parrilla El Caminante» está cerrada, pero enfrente está abierta «Palitos. Fast Food & Snack Bar». Más allá hay un hotel, no sé si decente o arreglado con los de «Thalía» y «La Gata».

Me alejo del baño y circulo entre un par de camiones cargados de lana sucia, otro que lleva ovejas vivas en dos pisos y uno, enorme, frigorífico. Entro al negocio, que se llama «Shopping» y me sirvo un café. El flaco de la caja no sonríe cuando digo que no sé si pagar un café o un coffee.

Me pregunta qué hago por allí y se lo digo. Me cobra y dice:

-¿Vio el partido?

-No, esta selección argentina me deprime.

-Drintín, le decían. ¿Qué es eso?

-Equipo de los sueños, o equipo soñado. Boludeces.

-No digo usted, pero mire que hablan al pedo los periodistas, ¿eh? ¿Por qué no paran un poco?

-No pueden -defiendo gremialmente, aunque sin convicción-. Tienen que morfar.

-Por eso nadie les cree.

Me quedo mirando la estepa gigantesca tras los vidrios sucios. El viento, afuera, sacude nubes inmensas como si fueran mi guitas de pan del cielo. «Esto es la Patagonia», pienso, como echando de menos los intensos verdes y el horizonte siempre cargado de detalles. Aquí el paisaje se abre como una rosa gigantesca al amanecer: virgen, incitante, imprecisable. En esas divagaciones estoy cuando escucho que en una mesa hablan con una tonada que me es familiar: han dicho «calle» y «pollo» pronunciando las dos eses perfectamente juntas. Ni cashe ni caie.

-¿Correntinos? -me atrevo, desde la barra.

-De Bella Vista pueblo, Lavalle Departamento -responde con orgullo un gordito de mirada inteligente y sonrisa de político. Enseguida nos trenzamos en una conversación como de hora del mate después de la siesta: salieron hace una semana y van a visitar a unos parientes, en Comodoro Rivadavia. Dice que es demócrata cristiano y que justo este fin de semana se reunía la convención nacional del partido, en Empedrado. Él estaba por ir, por supuesto, pero la familia lo convenció de rumbear para el Sur. Con él viajan la patrona, dos chicos y la abuela, que «no quiere morir sin conocer la Patagonia». Y señala la inmensidad como si ella pudiera abarcarse con un gesto. Por eso primero pasaron por Mercedes para hacerle unas promesas al Gauchito y pedirle la gracia de un buen viaje. Alza la mano y muestra la cinta roja que lleva atada en la muñeca: simboliza la buena suerte que el «santito» provee a quien cree en sus poderes. Yo comento que estoy impresionado por la cantidad de altares paganos con banderas rojas que se ven por los caminos: los he visto en Entre Ríos y Santa Fe, en Zárate y Mar del Plata, en Carmen de Patagones y ahora aquí, como si todas las rutas fuesen vías de peregrinación.

-El que debiera ir un día de éstos es el nuevo Presidente -dice el correntino haciéndome un guiño y marchando con su familia hacia un viejo R-12 que está afuera. Del espejo retrovisor cuelgan un gauchito de plástico y unas cintas coloradas. Del parabrisas ha sido rasquetado un adhesivo que decía: «Vote a Menem.»

Cuando regreso al Coloradito, comento con Fernando mi charla con el correntino. Él opina que el pensamiento mágico no deja de ser una versión de la inocencia popular. Yo le digo que en países como los latinoamericanos no es tan inocente. El descrédito del análisis y la investigación, como de la lógica y el pensamiento crítico, se ha venido convirtiendo, cada vez más, en un sustituto de la razón. El sincretismo -y la creencia o mal llamada «fe» en el Gaucho Gil es un ejemplo cabal de sincretismo- lleva a que muchísima gente tenga estos supuestos por verdaderos. Son sólo ideas basadas en el voluntarismo antes que en la razón, ilusiones cimentadas en la necesidad o el deseo que se apoderan de la pobre inocencia de la gente. Cuando el pensamiento mágico sustituye al pensamiento crítico razonado, yeso se generaliza en una sociedad, pueden esperarse consecuencias sociales graves.

Hablando de estas cosas, pasamos muchos kilómetros de aburrida estepa. Hasta que recupero, de mi cuaderno de apuntes, un sueño que soñé hace mucho y que me parece pertinente reproducir:

Pequeña vida eterna

Refiere James George Frazer que cerca de Oldenburg, en el Ducado de Holstein, existió una dama que comía y bebía alegremente, y que poseía cuanto deseaba hasta que deseó vivir para siempre. En los primeros cien años todo anduvo bien, pero después empezó a encogerse y arrugarse, hasta que no pudo andar, ni estar de pie, ni comer ni beber.

Pero tampoco podía morir. Al principio la alimentaban como si fuera una niña, pero llegó a ser tan diminuta que la metieron en una botella de vidrio y la colgaron en la iglesia. Todavía está ahí, en la iglesia de Santa María, en Lübeck. Es del tamaño de una rata, y una vez al año se mueve.

Lo que me impresiona es que en el Chaco, en las selvas de El Impenetrable, existió hace muchos años un ser simétrico: una dama correntina amancebada con un mataco de las costas del río Bermejo, que comía y bebía alegremente y poseía cuanto deseaba, también un día deseó vivir para siempre. En los primeros cien años todo anduvo bien, pero después llegaron los blancos y por el miedo que sentía empezó a encogerse y arrugarse, hasta que no pudo andar, ni estar de pie, ni comer ni beber. Como tampoco podía morir, los matacos al principio la alimentaron como a una niña, pero ella se fue encogiendo y llegó a ser tan diminuta que al cabo la metieron en una botella de vidrio que colgaron en la iglesia de los blancos, a un costado del Cristo. Dicen que todavía está ahí, en la iglesia perdida de Santa María del Bermejo. Del tamaño de una chicharra, una vez al año se mueve y además canta.

6

LA ESTEPA, MITO Y REALIDAD

Entre San Antonio Oeste y la península de Valdés, a lo largo de unos 320 kilómetros el camino es una larguísima recta ondeada. Ni siquiera sinuosa, pues casi no hay curvas. La carpeta asfáltica es como el delicado oleaje de un mar en calma: en suaves ondas asciende lomas moderadas y en suaves ondas cae a leves depresiones, nunca más de 50 o 100 metros hacia arriba, ni 50 o 100 hacia abajo. Es, de hecho, una planicie de piedra, de colores acres y amarillos, en los que la Nada comienza a ser una costumbre. La misma Nada que encontraremos durante todo el viaje, que ha desencadenado mitos y leyendas y que ejerce un enorme atractivo sobre millones de personas de todo el planeta. Curiosa, la gente.

Conduzco a una velocidad promedio de 100 kilómetros por hora. Por las ventanillas abiertas el viento, amable y marino, nos despeina y rompe el silencio que mantenemos. Es un silencio respetuoso: como el de quienes ingresan a una catedral, a un templo. La Patagonia es eso: un templo sacramental del magno espectáculo del mundo. En algunas playas, allá, debajo de los acantilados, debe haber algunos pocos turistas exóticos que adoran el tibio sol y gustan de bañarse en los remansos cálidos de las frías aguas del Atlántico Sur. Por allá hay balnearios famosos, como Las Grutas, un sitio donde el océano milenario ha venido rasgando las piedras y formando caprichosas cavernas en las que aguas templadas y cristalinas penetran cada noche.

De pronto pienso en Luis Sepúlveda, el narrador chileno que hoy es un ilustre asturiano de Gijón que vive junto a otros acantilados, en la costa cantábrica. Luis es uno de mis hermanos literarios. Cuando el año pasado le confié mi deseo de viajar por la Patagonia, con generosidad de maestro me ofreció contactos, amigos, consejos. Le dije, entonces, que seguramente recurriría a él, pero luego no lo hice. Lo fui dejando para después y, al final, no le pedí ayuda. Ni a él ni a nadie. Pero sólo ahora, mirando estas vastedades que el sol de la siesta ilumina como un desierto de película, entiendo cabalmente por qué. Ahora comprendo que no quise apoyos de ninguna índole por la misma razón por la que no releí ni el famoso libro de Chatwin ni ningún otro de los varios que pasaron por mis manos en los últimos, digamos, veinte años: porque todo consejo o idea externa me habría condicionado. Le hubiese quitado libertad a mi vuelo.

Es cierto que guardo hacia cada uno de ellos mi gratitud, como de cada libro un recuerdo más o menos impreciso. El del inglés, siendo un libro tan interesante y original para su tiempo, de

todos modos me dejó para siempre la sensación de haber sido yo testigo de algo ligeramente inauténtico. O quizá sentí que tenía una mirada demasiado europea para mi gusto, entendido ello como una mirada que, antes que comprender, juzga; es una mirada -la europea, en general- que finalmente siempre nos juzga. Y suele ser un juicio nada leve.

No por la misma razón -pero sí por esos mismos prejuicios- tampoco releí al propio Luis, de igual modo que ni siquiera recorrí con la mirada mi biblioteca y descarté velozmente las muchas informaciones turísticas sobre la Patagonia que durante años fui recogiendo aquí y allá, e incluso en algunos viajes breves que hice a Neuquén, a Trelew o a Puerto Madryn por razones profesionales. Y es que ahora yo quería entregarme como lo hacía en este momento: con mi capacidad de asombro intacta y abierto como un lirio. No quería estar «preparado» en ningún sentido. Era una postura que podía sonar soberbia, sin dudas, y ahora mismo, cuando lo escribo, soy conciente de que puede parecerlo. Pero no podía evitarlo y debo decir que ni siquiera fue una decisión conciente; simplemente sucedió.

De todos modos, Luis me acompañaba. Desde *Un viejo que leía novelas de amor* y *Mundo del fin del mundo*, no hay viaje que no me lo haga presente. Mientras conducía, yo pensaba en los múltiples personajes que un autor es capaz de parir, y en que sin embargo, paradójicamente, esa diversidad no suele ser el factor más importante en la obra de un autor. Pensaba, por ejemplo, en los personajes de García Márquez y me parecía que, como en los de Soriano o del Erskine Caldwell de *El camino del tabaco*, un sólo personaje -Aureliano Buendía, Rocha o el viejo Jeeter-los resumía a todos. Desde luego, yo sentía sus presencias en el habitáculo del Coloradito Pérez. Y pensaba en nuestras desesperaciones autorales: esos momentos de ansiedad extrema que te atacan en un tren o en un avión, o en mitad de la noche en una habitación de hotel a la que nunca regresarás, y que te impone la urgencia de escribir, de acabar ese cuento, de salvar esa novela que se te está yendo de las manos. Pensaba en los cimbronazos que se producen en la vida de muchos escritores: han escrito una primera, laboriosa, paciente y estupenda novela, macerada en esperas, tiempo y hasta austeridad. Dado el éxito, agentes y editores empiezan a exigirle a ese autor que produzca una novela por año, o aún más. Y el autor responde: vive para esto y empieza a descubrir que quizá viva *de* esto. Y responde y produce, como loco, porque en el manicomio que es la cabeza de un escritor (la idea, que me encanta, es de Juan Filloy) siempre hay locos sueltos y situaciones insólitas capaces de hacerse novela. Pero la obra, cuando se escribe a destajo, inexorablemente se debilita. Y el buen lector se da cuenta. La literatura necesita un tiempo que sólo el escritor ha de saber medir. Y que se mide por los curiosos relojes que definen su propio tiempo interior. El buen loco no se cocina en una mañana. Por eso es tan difícil sostener un parejo nivel de calidad a lo largo de toda una obra. Sólo así se explica la grandeza de los Grandes: Proust, Mann, Borges, Calvino, Yourcenar, Paz, Rosario Castellanos, Monterroso...

Hablamos de esto con Luis, una noche en Gijón, una mañana en el Chaco, una larga sobremesa en París. Mientras conduzco como si yo fuera la punta de una flecha roja que atraviesa el desierto, y mientras escribo este texto, pienso en el silencio que guarda Luis últimamente. Recuerdo los silencios de Soriano cada vez que terminaba un libro y empezaba a rumiar el siguiente. Evoco la sabiduría de Reina Roffé, que macera tan lentamente cada uno de sus textos. Y el magnífico silencio literario de veintiocho años que guardó el centenario escritor cordobés Juan Filloy. Y entonces entiendo definitivamente el consejo de Juanito Rulfo: «Mejor publicar poco, para no arrepentirse mucho.» Sé que cada uno de nosotros, cuando se llama a silencio, se está preservando, escudado en una reclusión productiva. Pienso en Luis y lo celebro como se celebra la felicidad de los amigos.

La Pampa árida, interminable, de pastos amarillos y piedras cada vez más grandes y abundantes, pasa a un costado como en esas escenas de las películas en que el protagonista va en un tren y afuera pasa el paisaje, como ráfagas. La Patagonia toda me parece una ráfaga. Yo soy Dirk Bogarde en un expreso inglés. Soy Pepe Arias en la estación del kilómetro 111 viendo pasar los trenes del progreso, que desdichadamente en la Argentina pasaron de largo... y también soy Dar-

win cruzando estas estepas con un salvoconducto del mismísimo Juan Manuel de Rosas, mientras se pregunta por lo sacro y lo profano en esta región del mundo de infinita poesía e infinita tristeza, yerma y agobiada como una madre de ubres secas. Imagen de mi adolorido país, este absurdo incomprensible.

De cómo Darwin empezó a idear su libro

Refiere Charles Darwin que Leibnitz atacó a Newton por haber introducido cualidades ocultas y milagros en la filosofía; lo acusó de «subversivo para la religión natural y, por inferencia, para la religión revelada», y todo porque le aterraba que la ley de atracción y gravedad le hiciera perder el equilibrio a sus disquisiciones.

La noche en que leyó esto, y acaso porque estaba harto de defenderse de similares acusaciones de atentar contra la religión con sus exóticas teorías, Darwin tuvo un sueño muy extraño: en él asistía a la subversión de los genes de los obispos, acontecimiento que hacía parir a las hembras futuros sacerdotes herejes, monjes negros, diaconisas prostituibles y pontífices maricones. El descalabro era tal que hasta se vaticinaba la quiebra de las finanzas vaticanas un siglo después, cuando reinaba un Papa no italiano y sí políglota, mal poeta, buen nadador y tan hábil político que hasta reivindicaría a Galileo y pediría perdón a los judíos.

Al día siguiente de ese sueño indescifrable, Charles Darwin empezó a escribir su libro más famoso.

7

NUESTRA COMALA PATAGÓNICA

Uno llega a Sierra Grande como a una película en blanco y negro. Abstracción hecha del azul del cielo, que es perfecto, todo en el paisaje es entre gris y ocre: los pastos ralos, las piedras, el perfil de las sierras que se dibujan sobre el horizonte como el lomo de una iguana gigante. Como una pintura que es un lugar común, contracara perfecta de los lirios acuáticos de Monet pero con la misma monotonía, estos cardales que son como mazos de hojas amarillas y filosas, eternas moribundas, me recuerdan escenas de *París, Texas* de Wim Wenders, los desiertos de los filmes que rodó Héctor Olivera sobre los textos de Osvaldo Soriano.

Se entra al pueblo por la misma ruta 3 que desde Bahía Blanca bordea el Atlántico, recta y larga como el latigazo de un dios desesperado. Y lo primero que sale a recibir al visitante es esa tristeza pertinaz, implacable, que lo envuelve todo como un manto viejo, semitransparente y raído. El viento sopla y hay una especie de arenilla suspendida en el aire. Un cartel deslucido anuncia unos «Viajes al centro de la Tierra» que, sinceramente, no nos resultan apetecibles. Es que lo que fue el más importante proyecto minero de la Argentina (Sierra Grande llegó a tener casi 10.000 habitantes y tuvo un crecimiento explosivo) ahora es menos que un pueblo en decadencia. Por lo visto algunos intentaron aprovechar los socavones y las abandonadas instalaciones industriales para «reconvertir» al pueblo en un centro turístico. Misión imposible: la globalización y el ajuste no perdonan. A lo que fue un arco de triunfo que en un tiempo anunciaba, con orgullo: «Sierra Grande, Capital del Hierro» le han quitado hasta la estructura metálica y ahora sólo quedan cuatro columnas de mampostería, todas rotas.

El monolito de la llamada «plaza del Hierro» -en realidad un bloque de metal negro- está rodeado de pedregullo y pasto seco. Las otrora jactanciosas palabras -«Capital del...»- están ahora borradas, casi ilegibles. Con Fernando caminamos, sobrecogidos e impresionados, como quien camina por un cementerio lleno de muertos vivos. Siento dolor pero sobre todo siento rabia, una profunda rabia que hace mucho tiempo no sentía. En una esquina que ha sido reacondicionada como templo, se lee: «Iglesia Evangélica Unión de las Asambleas de Dios.» Y debajo: «El Señor viene, ¡preparate!»

Sonrío, menos que irónico, y observo que enfrente hay una casa amarillenta y completamente descascarada, como casi todo en el pueblo: «Movimiento Peronista 11 de...» y ya no se lee el obvio «Marzo». En la vereda de eso que fue una unidad básica del Partido Justicialista cuyo nombre recuerda el triunfo electoral de 1973, hay un viejito de rostro apergaminado, con media docena de arrugas gordas y profundas que definen su rostro y un millón de pequeñísimas arruguitas por cada milímetro de piel. Tiene un único diente arriba ya la derecha, y un único diente abajo y a la izquierda.

-¿Y ése quién es? -le pregunto a una mujer que nos despacha, fantasmal, una gaseosa fría a través de una ventana.

-Uno que todavía está esperando el regreso de Perón.

Pregunto por la persona que busco y me indica cómo llegar. Camino por Sierra Grande como quien camina por un pueblo destruido por un ataque aéreo: esquivando cascotes y con la rara curiosidad del que no puede creer lo que ve. Las pocas cuadras que en este pueblo tuvieron pavimento están como bombardeadas. Los pocos coches que hay son todos de los setenta: Di Tellas, Renault 12 y Dodge 1500, la mayoría en estado imposible. En cada cuadra se ven casas abandonadas y los que fueron negocios están cerrados, con los vidrios rotos, las ventanas abiertas y las puertas desvencijadas o con inútiles candados. En los barrios alledaños, los habitantes parecen todos norteños: son rostros de caras, bolivianos, quizá jujeños. Hay uno que otro gringo rubio, entre ellos la persona que busco.

-Creo que soy el único judío de este pueblo -me cuenta Abraham- y todos los días me pregunto qué hago aquí, todavía. ¿Vio esa tienda? Era mía, pero cuando se cerró la mina todo se vino abajo. Entonces me iba a ir a Norteamérica, porque tengo un primo en Nueva York, pero en vez de irme compré un coche para trabajarlo de remis. Si seré gil. Y la cosa no anduvo, claro, porque acá nadie necesita remises y encima se me fundió el motor. Es la mala suerte, que me persigue: el día que llueva sopa, yo vaya estar esperando con un tenedor.

Al atardecer, advierto que lo único nuevo que hay en el pueblo son cinco estaciones de servicio. De diferentes marcas, y, como es moda, con sus minimercados llenos de comida basura. La noche parece que no llega nunca: son las nueve y todavía el cielo está claro mientras Abraham -a quien le trajimos un paquete, de unos primos del Chaco- ceba los últimos mates, sin melancolía.

-Esta visita me hizo el día -suspira y enseguida se ríe-. Qué digo: me hizo el mes, si aquí nunca pasa nada.

Tiene los ojos azules acuosos, como si la inteligencia o el llanto todavía no decidieran quién triunfa. Los dientes picados, canoso prematuro, aparenta muchos más años de los que debe tener.

-¿Y usted de qué vive, Abraham?

-Del viento y de los recuerdos, como todos -dice-. Y también de preguntarme en qué esquina de la vida equivoqué el camino.

Del otro lado de la ruta nos miran, viejos y despintados, carteles de propaganda política: en uno Fernando De la Rúa está muy serio y le han pintado unos rarísimos bigotes de manubrio, como de mosquetero. Al lado hay uno de Carlos Menem, más viejo aún, al que le taparon un ojo con un parche negro, de pirata. Todo mal, claro, porque hasta el dibujante y la carbonilla parecen haber sido de descarte.

No hay caso, la furia que siento me hace mal. Pienso que éste debe ser nomás el pueblo de la película de Wenders. Me pregunto dónde estarán las putas, cómo será ser puta en este pueblo

innecesario que se resiste a desaparecer. Pero enseguida me corrijo: no, esto es *El llano en llamas*. No puede ser sino rulfiana, la evocación. Y por la noche, cuando el viento arrecia, lo confirmo: Sierra Grande es Comala. Nuestra Comala patagónica. Quién sabe si esta gente esté viva, realmente. Si no se oye ni el ladrido de los perros.

La obstinación ética del desesperado Juan Rulfo

Conocí a Juan Rulfo durante los años de mi exilio en México, y puedo decir que fuimos amigos. En realidad fue él quien me honró con su afecto, cuando yo era muy joven y él ya un escritor consagrado, reticente a la celebridad y con fama de hosco. Nos frecuentamos desde fines de los setenta hasta que él murió en 1986: nos encontramos para charlar todos los viernes durante cinco años y sostuvimos largas conversaciones peripatéticas por calles de México y de Buenos Aires. De hecho él fue uno de mis dos padres mexicanos (el otro fue Edmundo Valadés, también su amigo y también admirable cuentista) y me enorgullece evocarlo ahora, en este periplo patagónico que de algún modo, entre piedra y piedra, lo hace presente.

Juanito, como lo llamábamos, me distinguió en sus últimos años de vida con una generosidad y un aliento enormes, constantes. La nuestra no fue una amistad estrictamente literaria, sino más bien vital, como me ha sucedido con otros viejos escritores, grandes por su literatura pero sobre todo por su sabiduría, vitalidad y coherencia. Porque hay que ser muy grande para serlo y que no se note, y no moleste, y no apabulle. Pienso, desde luego, en el inefable Juan Filloy. Y en algunos otros de mis maestros, como Pedro Orgambide y Angélica Gorodischer. Sin cuyas asistencias sencillamente no soy.

El día en que Juan murió -el 8 de enero de 1986- yo me encontraba en México y debía visitarlo por la tarde, como habíamos acordado días antes. Esa misma semana yo había ido un par de veces a su casa de la Colonia Guadalupe Inn. En aquel tercer piso que yo conocía muy bien, en el que se había dispuesto su lecho de enfermo en una habitación pequeña, creo que la de uno de sus hijos, charlamos mucho y yo le conté de la Argentina, país que él amaba, y hablamos de amigos comunes que él siempre me mandaba saludar. Hablamos de política, como de costumbre, y luego me mostró unos apuntes que estaba escribiendo, a lápiz, los cuales desdeñó como hacía siempre con todo lo que escribía.

Desde entonces, y luego cuando lo acompañé, en silencio, desde un rincón de la Funeraria Gayosso de la avenida Félix Cuevas, no he podido escribir una sola palabra sobre él, salvo una breve nota necrológica que envié desde México para el diario porteño Clarín esa misma noche. Jamás he podido hablar de Juan en público y aunque me han pedido de muchas revistas, diarios y universidades que escribiera cómo era él en la intimidad, siempre me negué. Porque no le habría gustado. Juan nos imponía un silencio absoluto y sus amigos respetábamos a rajacinchla la implícita prohibición de hablar de él.

Han pasado ya muchos años y mientras recorro estas mesetas, estas inmensidades de piedra y viento, y sobre todo esta noche espectral en este pueblo fantasma, siento que en cierto modo Juanito nos acompaña. Decido que este libro, si es que va a resultar un libro de este viaje, será la ocasión propicia para hablar de él. Más conocido por su literatura, tema nunca agotado y acerca del cual se han dicho y escrito textos brillantes y también muchos mediocres, yo me ocuparé de un aspecto poco observado de Juan: su sentido ético, su moral, su estatura humana.

Juan, se dice, ya no escribía en los últimos años. No es verdad. Lo que sucedía era que no le preocupaba la publicación, y prefería mantenerse alejado de toda veleidad. No era tímido, como también suele pensarse. Era, por el contrario, osado, dicharachero, ju-

guetón, divertido y propietario de una mordacidad implacable. Su ironía era capaz de despedazar aun a sus amigos, con quienes era terriblemente exigente. Y era, además, un hombre apasionado, violento, arbitrario, necio incluso, de esos que si tienen una idea en la cabeza -y él tenía muchas- o hay que ser demasiado brillante para torcérsele, o no hay modo de que cambie de parecer. Fue, posiblemente, el hombre menos influenciado que conocí en mi vida, y realmente la química de sus afectos y desafectos era totalmente improbable, arbitraria como él mismo.

Pero hubo un aspecto de él que me impresionó más, en los años en que lo conocí y frecuenté, solo o con amigos comunes a quienes él quería entrañablemente (jóvenes escritores como el sonorese Federico Campbell, el brasileño Eric Nepomuceno, o sus viejos «cuates» Valadés y Augusto Monterroso) y ese aspecto fue la solidez de su ética.

Para Juan ser escritor significaba, ante todo, tener un compromiso con la seriedad. No era solemne, ni su rudeza devenía de pose o esnobismo, pero tampoco era frívolo. Lo desesperaba la superficialidad, detestaba la ignorancia, el hablar sin conocimientos, el escribir sin una biblioteca detrás que respaldara cada página. Odiaba mucho y con infantil vehemencia a varios colegas de su generación, algunos grandes de las letras mexicanas, y en sus gustos literarios siempre componía un juicio que pasaba por una exacta combinación de exigencias: destreza formal, originalidad, sustancia, capacidad de trascendencia y, especialmente, el respaldo ético que tuviera cada texto. Para él no había escritura válida si no significaba, pero a la vez si no significaba con brillantez de formas, y si al mismo tiempo no se infería una moralidad textual interna capaz de proyectarse en el espacio y en el tiempo particular de cada lector.

Juan creía, con Ezra Pound, que cuando todas las indicaciones superficiales hacen pensar que se debe describir un apocalipsis, es imposible -y vano- pretender la descripción de un paraíso. En ese sentido, fue siempre un transgresor. Todo artista lo es, lo sabemos. Toda obra artística que merece ser considerada como tal modifica y subvierte un orden establecido. Por eso no hay literatura conservadora, aunque existan infinitos textos pasatistas, insignificantes y olvidables.

Aspiramos al cielo porque necesitamos transgredir. Lo deseamos como evasión de lo que nos es más probable: el infierno. La gloria, entonces, no deviene de merecimientos, sino de una elusión que es, a la vez, una ilusión. La gloria literaria (verbigracia: la felicidad de un texto) depende de la constante alusión y elusión, requisitos de toda literatura significativa. Consecuentemente, el camino hacia el cielo (literario) no es sino una transgresión para eludir el infierno y aludir a lo que pasa creando esa ilusión que es cada cuento y cada novela. Susana San Juan -es evidente- descrea del cielo con la misma exactitud con que cree en el infierno. Las búsquedas fantasmales, los rencores vivos, los aires desgarradores y desgarrantes que recorren Comala, son transgresiones que expresan una misma ética desesperada. Creo que ésa era, aproximadamente, la filosofía de Juan Rulfo. Sabía que la transgresión es creativa. Transgredimos el lenguaje, lo doblegamos, lo reinventamos. La transgresión es condición inherente del arte.

Malhablado y transgresor él mismo, en sus cuentos y en Pedro Páramo advertimos el combate silencioso, desesperado, que se expresa en la extraña moralidad de sus personajes, siempre enfrentados a aquello que desde los griegos en *Ética* se llaman «decisiones trágicas». Es decir, aquellas cuya resolución feliz es imposible y en las que todos los resultados han de ser nefastos. No hay muchas esperanzas en la obra de Rulfo, porque él mismo no era hombre de ilusiones. Tampoco práctico, más bien parecía resignado, siempre adolorido. Tengo para mí que si hubiese debido parafrasear a su admirado Pablo Neruda, Juan no hubiese dicho «confieso que he vivido», sino «lamento haberlo hecho; pido disculpas por haber vivido».

La pena y el dolor eran, para él, una constante. Ética y Dolor, en mi opinión, son dos caminos que inexorablemente se cruzan, cuando se tiene la debida sensibilidad. Son como prisiones perpetuas; no hay escapatoria ni siquiera a través de la ironía o el juego de palabras, materias que él dominaba a la perfección. Antes bien, esas artes de la inteligencia no son otra cosa, al fin y al cabo, que una forma de transgredir la desesperación que produce esa cárcel.

Juan nunca dejó de escribir. Yo tuve acceso a varios cuentos que él tenía en borrador. Y leí también una versión de *La cordillera*, su novela frustrada que no se refiere a una cadena de montañas, sino a las recuas de ganado unidas por un cordel, como a él mismo le fastidiaba explicar. Pero si escribía, no publicaba. Por alguna extraña decisión que no me atreví jamás a cuestionar, hacía ya muchos años que había decidido su silencio. No le agradaba ni lo hacía feliz. Había, pues, que respetarlo. Para mí, conjeturalmente, durante mucho tiempo fue una manifestación de protesta, de rebeldía. Otra transgresión frente a lo esperado, a lo previsible: que un escritor escriba y, en consecuencia, publique. De ahí su hosquedad, su fastidio fácil, su pequeño refugio en los libros y en la música clásica, particularmente el canto gregoriano.

Sólo ahora, cuando ya he pasado los cincuenta y soy, yo también, un escritor veterano, creo entender su empecinado silencio: la autoexigencia de Juan era devastadora. Tenía absoluta conciencia de la calidad de sus primeros textos. Sabía el valor y el significado de sus dos libros fundacionales: *El llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Y no se permitía publicar nada que pudiera ser inferior a esos textos; detestaba las mediocridades pero era implacable con la propia, o con lo que él habrá supuesto que era su propia mediocridad.

Descortés a veces, incluso desagradable con sus ironías, las manifestaciones de su aspereza no eran, en mi opinión, derivaciones de un espíritu grosero sino de uno rebelde, sometido al continuo conflicto de sus principios morales en pugna con sus propias contradicciones. Es conocida la anécdota de aquella señora que se le acercó, durante una comida, y le preguntó:

-Señor Rulfo, ¿qué siente usted cuando escribe?

Juan, alzando apenas los ojos por sobre el plato, respondió:

-Remordimientos.

¿Cuáles eran esos remordimientos que Juan sentía? ¿Los mismos que gobiernan a sus personajes? Eran, creo yo, los remordimientos los que hablaban por él, por su incapacidad de modificar una realidad que lo atormentaba.

Se dolía hasta la desesperación y el desaliento más absolutos por las imperfecciones del sistema político mexicano. Hablaba de sistema, no de democracia. Y lo enjuiciaba no desde el punto de vista literario solamente, sino del político-social. Censuraba la sensualidad del poder con espíritu ácrata, libertario, porque el poder -se sabe- no siempre comprende a la cultura; más bien la abrumba, o la teme, o la combate. Se ofendía por los subsidios que compran conciencias, criticaba a los escritores que eran, además, amigos del gobernante de turno en prosecución de apoyos pecuniarios. Pero a pesar de esos desprecios también se dejaba mimar, disfrutaba secretamente del reconocimiento público, los premios, los honores: su comportamiento era puntualmente el de un fóbico. Contradictorio y temperamental, en una oportunidad me vio hojeando la revista *Vuelta*, que en aquellos días causaba furor en los medios literarios latinoamericanos, dirigida por Octavio Paz, por entonces un reconocido escritor y ensayista candidato al Premio Nobel, y me la quitó de las manos con violencia, la arrojó al piso y me gritó, furibundo: «¡No leas esa porquería!» Arbitrariedad que yo no compartía, pero que me sirvió para comprender, más tarde, la dimensión del interminable combate de sus pasiones, de su sometimiento al infierno interior que lo acosaba, de su infinita honestidad, de su interminable calidad de hombre puro, y por ende, solitario.

En 1980 o 1981, no recuerdo bien, se organizó un homenaje nacional al servicio de cuyo desarrollo se puso toda la estructura del aparato cultural del Estado mexicano, y al frente del cual estuvo el mismísimo presidente José López Portillo. En la primera ocasión, Juan, apasionadamente, se largó con un suave, delicado pero implacable discurso contra la corrupción en su país. Acusó, sin concesiones, a militares y políticos. Al día siguiente se congelaron todos los festejos rulfianos y él volvió a encerrarse en su mutismo, desoyendo críticas, defensas e interpretaciones. Él pensaba que tenía razón; no debía entonces retroceder ni un milímetro. No había sensualidad que lo doblegara, en estos asuntos. Y en todo orgulloso y a la vez irónico (porque la ironía es permiso del orgullo), aún años después nos preguntaba: «¿Y qué iba a decir, si no? ¿O no era verdad lo que dije?» Lo cual, todavía después de muerto, sigue haciéndolo destinatario de críticas y rencores cuando no de un reconocimiento algo cínico por parte de muchos de sus compatriotas.

Esas lecciones son las que hoy prefiero evocar. Lo demás es literatura, y sobre ella se han utilizado adjetivos y calificaciones precisas y suficientemente justicieras. Prefiero saberlo padre de una de las narrativas más poderosas de nuestro castellano: *El llano en llamas*, *Pedro Páramo* y *El gallo de oro* (que aunque a él ya no le gustaba, para mí sigue siendo una obra deliciosa) son en mi opinión una clave para definir la continuidad de la narrativa mexicana de este siglo. Equidistan perfectamente de las a mi juicio mejores, más revolucionarias y modernas novelas de México: *La sombra del caudillo*, de Martín Luis Guzmán, de 1928, y *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso, de 1987.

También prefiero evocar el sentido ético de Juan y su desesperación por la suerte de las democracias, porque es una manera de recordar -y recordarnos- que la cultura es garantía de estabilidad democrática; que el autoritarismo siempre se basa en la ignorancia y que la mejor literatura no es la que refleja la realidad, sino la que la alude. Por supuesto, también evoco a Juan de este modo porque pertenezco a un país en el que la Ética nos ha impuesto decisiones trágicas: castigar a todos los culpables del genocidio que fue la dictadura imponía riesgos gravísimos de debilidad democrática; no hacerlo imponía la inviabilidad de la confianza popular en el sistema, el desaliento y el descrédito, el desastre de la democracia recuperada. Lamentablemente se eligió el castigo a medias, a unos cuantos generales de responsabilidad inocultable, y se dejó en libertad a decenas de asesinos que hoy andan sueltos por las calles, sedientos de revancha. ¿Cómo no tener presente a Juan si soy nada más que otro argentino desesperado por el inexplicable destino de su país?

En nuestra América la literatura lo demuestra: la decisión trágica es, hoy como siempre, o el silencio que angustia pero permite sobrevivir, apenas sobrevivir; o la rebeldía que siempre, ineludiblemente, produce dolor. Entonces, escribimos. Creamos por destino, pero también por desesperación. Queremos decir que por aquí hemos pasado. Venimos de la literatura, y hacia ella vamos. Pero con la literatura y con la Ética sucede lo que con la preñez: no se puede estar medio embarazado. O se está o no, con todas las consecuencias que ello implica.

Juan sabía todo esto y lo enseñaba, y su vida fue por eso una secuencia de abortos dolorosos. Escribía, sí, pero lo desesperaba sentir que abortaba todo el tiempo. Le dolían demasiado su patria, la corrupción, las superficialidades. Su obstinado silencio fue una condena que se autoimpuso, y aun lo fue esa grisura burocrática en la que se refugió, como director de publicaciones del Instituto Nacional Indigenista, cargo en el que continuó aún después de haberse jubilado.

-¿ Me quieres decir qué hago, si no? -me preguntó un día, ante mi cuestionamiento.

-Escribir, Juan -arriesgué.

-No mames -refutó, mexicanísimamente-. Lo que me duele, me duele demasiado. Y hay cosas que ya ni escribirlas puedo.

Por eso, en mi opinión, el silencio literario en que se encerró fue una obstinación ética, un llamado de atención que nos hizo. Acaso fue también una manera de castigarnos, de obligarnos a contemplarlo en su cerrada, indígena dignidad. Acaso también nos devolvía así preguntas fundamentales: ¿Escribir sólo para publicar? ¿Para evitar la presión de agentes, editores, lectores? ¿Para sentir que existimos o para deleitarnos en la futilidad del «éxito»? ¿Para ganar dinero? ¿Acaso la literatura no es una manera de buscar respuestas que jamás encontraremos? ¿O no es verdad que, en última instancia, escribimos solamente para saber por qué escribimos?

De pronto temo estar defraudando la atención del lector. Pero es que estos dinamismos de la persona y el escritor que fue Juan Rulfo, hombre imperfecto y contradictorio, pero digno y ético, inexorablemente tienen que ver con la Patagonia. Los Altos de Jalisco son estas mismas sierras monumentales. Comala es esta misma Sierra Grande devastada; Juan Rulfo también fue un hombre devastado, apenas contenido en su obra grandiosa y breve (y no pequeña, como la calificó Octavio Paz, esa vez sin grandeza). Y fue desmesurado, en su pasión y en sus remordimientos. Bebió más de lo conveniente, viajó más de lo aconsejable, fumó hasta el suicidio, odió con los mismos rencores vivos de Pedro Páramo, y amó con juvenil ardor hasta sus últimos minutos, protagonista de una bellísima historia de amor de la que fui testigo y mensajero y que debe permanecer, todavía, en el silencio.

Éstas son las primeras páginas que voy a publicar sobre Juan Rulfo. Las escribo sólo después de convencerme de que, si él viviera, no me reprocharía este texto.

8

LOS MAPAS DE LA NOVELA

Lo sé: quizá la evocación rulfiana ha sido desmedida. Me excuso por ello, aunque yo creo que el tamaño del personaje me justifica. Y además, convengamos en que esta semblanza fortalece la idea de que es imposible viajar pensando en naderías. No sé si soy -si somos Fernando y yo- personajes protagónicos de nada, pero a mí me resulta imposible viajar distraídamente. Yo viajo alerta, con todos los sentidos despiertos y atentos y la memoria fluyendo como agua de manantial. Para mí es inevitable que en esta ruta vacía, en este mundo despojado y solo que es la inmensa Patagonia, me acompañen -me salven, diría yo- todos los libros que he leído. Son ellos los que imponen este ritmo pausado, medio lento, de viajar haciendo literatura de cada observación, de cada recuerdo de ese otro viaje interminable y fantástico que es la literatura universal.

Cuando salimos de Sierra Grande, al amanecer, el que conduce es Fernando. Voy de copiloto, cebando mates, y los dos nos mantenemos en silencio. En la mañana esplendorosa, el consabido paisaje es todo piedra tras piedra y, sobre ellas, la carpeta asfáltica parece una alfombra mágica. Consulto los mapas y pienso en la novela que vengo escribiendo. O mejor dicho, que vengo pensando, apuntando. Clelia y Victorio han descendido del globo en La Pampa santafesina, cerca de Rafaela, y han consumado el amor que nació en la otra novela. En aquella, la peripecia y el vértigo narrativo no les habían dado ocasión de hacerla. Ahora sí, y en un plano bucólico, a la vera del camino y entre los trigales esplendorosos de una mañana ídem. El próximo paso es que hagan dedo, o lleguen caminando, hasta arribar a Rafaela, que es una ciudad preciosa, todavía con calles adoquinadas que algún intendente siempre quiere pavimentar, y que conserva la distinción de las viejas familias piamontesas ahora venidas a menos, o -las menos- insoportablemente idas a más. Pero de pronto una noche, al segundo o tercer día de estar en Rafaela, la maldita policía se les cruza en el

camino. Hay un episodio confuso, alguien los incrimina y terminan siendo acusados. Como tienen antecedentes por los episodios vividos en la otra novela -donde protagonizaron una huida por todo el Chaco, arrastrando consigo una pareja de hipopótamos- no vacilan y saben que deben huir nuevamente. Cuando en la Argentina la vida se te complica, una de dos: o estás del lado de la impunidad porque tenés mucha banca, o te pescan como a un idiota salvo que huyas a tiempo y a cualquier precio. Como si el destino fuera nomás un cretino perverso, a ellos los perseguía siempre, porque su pecado era ser diferentes, originales, no adocenados. Los incómodos e inclasificables son siempre peligrosos, en sociedades así. O sea, en todo el mundo.

Entonces, cuando la policía llega al hotel en el que se alojan, sobre el Boulevard Lehmann, ellos logran escapar, se hacen de una pistola que roban al personal de seguridad del hotel y enseñada y a los tiros se llevan un coche de la Concesionaria Long (un Fiesta rojo, por supuesto) y se lanzan hacia el sur, camino a Rosario por la ruta 34 y más allá. La policía los persigue pero, una vez más, no los pueden parar. Montados en el cochecito rojo que parece un cohete entre los trigales, se meten por caminos secundarios de La Pampa bonaerense y poco a poco se van sumergiendo en la Patagonia, como han hecho siempre los locos, los aventureros y los desesperados, y hacen el mismo viaje que estamos haciendo Fernando y yo.

Pienso todo esto mientras cebo y miro los mapas. Fernando me pregunta algo respecto de unos cerros que le parece que no están bien indicados y yo emergo de la novela por un rato. Mientras busco la referencia, pienso que cualquier lector necesitará mirar un mapa de Sudamérica, aunque sea una vez, para comprender este territorio de novela. Advertirá entonces que la Patagonia es un inmenso territorio binacional, compartido por la Argentina y por Chile, dos países mucho más hermanos que lo que ciertos chovinismos han pretendido, y hermandad que deviene de algo muy simple: los indígenas que poblaron las márgenes de los dos océanos, los que por siglos y milenios vivieron a ambos lados de la cordillera de los Andes, jamás reconocieron otra nación que la propia, ni más fronteras que las montañas, el mar, el frío o el viento.

Por cierto, la cartografía de nuestro viaje es muy sencilla: llevamos dos mapas de la República Argentina: el del ACA (Automóvil Club Argentino), que no es tan bueno como lo fue en otros tiempos, y uno de esos que se adquieren en cualquier estación de servicios. Hay que reconocer que en la Argentina los mapas carreteros no son demasiado precisos. Por lo menos en la última década, cuando en los noventa todo se degradó en este país, también la cartografía se empobreció. Por falta de actualización, por desidia o baja calidad de impresión, lo cierto es que nuestros mapas ruteros son mucho más falibles de lo aconsejable. Por distancias imprecisas o puntos de referencia que faltan (¡hay pueblos enteros que ni figuran!) la cartografía actual es pésima si se la compara con los mapas carreteros europeos o norteamericanos, que suelen ser de precisión milimétrica y de impresión impecable. Estas falencias, en territorios tan vastos y despoblados, muchos de ellos seguramente inexplorados todavía, llevaron a los cartógrafos a notables ejercicios de imaginación, que en esta materia terminan siendo vaguedades. Por ejemplo, en los mapas provinciales abundan las referencias en forma de puntos negros con un nombre que nada significa para el viajero; o bien hay decenas de nombres de «estancias» (que es como se llama en la Argentina a las haciendas de vastas extensiones), las que tampoco garantizan orientación alguna porque, por ejemplo, pueden abarcar en el mapa un espacio vacío de dos centímetros, que representa doscientos kilómetros. Incluso a veces hay menciones de cerros que en realidad son mesetas apenas un poco más elevadas, lo cual seguramente confundirá aún más al viajero. O hay extensísimas depresiones del terreno -a las que llaman «bajos»- que llegan a ocupar muchos centímetros cuadrados en el mapa, espacios blancos que pueden tener el tamaño -en escala- de toda Andalucía o de Sicilia entera.

Pero la mejor información de todo el viaje -cartográfica y turística- nos la brindó la *Guía Turística YPF para Patagonia y Antártida Argentina*, un libro extraordinario que publicó la empresa petrolera Yacimientos Petrolíferos Fiscales cuando todavía era una empresa del estado argentino. La edición que llevamos, de diciembre de 1995, nos resultó fundamental por lo bien docu-

mentada, certera y precisa. De todos modos, en cada provincia también nos manejamos con mapas locales. El diagrama carretero nacional en todo momento nos daba una visión de contexto, pero los mapas provinciales del ACA nos fueron mucho más útiles, a pesar de sus imprecisiones. Incluso en algún caso -hay que admitirlo- la profusa información de estancias, cruces, gasolineras y puntos de referencia o de posible interés turístico nos sirvió de mucho, más allá de los reparos apuntados.

Cuando atravesamos el extensísimo bajo del Gualicho, después de reponer el agua para el mate en una estación de servicio, vuelvo a conducir. Y mientras Fernando toma fotos y escribe sus apuntes, voy pensando en todos los problemas que me plantea la novela y en mi lectura de la noche anterior. Celebro entonces que hayamos sido cuidadosos en la elección de las lecturas que nos acompañarían. De hecho, una de las decisiones más importantes de los preparativos del viaje fue la referida a los libros que llevaríamos. Sabíamos que no tendríamos mucho tiempo para leer, y además carecía de sentido llevar demasiados puesto que debíamos aprovechar al máximo el reducido espacio del Coloradito. De modo que optamos sólo por algunos pocos grandes textos. Coincidimos en la edición más reciente de *Don Quijote de la Mancha* (los dos tomos de la colección Milenium, que publicó en 1999 el diario *El Mundo* de Madrid); un par de novelas que queríamos terminar y cada uno recomendaba al otro; una edición rústica de *El origen de las especies*; y yo agregué a último momento la edición fotocopiada -que hice encuadernar prolijamente hace unos años- del *Libro de Doctrina y Comportamiento*, de Fray Julio Ignacio Gómez de Oro y Saavedra, publicado originalmente en la Imprenta de San Buenaventura del Monte Alto, circa 1740, antes de que la ciudad fuese destruida por los feroces indios chaqueños. Y libro del cual la noche previa, en Sierra Grande, he subrayado una frase que luego comentamos largamente con Fernando, mientras nos acercamos a la península de Valdés:

Hay gente para la cual escribir es parte de su vida: leen tranquilamente, rezan sus maitines con devoción, conversan con amenidad y pueden redactar opúsculos correctos; éstos son los aficionados a la escritura.

Luego están los amanuenses, pendolistas en acción que generalmente fungen como tinterillos de los poderosos: leen poco y nada, sus oraciones son confusas e insinceras, no hablan sino que asienten, y son capaces de manuscibir cuanta coprolalia les dicten los lambiscones del soberano; éstos son los cagatintas.

Pero hay otros para quienes la lectura y la escritura son, con Dios, la vida misma; éstos son los poetas. (Pág. 233.)

9

LOS CAMINOS Y LAS VIDAS INTERMINABLES

La península de Valdés, de hecho, es casi una isla; pues está unida al continente por un istmo (que lleva el nombre del paleontólogo Florentino Ameghino) que se despega unos 80 kilómetros mar adentro desde el eje costero. En algunos tramos el istmo tiene menos de 1.000 metros de ancho, y en su punto más delgado permite ver dos golfos a la vez: si se mira hacia el norte el golfo San José y si se mira hacia el sur el Golfo Nuevo. La península, que tiene 3.620 kilómetros cuadrados de superficie, resulta ser como una gigantesca mantarraya cuya cola toca apenas, tímidamente, el borde continental de la América del Sur.

A lo largo de unos 400 kilómetros de costa cambiante y templada, la península registra, en ambos golfos, las mareas con mayor diferencia de nivel que hay en el mundo. Esto es: aguas que suben en uno de los dos golfos y bajan en el otro, cada cuatro horas. Ésta podría ser la más extraordinaria fuente de energía mareomotriz del mundo.

Nos detenemos a contemplar, a la vera izquierda del camino, la Isla de los Pájaros, un peñón sobre el golfo San José que en bajamar queda unido a la costa y que está habitado por miles de cormoranes, garzas y gaviotas que allí nidifican. Luego andamos todavía unos 40 kilómetros de camino pavimentado, hasta Puerto Pirámides, única población de la península y centro inevitable de todo el turismo atlántico patagónico. Es un pequeño y simpático caserío que tiene unos 300 habitantes estables (toda la península tiene sólo unas 500 personas, todas ellas dedicadas al turismo y a la atención pastoril de 150.000 ovejas y unos pocos vacunos y caballos) y es célebre por ser el puerto de donde salen todas las excursiones de avistaje de ballenas. Son centenares de ballenas francas, la variedad más antigua y la de mayor tamaño, que llegan todos los años, entre junio y diciembre, convocadas por la gran concentración de plancton y de krill que hay en estas aguas y por las temperaturas templadas. Estos formidables mamíferos, de más de treinta toneladas y que comen una tonelada de krill por día, ingresan en enormes manadas al golfo Nuevo para brindar uno de los espectáculos más fantásticos de la Tierra.

Nos instalamos en un hotel pequeño y muy decente, y durante toda esa tarde y el siguiente día recorreremos este fabuloso imán patagónico.

En este inmenso territorio en el que -se dice- existen cuarenta y dos estancias y varias pistas de aterrizaje, de hecho hay un solo camino principal que recorre toda la península y que es un círculo formado por las rutas 2, 3 Y 47. En su mayor parte es lo que se llama un camino de terracería, puro pedregullo y arenas gruesas, por momentos más un sendero que una ruta. Por esas huellas, en cualquier momento uno se topa con una manada de choiques (así se llama una variedad de ñandúes enanos), o avista grupos de guanacos y de ovejas pastando en tranquila compañía. Rumian esos pastos duros con paciencia de dromedarios, como si fuesen los dueños de todo el tiempo del mundo. Y acaso lo son.

La península está entrecruzada también por huellas y senderos de tierra y ripio, muy poco transitados. Se diría que es como un desierto alto que parece sobre elevarse casi un centenar de metros sobre el nivel del mar, lo que permite que en cada punto desde el que uno se asome se tenga la sensación de estar en un balcón maravilloso, de perspectiva tan vasta como vasta puede ser la mirada. Es famosa también por sus multitudinarias pingüíneras (hay colonias de distintas variedades y llegan a más de dos millones de ejemplares) y por los trece mil lobos y elefantes marinos que viven en sus playas. Entre pingüíneras, loberías y elefanterías, esta península es un verdadero país (es bastante más grande que el Estado de Luxemburgo, por ejemplo). Y país maravilloso cuya geografía semeja una especie de gorda verruga sobre la piel del mar.

Confieso que me encantan los animales, me agradan como al que más, pero siempre guardo un respeto maníaco por su independencia y siento una especie de vergüenza cuando los observo. Me da como un ataque de discreción y no consigo evitar la sensación del intruso que se mete en la intimidad ajena. Entiendo las necesidades del turismo como industria moderna, no cuestiono la legitimidad del negocio que consiste simplemente en mostrar, y aún puedo aceptar -con muchas dudas- que ciertas formas del ahora llamado «ecoturismo» sirvan para proteger especies. Pero no estoy de acuerdo con ninguna invasión. Eso de organizar tours para ir a ver, por ejemplo, a las elefantas a punto de parir, francamente me desagrada. Se podrán obtener fotografías magníficas desde una distancia de 6 o 10 metros, pero yo me resisto a bajar en malón para asistir estúpidamente a esos partos; detesto esos grupos de invasores, decenas de personas que harían silencio y se emocionarían ante el alumbramiento de un sobrino, pero que acá se comportan como espectadores vulgares y feroces del espectáculo de la naturaleza. Quizá me pierdo algo extraordinario, pero yo no bajo hasta la playa y me choca el entusiasmo cerril de las decenas de personas que descienden por los senderos de los acantilados para violar aquellos silencios. Yo me quedo

arriba y camino al azar por esa cornisa gigantesca; me alejo de la jauría humana que toma gaseosas y fotografías como enajenados, y pienso que acaso procedo así porque a mí, como escritor y también paridor de vidas, no me gusta que se metan en lo mío cuando estoy gestando, cuando concibo.

De modo que prefiero quedarme a un costado, pensando en mis cosas, imaginando y calculando textos chúcaros, como llamo a la invención literaria que se me ofrece sobre todo cuando viajo, por la sencilla razón de que cuando viajo siempre evoco. Miro y recuerdo. Contemplo y comparo. Observo y mensuro. Y todo, aún lo aparentemente nimio, puede ser motivo escritural. Claro que en ese momento no hacía más que pensar el tercer capítulo de la novela: ya los tenía viajando por la Patagonia, iban más o menos por nuestro mismo camino -ese tramo narrativo no me preocupaba, si no más bien la peripecia interior de ellos- y en todo caso debía resolver la persecución, la jauría policial que, provincia tras provincia, andaría tras ellos. A cada pueblo que entran, llegan también faxes pidiendo la captura de los dos. Por ahí se meten en un cybercafé y Clelia, desde luego fanática de la navegación virtual, muestra su talento entrando como un hacker en las ineficientes redes policiales. También -especulo- ella puede mantener una correspondencia secreta con un enamorado de Canadá, por ejemplo, lo cual enloquece de celos a Victorio. Por su parte, Victorio sigue queriendo iniciar una vida «normal», y en lo posible marginal. Imagina insertarse en alguna comunidad pos-jipi, por ejemplo un grupo de gente que vive en una especie de falansterio autosuficiente en algún valle cordillerano, e incluso sueña con regresar un día al Alto Paraná para organizar una compañía naviera en el Paso. Un día le dice a Clelia que piensa imitar a los lancheros de Puerto Pirámides. Entonces ella se burla: «Claro, Vic, claro, todo muy bien, sólo que en el Paso te faltarían algunas ballenas.»

En esos pensamientos estoy, pensando cómo narrar, cuando el malón humano llega. Fernando me guiña un ojo; ha sacado fotografías fantásticas y se lo ve feliz como a Fred Astaire bailando con Ginger Rogers en el Waldorf. Regresamos.

Y nos hundimos nuevamente en la monotonía de ese camino insólito, infinito, que de regreso parece más largo y más tedioso. De hecho los caminos patagónicos son como víboras interminables, que nunca se sabe dónde comienzan ni dónde terminan. Jamás un camino patagónico acaba, ni siquiera en el mar. Allí, en todo caso, antes de hundirse hace una curva y se convierte en un sendero que va a algún lado. Son territorios vacíos, sí, pero en los que en todo lugar ya hubo alguien -un solitario, un loco- que anduvo antes por allí. Me impresiona esa infinitud de los caminos, como me encantan las presencias fantasmales que siempre se detectan. Me fascina completamente la locura que producen esos parajes. Sólo los muy locos pudieron ser pioneros de estas geografías; hay que estar un poco loco para vivir allí. Me digo que ha de ser por eso que los patagónicos siempre tienen, al menos para mí, inevitablemente un aire, algo así como un sello, que los hace especiales. Y ha de ser por eso que los aburridos cuerdos siempre entran y salen, siguen de largo y no se dan cuenta de nada.

Según el último censo nacional (hay que confesar, con vergüenza, que en la Argentina no ha habido censo desde 1990) la suma total de los habitantes de la Patagonia apenas alcanza a 1.490.000 habitantes. Es notable el carácter aluvional de esas gentes, que mayoritariamente provienen de las provincias del norte del país o del sur de Chile. Han sido y son contingentes humanos de comportamiento nómada: se desplazan según las demandas de mano de obra y así se han ido asentando de manera caprichosa. Muchos pueblos surgieron de estas migraciones, de igual modo que se están despoblando en estos tiempos de crisis ocupacional tan marcada, cuando la Argentina del año 2000 tiene un índice oficial de desempleo del 14% aunque muchos economistas lo calculan, en términos reales, en el orden del 20% y aún más.

La composición humana de la Patagonia se compone de los *nyc* y los *vya*, es decir los «nacidos y criados» y los «venidos y asentados». Quedan algunos pocos descendientes de los primeros inmigrantes galeses de mediados del XIX, sobre todo en Chubut, y en muchos lugares perdidos de la cordillera hay familias dispersas, y aun pequeñas comunidades, de inmigrantes alemanes o aus-

triacos de casi siempre sospechado -y muchas veces justificado- origen nazi. Y como en toda la Argentina, hay descendientes de inmigrantes de las más variadas nacionalidades que formaron el tejido social argentino en el siglo XX: se encuentran allí los mismos apellidos españoles, italianos, árabes, ingleses, alemanes o judíos que se pueden encontrar en todo el resto del país.

Por supuesto hay también comunidades mapuches a lo largo de toda la cordillera y se encuentran miembros de diversas etnias indígenas prácticamente en todos los pueblos y ciudades de la Patagonia. Casi siempre se los ve sumidos en condiciones de pobreza o abandono, encargados de las tareas peor remuneradas o dedicados directamente a la mendicación. En el mejor de los casos, en los centros turísticos, se aplican a la venta de sus artesanías. Pero todos componen, sin dudas, las clases más carenciadas, tanto en la costa como en la cordillera. No llegan al medio millón de personas, o sea, ni un cuarto de la totalidad de los habitantes de la Patagonia.

La situación en que se encuentran los indígenas patagónicos -como los de toda la Argentina, hay que confesarlo y con vergüenza- es que han sido ellos, en tanto primeros pobladores y naturales habitantes de estas tierras, los principales perjudicados por la llamada «civilización». Habiendo sido desplazados de sus tierras y sus derechos, de sus tradiciones y costumbres, barridos por completo de muchas regiones y además sobreexplotados durante décadas, no debería pretenderse, hoy, que miren con simpatía a los turistas blancos. Y sin embargo, no son hostiles. Al contrario, en la Patagonia, doquiera uno vaya, encuentra personas de rasgos indígenas, puros o mestizos, y advierte enseguida que o rehuyen el trato con exquisita discreción o bien se ocupan de la venta de sus artesanías con dignidad, sin permitir degradantes regateos.

Regresamos al hotel y justo cuando empieza a morir el sol, y la bahía de Pirámides se tiñe de colores tornasolados, entre rojizos y violetas y toda la gama de los azules, nos vamos a caminar la última hora por la playa y los acantilados. Desde lo alto de un morro que domina la bahía y el poblado, se tiene una vista magnífica, la impresión más perfecta de cómo muere un día. Evoco un verso impresionante de Giuseppe Ungaretti: «¿Cómo es posible que yo aguante tanta noche?»

Al cabo nos volvemos al hotel. Fernando ordena una cazuela de pulpos que nos sabe gloriosa y después nos retiramos a dormir. Sueño que voy por una carretera tan larga, tan larga, que se me termina enroscando en el cuello.

La vez que Darwin pensó en suicidarse

Una noche de 1869 Charles Darwin soñó que toda la fuente del saber estaba en el catolicismo anglicano, y que la vida efectivamente había sido creada y no era producto de la evolución ni de la selección natural de las especies. Soñó que a medida que avanzaba en sus descubrimientos y perfeccionaba sus teorías, su positivismo exacerbaba el conflicto con su fe. Supo, en la penumbra onírica, que el horror que todo eso provocaba en su familia sólo desencadenaría infelicidad, acaso una tragedia. La pesadilla se hizo más horrenda cuando se vio a sí mismo comulgando en la Basílica de San Pedro, en Roma, de la mano del mismísimo Pío IX, ese Papa cuyo ministerio parecía interminable y que por esos días decretaba la infalibilidad pontificia. Sobrevolaba la escena, disfrazado de ángel, el Arzobispo de Canterbury, condenándolo.

Hacia el final del sueño, Darwin consideraba la idea del suicidio. Pero, y así lo escribió posteriormente, al despertar advirtió que su mayordomo, originario de un lejano país del hemisferio sur, tenía una irrefutable cara de mono.

HEROÍNA EN LA PENÍNSULA

Mientras la televisión informa que en todo el país el gremio docente reclama que todos paguen un impuesto extraordinario que ha dispuesto el Congreso, y los ministros de Educación y de Economía hacen malabarismos verbales y hablan de centenares de millones de dólares, aquí, casi 2.000 kilómetros al sur de Buenos Aires, una abnegada y solitaria maestra hace otro tipo de malabarismos: educa a veintiocho chicos de todos los niveles, y de edades que van de los cuatro a los catorce años, con todo en contra: sin edificio, sin luz, sin materiales didácticos, sin prácticamente nada más que su voluntad.

Esto sucede en la turística península de Valdés, estrella del turismo patagónico, visitada anualmente por decenas de miles de extranjeros de altísimo poder adquisitivo. Allí, la única escuela rural funciona precariamente en lo que fuera el refugio de un pescador y consta, por lo tanto, de una sola aula frente al mar.

-Acá lo único que nosotros recibimos del ministerio son dos sueldos, para mí y para una señora que es portera y cocinera, y una partida de cien pesos cada cuarenta días para el comedor.

La que habla es Andrea Bordenave, una joven y atractiva rubia que vive en Puerto Pirámides con su familia: su marido trabaja en un hotel y tienen dos hijos.

Ella es todo el personal pedagógico de la Escuela Rural Número 214, de Riacho San José, un paraje cercano a la Isla de los Pájaros, en la entrada misma de la península, donde comienza el delgado Istmo Ameghino. Para cumplir con sus labores docentes, todos los días debe trasladarse 40 kilómetros de ida y otros tantos de vuelta en un Jeep cascajiento que compraron con su marido. Pero habla sin tono de queja, aunque uno se pregunta cómo hace para alimentar con ese dinero a esos chicos que de lunes a viernes, infaliblemente, reciben desayuno, almuerzo y merienda. Son todos hijos de pescadores y de peones rurales de la península.

Inteligente, simpática y movediza, esta treintañera nacida y criada en Puerto Madryn no se arredra ante la adversidad. Ni siquiera se lamenta de su situación. Tiene un humor y una fuerza que no parecen los de una argentina de su generación. Ella, en todo caso, se ha pasado los últimos cuatro años intentando resolver un dilema burocrático que es un verdadero paradigma del absurdo:

-Nosotros estuvimos estos años fuera de todo presupuesto -dice-, y no recibíamos materiales ni dinero ni nada, porque no teníamos número. Éramos la escuela del Riacho San José, pero sin número, y eso impedía que entráramos en ningún plan social. Yo creo que es por eso que no tenemos luz eléctrica. Y por supuesto tampoco tenemos heladera. Apenas un aula y un comedor chiquito, que acondicionamos nosotros cuando el refugio fue remodelado en 1996. Me hubiera gustado tener los ochocientos pesos (o dólares) que cuesta un grupito electrógeno, pero nunca pude juntarlos. Y claro, tampoco tenemos computadoras ni nada de esas cosas; quedamos afuera porque no teníamos número. Apenas nos lo dieron ahora, en octubre pasado. Ya somos la doscientos catorce y ojalá ahora empecemos a existir, ¿no?

Tanta inocencia conmueve, aunque también fastidia. Ella no tiene respuesta para la pregunta obvia: ¿por qué tardaron tanto en recibir el dichoso número? Pero si uno anda por la península y habla con los pescadores, enseguida encuentra la respuesta:

-Ah, porque hubo y sigue habiendo intereses que no quieren que se afiance la escuela - me dice Alberto mientras alista su lancha. Otros compañeros de él se ríen. Y explican:

-Aquí hay muchos intereses turísticos, que tienen influencias políticas. Ellos tienen miedo de que alrededor de la escuela se asiente una comunidad, una población. Y no quieren que nadie se instale porque dicen que afectaría al turismo.

Entonces han venido trabando el asentamiento de la escolita, pero nosotros en la Asociación de Pescadores, y en la comunidad de padres, no aflojamos. Hemos peleado mucho y vamos a seguir peleando porque esta escuela es nuestra y de nuestros hijos. De ninguna manera somos nosotros los que podríamos afectar al turismo.

En el invierno, la escolita se calefacciona con gas, cuando alcanza.

-Es que el ministerio nos paga dos tubos de gas por mes -dice Andrea, mientras prepara con orgullo la fiesta de inicio de clases para el nuevo ciclo lectivo- y con ellos tenemos que calentar el ambiente pero también cocinar. De todos modos, y aunque no lo crea, nos arreglamos bastante bien.

-¿Y qué es lo que más necesitan? -le pregunto, como desconfiando.

-Ah, qué gracioso -se ríe, candorosa-: lo que necesitamos es un edificio. Instalado con todo, aunque sea pequeño.

Con insólito pudor, casi avergonzada, Andrea me pregunta si yo puedo ayudarla. Es que ella quisiera tener libros actualizados, materiales, «cualquier cosa porque acá nos falta todo». Y explica que sólo tiene manuales del año 1988 y por eso ahora que se capacitó no puede aplicar los nuevos cambios pedagógicos. Me cuenta que retira libros de la Biblioteca de Puerto Pirámides y los fotocopia, pero como debe pagar de su bolsillo no le alcanza. Después sonrío y me pregunta si yo conozco a algunas figuras de la televisión, porque ella sabe de unas maestras que fueron a programas en la tele, en Buenos Aires, y después recibieron ayudas extraordinarias.

Al regresar de la escolita, de pronto pasa una camioneta roja y blanca a toda velocidad, espantando un grupo de choiques que pastaba junto al camino de ripio. Va a más de 100 kilómetros por hora y levanta una polvareda impresionante, además de guijarros que son peligrosos como balazos. Me recuerda a una escena de *Una sombra ya pronto serás*, la película de Soriano y Olivera, pero con la diferencia de que este conductor es un asesino y no lo sabe. Y lo peor es que nadie le dirá nada. Es otro analfabeto funcional de la Argentina de estos años.

No me resisto a la pregunta, que duele, aunque duele más la segura respuesta:

-¿Se iría de acá, Andrea, si pudiera?

Sus ojos claros se humedecen. Hay mucha tristeza en el fondo cuando dice:

-Y, la verdad es que sí...

Esa noche el cielo es tan hermoso y límpido que se puede ver el mar, vivo y sensual, a la luz de la luna. Bien abrigados porque sopla el viento y hace frío, volvemos a caminar por la playa y contemplamos la maravilla que es una noche luminosa en el verano austral. Yo pienso en la imposible novela que llevo conmigo, como una mochila pesadísima, agobiante. Le cuento a Fernando un episodio que imagino: Victorio y Clelia han llegado hasta donde estamos nosotros, y como a ellos también los maravilla la Naturaleza, de pronto la chica pregunta cómo se imagina él a la Madre Naturaleza. Victorio le cuenta que una vez le hizo la misma pregunta a Rafa, y Rafa le respondió como si la conociera de toda la vida, describiéndola descomunal y exótica, festiva y proteica. Fernando se ríe de la descripción y me pregunta de dónde la saqué. Le digo que de un sueño, como a casi todo.

Brevísima descripción de la Madre Naturaleza

He soñado con la Madre Naturaleza. La he visto caminar hacia mí: es una mujer gorda, enorme, que mide más de dos metros y tiene cuatro tetas y los ojos de colores diferentes: un ojo es rosa; el otro amarillo. Le crecen plantines colmados de flores en la cabeza -clavelinas, alegrías del hogar, margaritas silvestres- y a manera de rulos le caen bignonias y jazmines del país. Su rostro, que guarda un leve parecido con el de Mercedes Sosa, está coronado por una bella sonrisa de plenitud. En su mirada se ven todos los ani-

males del planeta: ninguno nítidamente definido, todos perfectamente delineados. Viste una capa enorme -verde, por supuesto- y usa anillos en todos los dedos, que son regordetes. En las uñas tiene pequeños parterres donde crecen pastitos delicados que semejan campos de lino vistos desde lejos. Camina hacia mí con paso firme y es admirable -en el sueño- su actitud de convencida satisfacción.

11

TANGO POSMENEMISTA EN COMODORO

El camino hacia el Sur no es otra cosa que esa misma larga cinta de asfalto colocada como una dura alfombra sobre la piedra. Cada tanto el coche cae en un valle; cada tanto hay que remontar una sierra modesta. Pasa uno que otro camión, algún coche, pero durante largos minutos lo único que cruza el mundo somos nosotros y el pequeño coche rojo en el que viajamos. A los lados, tras las alambradas se ven muy pocas ovejas y algunos esporádicos grupos de ñandúes o de guanacos pastando. Estos últimos, especialmente, impresionan por su porte entre elegante y aburrido. Como todos los camélidos, tienen las patas muy delgadas y el cuello enhiesto. En la Patagonia se los ve siempre hermosos, magníficos a la distancia, con esa extraña apariencia distinguida que mezcla lo aristocrático con lo salvaje. Desconfiados y homofóbicos, huyen siempre, guiados por una impulsiva inteligencia primitiva.

Durante horas recorreremos el monótono, interminable camino recto que lleva hacia el fin del continente. Pasamos velozmente por el costado de Trelew, vemos Rawson a lo lejos, no nos tentamos con la entrada a Gaiman ni a Sarmiento, ni a los Bosques Petrificados, que decidimos visitar al regreso. Ahora seguimos nuestro camino en línea recta, como se sigue un destino inexorable.

Luego de varias horas de marcha, aburrida y plana, horas en las que no cruzamos ni un pueblo, de pronto empezamos a ver una serie de carteles a la vera del camino, como flacos escuderos del desierto que avisan que hay una población cercana y que es importante. Se anuncian hoteles, restaurantes, servicios. Comodoro Rivadavia se empieza a sentir en el aire desde varios kilómetros antes. No es la capital de la provincia, pero es la ciudad más grande e importante de Chubut, verdadera antesala de la estepa santacruceña.

Es la ciudad donde vivió David Aracena (1914-1987), uno de los cuentistas más interesantes de la región. La misma del filme *Mundo Grúa*, de Pablo Trapero. Tiene unos 125.000 habitantes y ha sido por décadas la cabecera de YPF y el mayor centro petrolero nacional. También centro de corrupción e ineficiencia, hoy languidece industrialmente, como todo lo que la globalización se llevó.

Esa noche hemos decidido regalarnos un tradicional cordero patagónico, y escogemos una parrilla de muy buen ver, en la zona portuaria. Nos sirven trozos asados, ensaladas y vino, y empezamos a sentirnos reconciliados con el viaje, el cansancio, el sueño que avanza porque mañana nos espera un tirón largo: intentaremos llegar hasta Río Gallegos, hacer casi mil kilómetros en una sola etapa.

A los postres, y como hemos estado dándole charla y alabando reiteradamente sus dotes de asador, el parrillero abandona las brasas donde toda la noche ha estado trazando y asando corderos y se acerca a nuestra mesa. Chupado de carnes, de cuerpo largo y flaco, canoso y arrugado, escucha nuestros últimos elogios a la delicia que preparó pero sin darles mucha importancia. Enjuto y disfónico, este hombre que aparenta muchos más años que los escasos cincuenta que declara, tiene muchas ganas de hablar. Típico joven de los setenta, acaso ex montonero o militante

de las juventudes peronistas, o quizá de pasado anarquista pero seguramente disconforme y rebelde, ahora se lo ve completamente manso y más bien triste. Fuma un Imparciales tras otro y tose cada tanto.

-Ah, si yo les contara mi historia -amenaza después de saludar y pedir permiso para charlar, evidentemente saliéndose de la vaina por contarla.

Un suave «adelante» lo embala. Pone primera y se lanza:

-Yo vine hace ya varios años, y la verdad es que el motivo fue que me dejé mi mujer. Me la sopló un amigo, caray, uno de toda la vida. Increíble, ¿no? Y a ella no sé qué le pasó, aunque hoy la entiendo: yo no la tenía bien y la pobreza es canalla, amigo... Pero lo peor son los años que llevo sin ver a los pibes. Tres, y eso es lo que más me duele. Ni nos escribimos; Se pusieron del lado de la vieja, y uno, experto perdedor de altura, se la tuvo que bancar. Algún día van a entender. Espero, aunque no estoy tan seguro. Bueno, no estoy seguro de nada, ni de mi nombre, que en este caso es irrelevante. Pueden llamarme Lito, si quieren, total...

En la historia de Lito se cruzan la impreparación de una clase media que se imaginó eterna y satisfecha para siempre, los sueños desmesurados de una generación idealista, la decadencia de un país de indolentes y la crisis de un mundo que cambia valores por efectos. Lo miro hablar y me recuerda al Gordo Villanueva, un amigo de la infancia que en el Chaco siempre se mantuvo al margen de la política, tuvo un par de empresas de escasa fortuna, tocó la guitarra y cantó los mismos temas toda su vida, y ahora vende hamburguesas y es servicial y bueno como un pan pero tiene encima una tristeza tan grande que espanta.

Lito termina su soliloquio -en realidad un tango patagónico- y acaba hablando de la península. Es que la gente en la Patagonia tiene una intensa necesidad de hablar. De sus vidas, de su ambiente, de lo que hacen. Tienen una insaciable, perentoria necesidad de ser escuchados. Y casi siempre se ven compelidos a justificar su presencia allí, como si cada uno debiera delinear el espacio que ocupa en la inmensidad:

-La Patagonia es una cárcel abierta -define Lito-: uno está en libertad pero no se puede mover. Yo me quisiera ir cuanto antes, pero, no sé por qué, me voy quedando. Digo que me voy, pero me quedo. Y me hago mucha mala sangre porque acá la gente no quiere laburar. Disculpe si suena reaccionario, pero es así. Duermen la siesta si es verano, porque hace calor; y duermen la siesta si es invierno, porque hace frío. Nadie trabaja en serio, y entonces yo me siento un idiota y no veo la hora de irme... A Mar del Plata, aunque dicen que ahora también allá está brava la cosa, ¿no?

Se sienta, confanzudo. Ya no quedan clientes en el restaurante, uno de los tantos que se abrieron en los años de bonanza petrolera en Comodoro. Como casi todos, tiene un nombre que evoca ballenas, arcas, pingüinos o lobos marinos. Fuma otro pucho, melancólico, acepta el café con que lo invitamos y narra la historia de la mujer que lo tiene así. Un tango, ni más ni menos, aunque en plan fantástico.

-Mina brava, Alma Delia -declara-. Ya era rara desde el nombre, como ésos de las telenovelas venezolanas de ahora, ¿vio? Primero nos salió a todos con que se embarazó virgen. Así como lo oye. Era de una familia muy religiosa, típica de clase media baja, bien chupacirios. Y le creyeron a la chica, cómo no, si ella juraba y recuraba que no había tenido relaciones con el novio, o sea yo. Entonces la abuela, como al pasar, dijo que habría sido el Espíritu Santo. Nadie supo si lo dijo en serio o en broma, la vieja, pero todos se engancharon con la fantasía. Incluso este servidor. Porque yo no la había tocado, digamos, en lo sexual. Uno que otro beso de zaguán, como se hacía antes, un fran heleo de cocina y nada más. Yo era pibe y habré sido gil, también, pero el caso es que la quería. Y me casé con ella y viera cómo lo quise al pibe, fuera hijo del Espíritu Santo o de Magoya. Después vinieron dos más y yo creo que fuimos felices. Un tiempo, digo, o a lo mejor fue todo pura ilusión: Quién sabe. Hasta que vino la noche.

Carraspea, chupa el cigarrillo hasta que la brasita arde como una culpa y concluye:

-Y la noche, mi amigo, tiene nombres: el de Alma Delia en brazos de un traidor; y el del Turco hijo de su madre que prometió Revolución Productiva pero rifó el país y pudrió la moral.

En ese momento entra un grupo de japoneses. Son como veinte y llegan como ellos: llenos de cámaras y sonrisas. Un guía que los trae de quién sabe dónde ruega que se les prepare algo de comer. Lito se hace rogar unos segundos y luego declara que no hay más cordero por esa noche, salvo unos restos que, si les gusta, se los escabecha en segundos... Y enseguida se dirige a la cocina donde ordena minutas y ensaladas. Cuando regresa junto a nosotros, que nos aprestamos a salir, nos guiña un ojo, juguetea, y dice:

-La Argentina es un país maravilloso, viejo. Ni gente como nosotros somos capaces de echarlo a perder del todo. ¿No ve que acá siempre se inventa algo para comer?

Salimos a la calle y andamos bajo el viento frío que viene de la bahía. Algunas luces se reflejan arriba, sobre Comodoro, que a esa hora es un interrogante negro. Pensando en Lito, o cómo se llame, me viene a la memoria una frase maravillosa de Elías Canetti en *El suplicio de las moscas*: «Aunque esta vida fuese aún más humillante, tampoco renunciaría a ella.»

Fernando me pregunta cuál creo yo que podría ser la más fuerte representación poética de la noche. Coincidimos en escoger la metáfora de Borges: «la unánime noche». Con un solo adjetivo la define inmensa, eterna y absoluta.

Sé que esa noche soñaré algo que ya soñé otras veces. Es un sueño reiterado, que incluso una vez comenté con Ricardo Piglia en la cocina de la casa que los exiliados argentinos teníamos en la Ciudad de México, hace veinte años, cuando él acababa de publicar *Respiración artificial*.

Sueño equivocado

Dos amigos discuten, durante una larga noche de empanadas y vino, sobre la concepción del Tiempo en Wells. A las cuatro de la mañana se duermen, borrachos, exhaustos, sin haber llegado a conclusiones ni acuerdos. A las ocho y media uno se levanta y despierta al otro -quien se asusta y lo insulta- para decirle que ya tiene la solución porque Wells se le apareció en su sueño y se la reveló. El otro lo mira, contrariado, y replica que eso no puede ser porque él también soñó con Wells y es obvio que Wells no pudo estar en los dos sueños.

Mientras desayunan cambian impresiones, hasta que acuerdan que, evidentemente, los dos han soñado lo mismo y a la vez. Pero enseguida reanudan la discusión cuando uno afirma que Wells se hallaba en la Biblioteca Nacional, y el otro afirma que no, que en una casa de la calle Maipú. Es entonces cuando se dan cuenta de que en realidad ninguno soñó con Wells, sino que ambos soñaron con Borges.

12

EL VIAJE IMAGINARIO

Salimos de Comodoro recién a la tarde del día siguiente. Habíamos cambiado nuestro plan porque Comodoro nos gustó lo suficiente como para que decidiéramos caminarla. Es una ciudad de subidas y bajadas simpáticas, que muestra el mar aquí y lo oculta allá y que tiene todavía ese aire progresista que se ha perdido en tantas ciudades argentinas. A pesar de la crisis generalizada y el desempleo, aún conserva una cierta pujanza, como si se resistiera a la agonía económica y a la

decadencia general de la Argentina. También, es cierto, decidimos parar por un día, descansar y seguir hacia el sur sin prisa. Fernando salió a caminar y yo duermo hasta el mediodía.

Enciendo la radio e intento escribir algo. Eludo la estridencia de las músicas bailanteras de moda, hasta que ubico un programa que alterna tangos instrumentales con boleros del trío Los Panchos. «Tango versus bolero», pienso, recordando una audición radial de los años treinta que menciona Manuel Puig en *Boquitas pintadas*. También pienso en Luis Rafael Sánchez y su Macho Camacho, su Daniel Santos, su *No llores por nosotros, Puerto Rico*. Pienso que debería desarrollar la idea de que la diferencia sustancial entre el bolero y el tango radica en que el bolero casi siempre incluye la esperanza y admite la ambigüedad del amor. El tango, en cambio, es desesperanza y traición. La diferencia entre el amor en México y en la Argentina: dime lo que bailas (o lo que cantas) y te diré cómo amas. El tango no podía haber sido otra cosa que un producto argentino.

Me doy cuenta de que casi no hemos escuchado radio durante el viaje. El único sonido dentro del Coloradito han sido su marcha, el viento, las conversaciones con Fernando y nuestro sonoro mutismo contemplativo.

Me quedo algunas horas escribiendo. Dentro del hotel, con frío afuera y suave calefacción interior, me dedico a pasar mis apuntes al ordenador. No es un trabajo sencillo, porque se trata de verdaderos jeroglíficos que he ido anotando en servilletas, reversos de boletas y facturas, recortes de manteles, bordes de hojas de diario o cuanto papelito suelto he encontrado delante, y sucede que muchas veces no entiendo mi propia letra ni las claves mnemotécnicas que me he inventado, por ejemplo, mientras cebaba mates en el asiento de copiloto. Este proceso puede desesperarme, pero no deja de ser grato cuando descubro que no toda anotación fue inútil. Claro que mientras hago ese traspaso -verdaderas autotraducciones- inexorablemente me pregunto si la labor tiene sentido; por qué trabajo de modo tan caótico y antiprofesional; para qué y para quién escribo lo que escribo y si algún día seré capaz de darme cuenta de que lo que hago no sirve para nada y -lo que será peor- si sabré admitir que a nadie le interese.

Mi respuesta es siempre la misma: que no lo sé, aunque sé que escribo para ser leído. Me resisto a creer que alguien escriba, realmente, para sí mismo, aunque muchos lo proclamen. Descreo de la escritura onanista y pienso que uno siempre tiene lo que llamo un «Lector Ideal Implícito». Por lo menos yo, cuando escribo, como cuando empiezo a fantasear un texto y acumulo ganas y deajo que el deseo crezca dentro de mí, me doy cuenta de que cada texto me impone de antemano un lector identificable. Es como si el texto se fuera pariendo con su lector ideal sugerido: la narración o el poema lo traen incorporado y generalmente sé de quién se trata. Eso me permite imaginar, entonces, que cada vez que escribo, cada página, cada frase, en cierto modo está siendo creada para un lector concreto.

A veces es mi hermana, o un amigo o la mujer de la que estoy enamorado, o un maestro o simplemente el mozo de un bar o la dependienta de una tienda, alguien que he visto sólo unos instantes en algún lugar. Vivos o muertos. Lo que importa es que en el momento de la escritura necesito tener a ese interlocutor de mi lado, a mi lado; preciso imaginar que me presta su oreja para que yo le narre la historia que está naciendo.

Quizá eso se debe a la convicción de que en mis textos lo conversacional debe cumplir siempre una función. Me importa tanto la comunicación con el lector que quizá me ejercito conversándole el texto que escribo, mentalmente, a cualquiera de estos lectores ideales. He escrito páginas pensando que eran para Poe, para Dante, para Borges o para García Márquez y todavía pienso que me encantaría que algunos de mis textos fuesen leídos hoy por Juanito Rulfo. Hay un capítulo de mi novela *Santo Oficio de la Memoria*, por ejemplo, que en realidad es de él; lo tuve tan presente que le pertenece porque allí narro historias que él me contó y hasta lo hago personaje de ese fragmento. Algunos lectores lo advirtieron.

Claro que siempre uno trata de separar lo verdadero de lo imaginario (como creo que hacen todos los autores y como procuro en este libro) para luego entremezclado. Lo tuve muy en cuenta esa mañana, cuando retomé los apuntes de un viaje que hice a Huinca Renancó, en el sur

cordobés, en la primavera del 94. Aquella vez me alojaron en una casa y una habitación para mí inolvidables, que ahora yo podría convertir en una casa de las afueras de Puerto Madryn donde se refugian mis personajes.

Entra meneando la cola un poco exageradamente. Está orgullosa de su trasero: firme, duro, alto. Victorio lo adora y con tantos piropos ha conseguido convencerla. Clelia, enfundada en ese jean viejo y gastado pero pegado al cuerpo como una garrapata, ahora lo mueve muy conciente de él: sabe la impresión que puede causar.

-Usted dirá, señorita -dice el hombre, sonriente y encantador.

-Queremos una habitación. Nos han dicho que preguntemos aquí.

-Y han hecho muy bien. Ahora mismo -y empieza a dar órdenes a dos mujeres, evidentemente su mujer y su madre. La primera es una cuarentona todavía de buen ver, obviamente disgustada con la vida que lleva. La vieja, en cambio, tiene un semblante pálido, como de enfermedad terminal, y aunque se la ve recia aún, también se le nota la disconformidad.

La casa es antigua pero limpia. Una típica construcción cuadrada de fines del siglo XIX, que alguna vez fue una casa de campo de gruesas paredes y que con los años se encontró incómodamente rodeada de otras casas y en el medio de lo que ahora es una manzana de ciudad. Lo que habrá sido la caballeriza, al costado, ahora es un garaje para varios autos. Detrás se ve un aljibe y los pisos de ladrillos lucen impecables y brillosos, como lustrados diariamente con ríos de Ceramicol.

La habitación que les dieron, una de las tres que se alquilan de la otrora señorial casona -evidentemente devenida hostería por imperio de la crisis económica- es amplia y en las paredes tiene muchas reproducciones de Molina Campos, de las que realizó entre 1937 y 1939 para la Fábrica Argentina de Alpargatas y que fueron tan populares. Los magníficos personajes y animales -todo dientes y ojos saltones- definieron una estética formidable para la época, una especie de anticipado grotesco nacional. Eran motivos típicos argentinos, pintados para publicitar las marcas de alpargatas «Rueda» y «Luna»: un hachero norteño cortando un quebracho; la diligencia con los caballos atropellando a pura fuerza; el mostrador de una pulpería con gauchos y negros de caras fieras y ojos alucinados; la gestación del Pampero, viento del oeste que oscurece la tarde y mete miedo. Hay un cuadro muy simpático, de un colla del noroeste acompañando un burro, titulado Bajando al iano.

A un lado de la mesa de luz, entre la inmensa cama matrimonial de barrotes de bronce y la puerta de entrada, hay una especie de cuadro de terracota en relieve que muestra una orquesta de tango y tres parejas de bailarines enlazados en cortes y quebradas en medio de una pista de poca categoría.

Comprueban que la cama es mullida y cómoda, y dejan la mochila a los pies, sin desarmarla. Están completamente exhaustos, hartos de huir y de encontrarse siempre en peligro. Victorio saca la .45 y la desarma lentamente, mientras Clelia se mete en el baño. Comprueba que le queda todavía media docena de balas. Y además cuenta con dos peines de repuesto que también robó en el hotel de Rafaela. No es poca cosa. Se dirige a la puerta de la habitación y constata que está cerrada con llave. Entonces deposita el arma sobre la mesa de luz, se quita los borceguíes y se tiende en la cama. De modo casual, y por un segundo, se ve en el espejo del enorme y altísimo ropero de tres cuerpos que gobierna el ambiente. Es uno de esos armatostes magníficos, de roble vetado, que sólo se encuentran en tiendas de antigüedades. Tras la puerta de grueso algarrobo que da al baño priva-

do, se escucha el murmullo de Clelia lavándose los dientes. Todo está bien, piensa, y se queda profundamente dormido.

Pero duerme mal, con la sensación de estar toda la noche revolviéndose en la cama. Clelia, que lo ha contemplado amorosamente durante un rato, también se acostó y ahora duerme.

Cuando Victorio se despierta, muerto de sed, la luz del velador está encendida. Le extraña, porque Clelia tiene la manía de apagar siempre las luces para dormir, y además adora la penumbra para el amor. Mira la pistola y sí, está allí. Pero algo lo inquieta: hay algo ominoso en esa habitación. Mira y busca alrededor, recorre el piso, el techo y las paredes, y sólo entonces advierte el otro cuadro, sobre la cabecera misma de la cama.

Le parece muy extraño no haber reparado en él al entrar en ese cuarto, pero lo atribuye al cansancio y a la súbita confianza que sintió al llegar a esa casa, donde además el garaje garantizaba que el Ford rojo no quedaría en la calle, a la vista de la policía. Agobiado por la huida, no había advertido nada extraordinario ni mirado a su alrededor. Se reprocha el descuido en su capacidad de observación y de pronto la mitad judía de su sangre comienza a hervir.

Sobre su cabeza, montado arriba del respaldo de bronce de la cama como un Cristo o una imagen religiosa, hay un grabado, una litografía en tonos grises y sepias de más o menos un metro de ancho por ochenta centímetros de alto que muestra a un Adolfo Hitler muy joven (hay que acercarse mucho para identificarlo) dándose la mano con un viejo emperador, supuestamente el Káiser Guillermo 11, mientras un haz de luz presuntamente celestial entra por el ángulo derecho del cuadro, para rebotar en el piso y en los dos personajes de modo que se ilumina, al fondo de la escena, un altar catedralicio en el que se destaca un Cristo sufriendo en la cruz.

La expresión del Káiser es grave. Viejo, canoso y con el pecho de la casaca militar completamente cubierto de condecoraciones, se nota su autoridad sobre un sumiso Hitler que al extender su mano derecha baja el mentón y la mirada, que parece perderse en el indeterminado suelo. De traje de paisano negro y camisa blanca, con el pelo lacio y lustroso peinado con su clásica raya, y con su bigotito chaplinesco, su actitud de recato y sumisión no prenuncia la ferocidad asesina que conmovió al mundo unos años después. En la base del cuadro, pero formando parte del mismo, una especie de cinta patriótica tiene la siguiente inscripción en medio de una esvástica y de la bandera alemana: «Potsdam, 21 Marz, 1933.»

Se suponía que los dueños de casa eran gente liberal, moderna, una típica familia de clase media argentina venida a menos. Al menos eso creyeron la noche anterior. Victorio ve cómo se le eriza la piel y siente deseos de incendiar en el acto ese cuarto ominoso. Pero algo sale mal porque cuando se pone de pie y se calza la .45, al mismo tiempo que se despierta Clelia, hay un corte de luz y los dos apenas se entienden hablando en la total oscuridad mientras buscan, infructuosamente, una cajita de fósforos. El peligro está en el aire, se siente como un aire maligno, y entonces Clelia alza la voz, ronca y nerviosa, y le dice a la oscuridad que si no se dejan de joder va a empezar a los gritos, nazis de mierda, mientras Victorio agarra la mochila y...

BLUES DE CALETA OLIVIA

Allí me detuve, porque ya no sabía cómo continuar la acción y además porque llegó Fernando. Me faltaba imaginar un cierre para el episodio, pero yo había dormido en esa casa y, aunque mi repulsa había sido vencida por el sueño, tenía las sensaciones vivas como para encontrarle a ese capítulo un remate muy fuerte, fantástico, acaso sobrenatural.

Cuando salimos de Comodoro sentí una sensación como de liberación. Algo me estaba ahogando cuando subimos al Coloradito y yo me puse al volante. Teníamos el viento a babor, como diría un navegante, porque como íbamos hacia el sur el Coloradito lo sufría por la izquierda. Abrí la ventanilla y dejé que entrara a lo bestia, como entra allá. El muy condenado soplabla como si estuviera arrastrando a las mismísimas Islas Malvinas hacia la costa.

La carretera se pone hermosa al salir de Comodoro Rivadavia. Entre el balneario de Rada Tilly y Coleta Olivia, ya en Santa Cruz, la ruta 3 muestra su tramo más bello. La carretera ha sido pavimentada sobre los acantilados y bordea el Atlántico como un larguísimo balcón construido especialmente para mirar el horizonte helado y contemplar el cielo impecable. Uno viaja y sabe que 30 o 40 metros debajo hay pingüineras, loberías, rompientes maravillosas. Uno siente el impulso de detenerse y caminar sobre esas playas que son una sola y larga playa infinita. Pero a la vez uno tiene la sensación de que el tiempo es poco, que no alcanza. Es la certeza de que no se puede todo. La inmensidad tiene esa virtud: de tan ilimitada impone límites.

Al cabo de una hora, se llega a una ciudad típicamente santacruceña: Caleta Olivia. De simpático nombre, que evoca a pioneros y a petróleo, es un pueblo chato y con una ría casi deshabitada, que consta de una larga avenida central con negocios de todo tipo, varios hoteles y la sensación de que casi toda la gente está de paso y los *nyc* sólo esperan la mejor oportunidad para irse. Quizá por eso hay tanta suciedad en las calles, esa desdichada característica de casi todas las ciudades patagónicas. El viento, que es implacable, zarandea los tiraderos de basura de los suburbios y entonces los alambrados de los campos aledaños resultan polucionados muestrarios colgantes de papeles y bolsas de plástico. Yo evoco los inevitables papelitos que flamean en todas las películas de Pino Solanas aunque acá esto que vuela no tiene nada de poético. Y uno no deja de preguntarse, con fastidio, qué tendrán en la cabeza los intendentes patagónicos que instalan basurales expuestos al viento y son incapaces de poner en marcha sistemas de aprovechamiento de residuos.

Lo primero que llama la atención aquí es el horrible «Gorosito», como le llaman al monumento al obrero petrolero, un mamotreto blanco, como de yeso, que tiene unos seis metros de altura y domina el centro de la ciudad. Típico exponente del kitsch peronista, se trata de una escultura elemental que representa en plan realista a un obrero con casco, más bien gordito y petiso, haciendo girar la rueda de la válvula de un oleoducto. No parece esforzarse demasiado, la verdad, de modo que resulta una rara versión vernácula de estajanovismo patagónico.

Nuestro paso por Caleta -como todos la llaman- no es demasiado feliz. Fernando precisa hablar a los Estados Unidos, pero en todos los locutorios desde donde lo intenta las comunicaciones son imposibles. Un matrimonio chileno que dice estar en emergencia, no puede llamar a casa. Unos mochileros neozelandeses se quejan de la lentitud de la única computadora que podría conectarse a Internet. El servicio telefónico es municipal y así funciona, municipalmente. Una barra de muchachones, de miradas burlonas, nos observa oficiar de traductores. Toman cerveza y miran en la tele el enésima River- Boca de la temporada como si se tratase de algo importante.

Cruzamos la calle y el único hotel con aspecto decente es caro como ha de ser el Sheraton de Retiro, en Buenos Aires. Ya muy noche y cansadísimos, cuando arrecian el viento y el frío, recalamos en una posada de una calle transversal, humilde pero limpia, y caemos rendidos. Tengo un

sueño bastante tonto: un inexplicable virus ataca a las gallinas de todo el mundo, que una mañana dejan de poner huevos. La reserva mundial apenas alcanza para una o dos semanas. El caos que sobreviene es tremendo: ¿alguien puede imaginar un mundo sin huevos? Cambian los desayunos, las tortillas, los pasteles, la cocina universal toda. El mundo no puede vivir sin huevos. Bienaventuradas las gallinas.

Al día siguiente la patrona que atiende la pequeña posada, me da conversación. Es una catamarqueña que vino en 1960, recién casada y llena de ilusiones. Su marido trabajaba en YPF, prosperaron durante un tiempo y los dos hijos pudieron estudiar en La Plata y hoy son profesionales. «Pero después empezó la decadencia -declara- cuando se fueron los militares.» En el acto veo por dónde va la cosa, de modo que opto por no seguir la charla. No soporto esa nostalgia que todavía tienen algunos, de los supuestos buenos, viejos tiempos en que los dictadores «ponían orden», sólo sufrían los que «algo habrían hecho» y los argentinos -como ella eran «derechos y humanos».

-Ahora lo único que queda es esperar -dice la mujer, advertida de que no me gustan su comentario ni su ideología y después de extenderme la correspondiente factura.

-¿Esperar qué, señora? -le pregunto con respeto y disimulando mi fastidio.

-Quién sabe -dice ella sin darse cuenta de la vaciedadumbre de su propia expectativa.

-Entonces espere el próximo programa de la tele -le digo, en el tono más hiriente posible-. Hay muchos para elegir, uno peor que el otro. Parecen ser todos hijos de la dictadura que usted echa de menos.

Y me voy, seguro de que de todos modos no me ha entendido.

En la estación de servicio compramos las vituallas más caras del país y nos tentamos con un café con leche antes de partir. El precio es abusivo: tres pesos con cincuenta, y encima nos cobran un peso por cada medialuna. Protesto inútilmente, y enseguida advierto que a los locales les cobran lo mismo y nadie se queja. Salgo pensando que no me gusta nada Caleta Olivia y veo que el pibe que limpia el parabrisas del coche lleva una remera de Los Redonditos de Ricota. Le digo que para mí también son lo máximo, comentamos algunos temas, elogiamos la voz del Indio Solari y sonreímos con complicidad. Le pregunto si él también quiere irse y me dice que no. Está copado con una piba del barrio, los dos estudian y no quiere saber nada con Buenos Aires. Enseguida aparece ella, una rubia de muy buen ver y ojos preciosos, y me la presenta. Le pregunto lo mismo, y ella responde:

-No, a mí me encanta vivir acá. Es un poco aburrido y faltan cosas, pero una se acostumbra. Y acá nadie te mata por dos pesos, como allá.

De vuelta a la carretera, siempre rumbo al sur, me digo que Caleta Olivia, después de todo, no es tan fea.

Ahora maneja Fernando y yo hojeo al azar el *Libro de Doctrina y Comportamiento*, de Gómez de Oro y Saavedra. Me impresionan el sentido común y la ironía de este fraile disoluto, que murió en una hoguera de los guaycurúes después que un malón lo cazó a lanzazos. Encuentro nuevas perlas y las leo en voz alta:

Quando un hombre inteligente dice una majadería, es que está distraído. Cuando dice dos en una misma conversación, es que está entrando en la irreversible senilidad de la edad propecta. Pero cuando las dice a cada rato y no parece anciano, entonces no hay dudas de que está enamorado. (Pág. 271.)

Las virtudes teologales son, como es sabido, Fe, Esperanza y Caridad. Y las virtudes cardinales, también conocidas como «virtudes naturales», son: Justicia, Prudencia, Fortaleza y Temperancia.

Las virtudes filosóficas deberían ser, por lo tanto: Sumisión, Recato, Sobriedad, Decencia, Probidad y Honradez.

Y, en la gracia del Señor, habría que reconocer -enumerar al menos- incluso las virtudes revolucionarias, que son: Rebeldía, Inconformidad, Disidencia, Imaginación, Tenacidad, Alegría y Confianza. (Pág. 326.)

14 DE AVENTURAS Y TERRITORIOS. DE LENGUAS Y APETITOS

Me voy pensando que cuando esto se publique es muy probable que algunas personas de Caleta Olivia se sientan ofendidas. Pero es que el kitsch tiene eso: no son las cosas mismas las risibles, sino la relación de la gente con ellas. Creo que la idea es de Umberto Eco: lo kitsch está en el vínculo de algunas personas con ciertos objetos o costumbres; y lo que diferencia al arte del kitsch es la experiencia estética genuina: en el arte hay un trabajo del sujeto que tiene esa experiencia, hay una asociación, una intelección.

La mañana es radiante y hay un buen sol que la entibia. Al volante, reflexiono sobre lo que significa viajar y conocer ciudades que no se visitan con una perspectiva turística. Es obvio que nosotros no somos turistas previsibles y tampoco nos interesa promocionar nada. Confirmando ante mí mismo que viajo como quien camina al azar: en apariencia distraído, lo que encuentre me hará feliz, sobre todo si me abre los ojos aún más.

Por supuesto, avanzamos y yo «escribo». No se me quitan de la cabeza las obsesivas imágenes de la novela que vengo cocinando. Clelia y Victorio (cual si estuviesen sentados en el asiento trasero y mirasen el paisaje como nosotros, con nosotros) son ya dos verdaderos amigos entrañables para mí, compañeros de este viaje tan queridos como Fernando y el Coloradito Pérez, mi brioso corcel imaginario cuyo motor suena afinado y discreto y responde obediente a mi pie derecho.

Pero lo que no me obedece es la narración. Clelia y Victorio huyen de aquella casa de Madryn como siempre huyen: disparando hacia adelante, más con ingenio improvisado que con planes, más a los tumbos que con astucia. Cuando salen de la habitación está la vieja leyendo una Biblia, haciéndose la distraída aunque es evidente que los ha denunciado. De hecho, lo que los salva es la lentitud e impericia de la policía pueblerina. Y mientras Clelia saca el cochecito rojo derrapando en reversa, y haciendo un ruido que se diría de los mil diablos, Victorio carga la mochila, la arroja en el asiento trasero, sube al coche y se asoma a la ventanilla para disparar un par de tiros hacia la policía mientras Clelia grita, furiosa:

-¡Carajo, Vic, nos olvidamos los cepillos de dientes!

A mí me encantan esas escenas. Si volviera a empezar, creo que hoy sería solamente un escritor de libros de aventuras, llenos de persecuciones, tiros y juramentos contra Dios y las buenas costumbres.

Celebro esa huida y decido que en Comodoro no les pasará nada porque encontrarán caminos alternativos -mientras algún retén inútil los espera sobre la ruta 3- y podrán así cruzar el límite no marcado entre las provincias de Chubut y Santa Cruz. Ya en ésta, como nosotros ahora, empezará lo bueno porque Santa Cruz es el verdadero fin del mundo. Santa Cruz es un país. Y si me apuran, es un continente. Por su tamaño y sus diversidades, por la maravilla de sus misterios y por sus infinitas posibilidades literarias que no tardo mucho en descubrir, hoy puedo asegurar que

me vuelve loco Santa Cruz. Y además, me permite despegarme, y despegar a mis personajes, de tanto Chaco.

Porque el Chaco es en cierto modo otra cosa contra la que debo luchar. No es que tenga nada de malo, pero la presencia tan fuerte de la gente de mi tierra, que siempre surge en mis ficciones, a veces me cansa. El Chaco es una tierra subtropical bastante feroz, es cierto, y toda ferocidad es atractiva para cualquier narrador. Más que por haber nacido y por vivir allí, ha de ser por eso que casi todos mis textos se ambientan en esa región. Pero el Chaco que yo escribo, curiosamente, a cada rato recoge reproches de mis lectores chaqueños, que me dicen que «el Chaco no es así». Por supuesto a mis lectores de cualquier otra latitud o lengua, eso mismo los tiene completamente sin cuidado. Y eso es porque en literatura se trata precisamente de que las cosas no sean «así» aunque parezca que sí lo son.

Cosa extraña lo que me sucede con el Chaco: por más que pongo miles de kilómetros de distancia, jamás me separo. Al menos el Chaco de mi infancia, ese animal que no muere y en el que todo es aluvional, todo carente de medida. No puedo explicarme, jamás pude, por qué la gente allí es tan impulsiva, ordinaria, procaz, exagerada. Recuerdo aquel enorme amigo de mi papá, un gringo que medía más de dos metros y al que un día un tipo baleó por un asunto de faldas, o de dinero, no sé, en la mismísima vereda del Bar «La Estrella». Fue a las diez de la mañana, hora de bancos, y el grandote, que bíblicamente se llamaba Adán, sencillamente extrajo con sus propios dedos la bala que se le frenó en el pecho, atascada en el esternón, y se levantó y le dio una paliza al pobre agresor, después de lo cual se fue en un taxi al hospital. Esa falta de medida -que acaso pueda atribuirse al calor o a la humedad, o a la pobreza, el viento norte o quién sabe qué otras desmesuras a mí se me hace textos todo el tiempo, literatura.

Desde luego, viajando por la Patagonia yo debía estar muy seguro de que estas cosas, estos pensamientos que están presentes cuando escribo, no debían condicionarme. De hecho uno de mis dogmas literarios personales es que nada me condiciona, jamás, y ésa es la única garantía para finalmente hacer lo que se me da la gana.

Mi experiencia es, en este sentido, quizá demasiado soberbia: jamás he aceptado los cambios propuestos por editor alguno, ni por los traductores. Cuido mucho que mi escritura no pierda sabor, a la vez que intento que sea capaz de contener a todos sus posibles lectores. De este modo puedo pensar en un lector español como en uno mexicano o uno colombiano, pero sobre todo pensaré siempre y solamente en lo que es eficaz y coherente para el texto que estoy escribiendo. Éste, del que habla Bioy Casares en sus *Memorias*, es el único mandato inmutable y constante que admito.

Lo cual no quiere decir que uno no tenga en cuenta al otro, al lector. Desde luego que hay que tener en cuenta al otro y no sólo en la propia lengua. ¿Cómo me leerán un ruso, un hebreo, un holandés? No lo sé, pero los tengo en cuenta como eventuales lectores. En cualquier supuesto, mi respuesta sólo sería una especulación, una nebulosa. Lo importante, me digo, es que no me condicionan aunque me obliguen a no cerrarme en mi jerga. Y esto es válido también para los que comparten mi lengua. El escritor español José María Merino, con quien compartí una mesa redonda organizada por la Fundación Ortega y Gasset y la Embajada Argentina en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, en noviembre de 1994, sentenció en su estilo brillante y definitivo que a españoles e hispanoamericanos la lengua común nos une pero también nos separa. Lo cual es verdad. Sin embargo, en ese mismo encuentro Antonio Muñoz Molina se refirió a nuestro carácter de Hispanoamericanos o Latinoamericanos con paternalismo casi imperial y subrayó que «se debe decir Hispanoamérica pero por cortesía dejemos que sigan llamándose Latinoamérica». No compartí esta idea y opiné, a mi turno, que en Nuestra América nos llamamos Latinoamericanos porque nos pensamos como una totalidad que abarca al Brasil, las Antillas, el Caribe, las Guayanas y la nación Chicana: son por lo menos cuatro idiomas los que concurren a esta definición. Lo cual no impide que también nos llamemos Hispanoamericanos cuando nos pensamos en relación con España. A veces es mejor menos cortesía y más aceptación de lo que cada uno es o quiere ser. Mejor llamarse como

uno lo siente y no como el eurocentrismo quiere una vez más calificarnos. Lo cual, en estas materias, suele ser un modo de descalificarnos.

Suelo reflexionar sobre estas cosas, aunque no públicamente. No creo que sea saludable que los escritores hablen de sus intimidades. El silencio evita demagogias, por un lado; por el otro se atenta la construcción del mito. Por eso me parece que los mejores vínculos literarios son los vínculos secretos. Me disgustan los escritores que fomentan el mito de símismos, aunque algunos sean talentosos e incluso magistrales. Ignoran que la historia de la literatura no tiene en cuenta las manías, obsesiones, hábitos y demás tonterías autorales; el relieve lo reserva para la grandeza de las obras.

Hacia el mediodía nos gana el apetito. Uno de los placeres que nos obsequiamos, en la Patagonia, son las comidas. Adonde sea que llegamos, una de nuestras primeras averiguaciones es acerca del mejor sitio para comer buenos mariscos o cordero asado. Nos importa mucho menos disfrutar los deliciosos dulces regionales, aunque enseguida me daré cuenta de que Fernando siente debilidad por los dulces de calafate, la pequeña fruta típica de la Patagonia que es como una uva de intenso color azul y que se cosecha de un arbusto espinoso silvestre que se encuentra prácticamente en toda la región. Los mariscos nos están reservados, como es obvio, en los restaurantes costeros, que a lo largo de toda la infinita ribera atlántica no abundan como se esperaría, aunque hay algunos excelentes. En cambio, las diferentes variedades de cordero son relativamente fáciles de encontrar en cuanto pueblo y ciudad uno pise. El cordero es el gran clásico de la cocina regional, tanto en las costas como en toda la línea cordillerana.

Mientras pienso en los placeres gastronómicos que nos ofrece la Patagonia, recuerdo una broma familiar. Una de mis tías contaba que cuando eran chicas las educaban con el *Manual de Urbanidad*, de Esteban Carreño, libro atroz por sus prohibiciones y reprimendas que, a principios del siglo XX, hacía recomendaciones como ésta: «Después de tornada la sopa, se sirven el pescado, los pasteles y todos los demás platos que necesitan el uso principal de la cuchara. Sólo al final se pasa a los platos fuertes, las ensaladas y la caza. En los postres se sirven, en primer lugar, las frutas crudas; en segundo lugar los lacticinios; en tercero las tortas y demás preparaciones de harina; en cuarto lugar las compotas y frutas secas; y por último los dulces.»

El abuelo rezongaba:

-Carajo, si pudiéramos comer todo eso cada día yo no sería obrero ferroviario sino el Príncipe de Gales.

Soy ese viajero que nunca sabe exactamentea dónde va.
No un poeta preciso.

Soy caminante que busca, frenético, lo buscable,
lo que no se encuentra, lo que confunde.
No un orfebre maravilloso.

Indisciplinado del rebaño,
más bien un paciente que no toma los remedios,
un enamorado que no admite reglas,
un descontrolado -eso- que no respeta cánones.
Ni herrero en la forja ni tampoco el que maneja
la góndola y contempla, sólo contempla,
los amores ajenos.

Trashumante compulsivo, soy furor,

desconcierto, curiosidad, hambre.
Ni competidor ni sabio.

Soy un navegante al que se le ha roto la brújula
impreciso, caprichoso, ni siquiera la muerte ha de ser definitiva
cuando se la resiste a fuerza de marcha
y a marcha forzada. Soy el infatigable hamster prisionero
que camina hasta morir, andariego y movedizo
como el viento, susceptible como quien huye,
soy apenas pendolista, versificador que medita y
narra, prosaico y profano
y no reconoce orígenes, acaso un loco,
uno que resiste, un inclasificable, un Bartleby.

15

EL SOLITARIO DE TRES CERROS

Sobre la ruta 3, más o menos a la altura del kilómetro 2.200 (que se cuenta desde el Congreso de la Nación, en la capital federal que es Buenos Aires), hay un sitio que en algunos mapas figura con un punto negro y el nombre Tres Cerros, y en otros como La Cabaña. Es gracioso porque no se trata de un pueblo, ni siquiera pequeño. Es simplemente una de las tantas referencias cartográficas de un territorio vacío: allí se indican los nombres de decenas de estancias, almacenes a la vera del camino, simples casas de alguna familia que quizá ya no está. Tres Cerros, sin embargo, ni siquiera es eso. Es sólo una leve elevación de la interminable meseta, que se repite tres veces. Desde la carretera parece un chiste cartográfico. Que sólo tendría sentido, quizá, si se le pusiera imaginación, como que en ese paraje alguna vez buscó refugio la banda de Butch Cassidy y Sundance Kid. Seguro que los gringos pasaron por acá, pienso, pero con certeza no lo sé.

Lo que para nosotros le da sentido al sitio es que varios kilómetros más allá, en la segunda mitad del largo trayecto entre Caleta Olivia y Puerto San Julián, hay un paradero muy original. Se llama «La Cabaña» y es un parador con una amplia playa de estacionamiento sobre el ripio, como si allí alguien hubiera imaginado instalar alguna vez una estación de servicio. De hecho hay un viejo surtidor de YPF en desuso. Detrás se ve un corral de maderas pintadas de celeste, blanco y celeste, y mirando a la carretera una casona de madera montada sobre un contrapiso de piedras. Ahí está el bar y restaurante en el que hay un viejo mete gol, un pool que ha conocido mejores épocas y, en las paredes, fotos turísticas de Santa Cruz, artículos de artesanía indígena, vasijas de barro, alguna platería de baja calidad y suvenires de plástico. En un rincón, en una especie de quiosco, un desordenado amontonamiento de golosinas y cigarrillos.

En la pared está la foto reciente de una yegua, Marisa, ganando una carrera cuadrera de 275 metros en Gobernador Gregores. Nos atiende su propietario, Francisco, un enorme gaucho de unos cuarenta años y más de 120 kilos. De bombacha y alpargatas, con camisa de mezclilla y chaleco negro, usa un sombrero también negro del que cuelga una cinta peluda. Vive solo, completamente solo, como él subraya. Dice ser hijo de alemán y chilena, pero se le notan los rasgos aindiados, el pelo negro y grueso, el bigotito fino caído hacia las comisuras. Comparte el paraje con otro solitario: un hombre que atiende la gomería que está 100 metros más allá, media casa hundida en la piedra, aprovechando una gruta natural. Cada uno hace su vida y no se mete con el otro.

Mientras sirve café instantáneo, Francisco cuenta que llevan a Marisa por toda la provincia. Hay carreras en diferentes pueblos, un par de veces al mes. Son distancias enormes pero la gente va: decenas de aficionados a esa hípica marginal se encuentran algunos fines de semana en los puntos más exóticos de todo el territorio provincial. Se cruzan apuestas, se ponen banderitas argentinas en los palos indicadores de las distancias, y hay asado y cordero para los centenares de paisanos que se acercan. Los animales son llevados en carro y Francisco arrastra el suyo con una F-100 vieja «pero que tiene un motor Nissan nuevo, que anda un balazo». Marisa es una zaina preciosa, hija de una yegua de Trelew servida por un padrillo de Bahía Blanca. «Hay que verla correr -se enorgullece Francisco-. De doce carreras ganó once, y la que perdió fue porque el jockey se enredó.»

Todas las mañanas Francisco entrena a su animal. Ha pedido a unos muchachos de Vialidad que le alisen un poquito la banquina de la ruta. «Pasaron la máquina y quedó como una pista», se ufana. «Lástima que yo no pueda montarla -lamenta enseguida- porque soy muy grande, pero el chico que la corre no pesa ni sesenta kilos y la hace volar.»

Marisa no es su único capital equino. «Tengo un petiso que va a salir bueno y una yegua que ahora mi hermano llevó a servir a Comodoro.»

Lo curioso es que Francisco no es propietario del lugar. «Esto está vacío -explica-, aquí no hay nadie ni nada. Todo esto fue abandonado por culpa de las cenizas del Hudson», dice y se le nota el rencor hacia el volcán que hizo erupción a comienzos de los noventa. «No quedó ni una sola oveja viva, sólo se salvaron los guanacos, los pumas y algunos ñandúes que alcanzaron a rajar. Pero las pobres ovejas, que eran no sé cuántas miles, no pudieron sobrevivir: se les depositaban las cenizas en la lana y pesaban tanto que terminaban arrodillándose para dejarse morir. Dolía verlas, pero en estas inmensidades nadie se podía poner a sacudidas una por una.»

Lo que impresiona es vivir en tan tremenda soledad. Todo es gris alrededor y la certeza del abandono sobreimpone la melancolía del lugar. «Los días de viento -cuenta Francisco- vuelan todavía las cenizas del Hudson y se forma como una neblina muy cerrada.» En Tres Cerros no hay más actividad que la de Francisco y su vecino innominado, y toda la vida alrededor se reduce a Coleta Olivia (a unos 200 kilómetros) y a Puerto San Julián (a 160). «Pero yo prefiero ir a Caleta porque ahí los precios son más baratos. Voy cada quince días o cuando hay carreras.» Es que allá tiene que buscarlo todo, porque él hace todo: el pan, un guisito cada día, un asado de vez en cuando. «Aquí paran camioneros, y aunque pasan días enteros en que no para nadie, ellos saben que siempre encontrarán aquí un buen plato caliente. Y mientras esperan juegan al *pool* o al mete gol. Se hacen amigos, charlan, me cuentan, me traen cosas. Y luego se van.»

¿Y el agua, Francisco, y la luz? «Aquí hay muy buena agua a 8 metros de profundidad; y yo tengo un par de generadores a petróleo y no me falta nada. Podría poner un molino para energía eólica, pero por ahora me arreglo bien con lo que tengo y si se rompe un motor anda el otro.»

¿Y no tiene mujer, Francisco, alguna novia en algún lado? «No -dice y baja la voz como un hombre discreto al que no le parece un tema para ventilar-. A veces viene alguna mujer. O yo hago una visita en Caleta.» Y cambia de tema: ahora está pensando en comprar unas ovejas. «Valen 30 pesos cada una, y si traigo diez con un carnero, como ellas tienen dos pariciones anuales en poco tiempo podría tener un buen rebaño. El problema es que la lana hoy no vale nada: un peso por kilo, con suerte. Pero las ovejas son lindas de tener: no dan trabajo, se esquilan y se comen. Y no dejan de ser una compañía.»

Pero no es lo mismo, Francisco, la soledad... «No, claro que no es lo mismo», admite él y se va a atender a un camionero que ha llegado y quiere comer el sabroso guiso de cordero cuyo aroma impregna el aire. A nosotros también se nos antoja y mientras comemos y Fernando me cuenta de las fotos que tomó en el corral, yo no consigo dejar de pensar que este lugar es perfecto para que Clelia y Victorio se refugien. Lo que sucede, de hecho, es que ellos inevitablemente tendrán que vincularse con otros personajes secundarios. No sé si harán amigos, pero todos los que huyen necesitan, imperiosamente, confiar en alguien. Precisan la ayuda de alguien. Les urge. Entonces un

tipo como Francisco resulta ideal. Es un hombre solitario, seguramente desconfiado y elusivo, cuyo valor principal ha de ser la discreción y lo que más le importa en el mundo, aparte de su yegua Marisa, ha de ser que nadie coarte su libertad, que no lo jodan.

Mientras Clelia va al baño, Victorio le da conversación y Francisco se engancha. No sólo porque la charla fácil es oficio de todo patrón de almacén, sino porque además éste es un patrón que pasa días enteros sin ver un alma. Enseguida los reconoce porque han pasado sus fotografías por la tele, pero no les teme. Él no se mete en los asuntos de la justicia por la sencilla razón de que no sabe de qué lado está la justicia. Pero tampoco deben esperar demasiado de él. Sin embargo esa noche podrán dormir tranquilos, descansar, darse un baño caliente y hasta lavar sus ropas, que secarán el viento de la noche y el sol de la mañana. Sí, sin dudas debo crear una relación entre mis personajes y este grandote de rostro aindiado. El tipo tiene sangre chilena, seguramente mapuche, y entonces bien puede ser, en mi novela, un ex espía de Pinochet que traicionó a los militares. Claro que debo tener mucho cuidado para no hacer quedar tan luego al mestizo como un traidor. Me lo tengo que pensar muy bien, pero Francisco es personaje, seguro. Capaz que les da contactos en varios pueblos más al sur, por donde siguen huyendo. Y les aconseja seguir rodando, porque en la Patagonia el que rueda es libre como el viento: nadie lo puede agarrar. Si uno se queda quieto, tarde o temprano lo encuentran. Les da un par de contactos en El Calafate, por si pasan por ahí, y en Río Turbio, en Natales y Punta Arenas. Nunca se sabe adónde acaba yendo uno.

Fernando y Francisco charlan ahora sobre la preparación del guiso, obviamente de corde-ro. Intercambian recetas y sugerencias aromáticas. Por mi parte, confirmo que mi narración no debe ser lineal: puesto que voy en tercera persona -lo cual no me agrada demasiado, pues es evidente que la novela moderna trajina con mucho mayor felicidad la primera persona- quizá eso me permita dar saltos y mostrar la persecución en diferentes planos, incluso desde la perspectiva policial o del poder político local. No estoy seguro de que eso me guste, pero sí sé que debo sugerir que alguien en quien confían los traiciona. Y no debe ser una impresión obvia sino que el lector debe perderse, en algún punto debe él también dudar acerca de la traición. Es imprescindible que el lector, de pronto, no sepa dónde está el bien y dónde el mal. «¿Cómo carajos saben -se preguntará Victorio- que andamos por acá?» La traición, o la sombra de la traición, debe sobrevolar todo el relato.

Después del mediodía salimos a la carretera para caminar un poco. La inmensidad no se nota tanto, aquí, porque hay lomadas que le ponen un coto al horizonte. Uno sabe que más allá no hay más que otras porciones de la Nada, pero si la vista puede detenerse en una elevación de piedras, o si el camino ofrece una curva, se tiene al menos la ilusión de que algo cambiará.

Durante casi una hora estiramos las piernas, aspiramos el aire límpido y soleado, y como no hay viento nos detenemos a contemplar las cenizas que lo cubren todo. Es aterrador: esas cenizas de apariencia inocente representan a la Muerte, a una de sus formas más horribles: silenciosa, lenta y caída del cielo. La soledad no me impresiona. Lo sobrecogedor es la tristeza. Como para esquivar a la Muerte, como para burlarme de ella (esa sana costumbre que sólo se aprende en México) evoco entonces un cuentito que escribí hace como veinte años, durante el exilio.

Cementerio de San Jerónimo

Es sábado a la noche y el muerto, aburrido, no sabe qué hacer. Cambia de posición varias veces. Ordena el interior del ataúd pero enseguida lo desarregla, de puro tedio; no soporta el orden perfecto. Se rasca el muslo derecho. Meta pensar.

Al rato, el aburrimiento se le hace intolerable. Grita:

-¡Eh, compañero!

Del otro lado del muro del cementerio de San Jerónimo,

un hombre se detiene, primero curioso, luego espantado.

-¡Eh, compañero! -vuelve a escuchar.

-¿A quién le habla, qué pasa? -pregunta el hombre sin saber a quién, pero elevando la voz por sobre el murallón.

Desde el ataúd, el muerto vuelve a gritar, ahora con voz más ronca y cruel:

-¡Esto no es vida, compañero! -y se larga a llorar con un lloro que suena largo y amenazador como el sonido del viento en el desierto.

Al día siguiente las autoridades encuentran el cuerpo de un hombre enhorquetado sobre el muro. «En actitud de ingreso ilegal», dirá la crónica periodística, aunque la autopsia determinará un vulgar infarto de miocardio.

16

CUARENTA Y CINCO AÑOS NO ES NADA

Seguimos viaje y el paisaje vuelve a ser, como siempre, solamente piedra, viento, nada. Lo que empieza a impresionar, por estos rumbos, es el tamaño de la monotonía. Muchos cientos, casi 2.000 kilómetros lineales y todo es igual: árido, ondulado, inmensurable.

El paisaje se corresponde con este viento inclemente que de pronto sacude al cochecito, que en un segundo lo contraría todo, que dificulta el crecimiento de los árboles y de la vegetación y que incluso seca en el acto la lluvia que cae, cuando cae. Porque la lluvia patagónica es como un capricho, un raro empeño atlántico o andino, según de dónde venga, que inexorablemente terminará sometido por el viento. No se ve a nadie, ni un gaucho, ni un rebañito de ovejas, ni un casco de estancia. Todo en el paisaje es esa brutal inmensidad gris, y todo es piedra, viento, nada.

Después de varias horas paramos en Puerto San Julián. Es un pueblo simpático, más armonioso que Coleta Olivia y un poco más limpio. Desandamos toda la larga avenida principal y llegamos a la ría, que es preciosa, para almorzar mirando las gaviotas. Hay allí un par de viejos barcos sobre la Costa, colocados a modo de monumentos históricos, de cuando este pueblo tenía una industria pesquera en desarrollo. Aquí hubo una planta frigorífica de la empresa Swift, que fue instalada en 1909 para enviar carne ovina en latas a Inglaterra y Europa. Llegó a faenar unos 240.000 animales por año y fue clausurada en 1963, casi -podría pensarse- en los amaneceres de la globalización. Estos barquitos están pintados uno de amarillo y el otro de azul, ambos colores muy estridentes, como si el pintor hubiese sido un hincha fanático de Boca Juniors. O un nacionalista sueco. Frente al Club de Pescadores y donde empieza la costanera, el sitio sería muy agradable si no fuera que lo echa a perder, como a todo en la Patagonia, el viento. Es un condenado viento que no deja nada quieto, tiene la tenacidad de los necios y para colmo es antárticamente frío. Nos lo bancamos porque es el mediodía y hemos decidido obsequiarnos un pícnic disfrutando del paisaje de gaviotas y de patos que vuelan en gordas bandadas sobre la ría.

De pronto se nos acerca un hombre mayor, elegantemente vestido, con una formidable cámara fotográfica. A mí se me hace vagamente conocido, como si en otros tiempos, en algún lugar o en otra vida, lo hubiese visto. Nos pregunta si no ha venido el lancharo. No, no tenemos ni la menor idea. El hombre meneaba la cabeza, de cabellos blancos tupidos, y dice que lo va a esperar igual. Nos mira comer y lo invitamos con un poco de pan y paté. Él niega con la cabeza y agradece, de lo más formal, pero no se va. «Zas, me digo interiormente, otro que no puede contener sus ganas de hablar.» Así que le tiro de la lengua apenas un poquito, casi profesionalmente, y el hombre se derrama:

-Hace cuarenta y cinco años que me fui de este pueblo -dice- y nunca más volví. Hasta ahora. Y estoy tan impresionado que no lo puedo creer. Llegué hace dos días y no hago otra cosa

que caminar. Ahora quería dar un paseo por la ría pero el lancharo no aparece. ¿Seguro que ustedes no lo vieron?

Le juramos que no. El hombre recorre la costanera con la vista. Parece desolado, pero ya no puede parar:

-Mi vieja era de Salta y mi viejo de Buenos Aires. Eramos muy pobres y yo apenas hice la primaria, y encima incompleta. Y después un día me subí a un barco y me fui a ver cómo era el mundo, y no me importaba nada de nada porque sentía que detrás de mí no quedaba nada...

Sólo entonces advierto que habla un castellano medio duro, como desgastado. Y aunque su rostro se me hace conocido, no consigo ubicarlo en mi memoria. El hombre me pregunta si acaso yo lo recuerdo. Entonces expreso quién sabe qué neurona y creo descubrirlo.

-Usted -le digo lentamente, tanteando para no ofender- es uno de aquellos marineros argentinos que se quedaron varados en Hamburgo hace un montón de años, ¿verdad?

-Me recuerda -afirma con la cabeza, contento como un chico, y se le iluminan los ojos.

En efecto, hace unos diez años, durante una conversación circunstancial después de una conferencia en la Academia de las Artes, de Hamburgo, se me acercaron cuatro compatriotas de hablar alemanado y me contaron una extraña historia. Marineros rasos de un carguero argentino, al enterarse de un golpe de estado en Buenos Aires decidieron quedarse un tiempo en Alemania. Aquella vez, atropelladamente, entre los cuatro me contaron una historia tan triste y tan argentina como corriente: uno de ellos sabía cantar tangos, otro tocaba la guitarra y un tercero el bandoneón, de modo que ahí nomás armaron una especie de murguita viajera y el cuarto hacía de representante. Nunca salieron de Alemania porque no tenían documentos, que quedaron en el barco, y terminaron siendo trabajadores ilegales por décadas, una verdadera familia. Fueron envejeciendo juntos y cuando yo los vi estaban pensando en volver, por eso habían empezado a acercarse a las actividades de los argentinos que pasaban por Hamburgo. Yo sabía que más o menos como la de ellos habría sido la suerte de tantos argentinos varados en Europa por diferentes circunstancias. Nadie sabe lo que le depara la vida, pero nosotros, los argentinos, ya sabemos que ese enigma suele ser uno de los disfraces que utiliza la desdicha para hacerse soportable. Y la historia de estos hombres era una de tantas.

Aunque lo que más me había impresionado, aquella vez, fue una frase de esas que miden el tiempo de modo tan sencillo como impactante:

-En más de treinta años nunca volvimos. Ninguno de nosotros.

Ahora, gaseosa en mano, mi curiosidad resulta vencida por el temor de preguntarle por los otros tres. Pero él se adelanta a mi interrogante.

-Soy el único que queda -dice, como sin emociones-. Por eso me dije que ya era hora. Hace cuarenta y cinco años que me fui y no me quería morir sin volver.

-¿Y ahora qué hace?

-Pude arreglar mis papeles y estoy jubilado. Y un poco solo.

Busca con la mirada al lancharo, que evidentemente no viene. No hay nadie más que nosotros en el gélido mediodía de Puerto San Julián y a mí se me hace que si nos vamos ese hombre terminará destruido, se va a desintegrar como un castillo de arena. Alguien debería hacer algo por él. Pero lo único que hacemos es silencio, mientras el tipo fotografía unos patos que pasan bajito como por no quedarse quieto y yo no me atrevo a meterme en su intimidad. Ha de ser un infierno de tristeza y no me autorizo la canallada de hurgar allí. El hombre se da cuenta, acaso lo agradece, y entonces se desvía:

-Cómo ha cambiado San Julián... Usted no se imagina lo que era esto cuando yo era chico. Ahora por lo menos hay pavimento y esta costanera no está nada mal. Se ha modernizado.

-¿Tiene parientes aquí, todavía?

El hombre, distraídamente, toma una foto de la costanera con un teleobjetivo que parece un cañón.

-No, ni parientes ni amigos. Ahora no conozco a nadie. Cuarenta y cinco años es demasiado tiempo... Lo único que tengo aquí son recuerdos. Pero todos lindos. Y eso es un verdadero tesoro, ¿no cree?

Por supuesto, acordamos, por supuesto. Entonces él saluda y se va caminando por la costanera. A los pocos metros se da vuelta y me grita, sonriente:

-Si quiere, un día de éstos le cuento alguno, ¿eh?

El viento parece haberse calmado un poco y yo sé que esa noche vaya soñar un sueño que ya otras veces he soñado. Solo y en calzoncillos, pero con mi billetera y un escapulario en la mano, camino agitado por el barrio porteño de Pompeya. No sé adónde voy ni quién me persigue, pero debo huir. Arrojo la billetera a un tacho de basura, tiro el escapulario en un zaguán entreabierto y corro. No hay autobuses, no paran los taxis, empiezo a desesperarme y entonces me despierto.

Victorio y Clelia cenan en una fonda de la calle Malaspina de Río Gallegos. Han pasado todo el día en la cama, descansando en un hotelucho de baja categoría, en las afueras de la ciudad y por la zona de los tiraderos de basura. Pero al menos descansaron y se bañaron, y después se atrevieron a ir al centro porque es de noche, y es tarde. Más de las diez y hace frío. Quizá fue una imprudencia salir con el Coloradito, pero no lo pensaron demasiado. Y ahora esperan el cordero asado, y saborean un tinto de Mendoza y se sienten en paz. No saben adónde van, pero siguen la marcha. Quizá crucen la frontera: Chile no es un país liberal ni mucho menos, pero al otro lado de la frontera quizá puedan empezar de nuevo. Desde cero.

En una mesa vecina hay una pareja de gente mayor, quizá jubilados de vacaciones; y en otra cuatro tipos comen como si fuera la última vez. De pronto Clelia observa que uno de ellos la mira con insistencia y luego habla por un celular. En voz muy baja. Ignora si hay peligro o si está siendo víctima de su propia paranoia. Es que están siendo perseguidos y se sienten arrinconados contra el fin del mundo: es la policía la que los empuja, es la desesperación de saber que son inocentes. Si acaso, sólo son culpables de amarse pero los une un amor inconveniente, inesperado, desafiante. Esa relación no deja de ser un ejemplo insostenible para los que mandan y ordenan que el mundo actual-o al menos este país- sea la basura que es.

Por supuesto, lo que pasó en Rafaela fue un forzamiento. Un error. Pero no tuvieron alternativas y debieron salir del paso, a como diera lugar. Luego todo se complicó: en la carretera, Victorio hirió a un policía, un cretino corrupto que los reconoció y quiso coimirlos, y encima después, al pasar por Arrecifes, se le escapó un tiro y, caramba, se les arruinó todo porque hirieron a otros dos idiotas de un patrullero que les quiso cerrar el camino.

-Cuánto más, cuánto más... -murmura Victorio, al volante del Ford.

-Lo que haga falta -afirma Clelia, dispuesta a morir aliado de ese hombre que le enseña a crecer, que la sostiene en el amor y la ha sacado de depresiones y escepticismos; ese hombre a cuyo lado le desaparecieron todos los dolores de cabeza, las tristezas y el aburrimiento. Desde aquella mañana inspirada en que se abrió la camiseta y desafió con sus pechos preciosos al enorme camión cargado de hipopótamos africanos que Victorio acababa de robar, su vida cambió totalmente y para siempre, y a pesar de todos los problemas y fugas constantes, empezó a ser feliz. Inmensamente feliz, como nunca en su vida lo había sido.

Pero ahora observa a ese hombre que de pronto duda, y siente miedo. No le importa que él tenga edad como para ser su padre. Lo cierto es que no es su padre, así que a

otra cosa. Pero sí le preocupa que pueda aflojar, la alarma la idea de que Victorio, por el puro y natural desgaste de la edad, por cansancio, pueda pensar siquiera en entregarse.

En ese momento ve que los tipos de aquella mesa hacen comentarios que pretenden parecer disimulados. Pero hablan de ellos, es evidente.

Clelia se pone de pie y camina hacia el baño. Al pasar junto a la mesa donde están los tipos, los mira de frente y sonríe cuando uno de ellos -joven y atlético, carilindo, típico machito pintón de provincia- la mira con descaro, como desnudándola. Ella advierte en el acto que están en peligro. Apenas se demora un par de minutos en el baño y regresa a la mesa donde está Victorio, comiendo despreocupadamente. Cuando ella le informa cómo está la situación, él dice:

-Salí y esperáme con el coche en marcha.

-¿Y vos?

-Hacé lo que te digo; después te explico.

Toca discretamente la .45 que tiene calzada a la cintura y pronuncia en voz alta, para ser oído:

-Andá, traélo. Yo te espero y lo decidimos juntos.

Y de un cabezazo señala hacia la puerta, y Clelia sale, presurosa. Menos de cinco minutos más tarde ve que el Ford está estacionado varios metros delante de la fonda, fuera de la vista de los tipos de la mesa. Entonces deja unos pesos bajo el plato, llama al mozo y le muestra el dinero a la vez que le hace un guiño...

17

EL CIEGO INTERMINABLE DE RÍO GALLEGOS

Saliendo de Puerto San Julián se cae, como en la famosa zamba Paisaje de Catamarca, en un camino largo que baja y se pierde. Y que pasa por terrenos colorados de hierro, amarillos de azufre, azulados de crepúsculo. Es verano y a una velocidad de 100 kilómetros por hora llama la atención que no haya insectos. Sólo el viento golpea el parabrisas del Coloradito que, se me hace, si alguien lo viera pasar desde arriba pensaría que atraviesa la inmensidad como el mercurio rojo de un termómetro sobre la piel del mundo. Más o menos a la altura del kilómetro 2.400 de la ruta 3 se abre, al costado derecho, o sea el opuesto al Atlántico, una vasta hondonada que se pierde en el horizonte: es el Gran Bajo de San Julián, un cañón que cae como 200 metros y deja ver absurdos alambradas que nos hacen sentir intrusos cuando paramos el coche y nos asomamos a mirar el valle, monumental y vacío.

Entonces pienso que también estamos dejando atrás la Historia. Porque fue en San Julián donde Hernando de Magallanes desembarcó, en 1520, exactamente un año después de que Hernán Cortés pisara Veracruz para la fabulosa marcha sobre Tenochtitlán; y exactamente tres lustros antes de que se fundara por primera vez la ciudad de Buenos Aires. Enloquecidos por el hambre y el frío, en medio de motines y conspiraciones el gran navegante portugués ajustició a cuarenta marineros, decapitó a un capitán en tierra y a otro, que le había birlado la nave Victorio, lo descuartizó en una isla que ahora se llama «De la Justicia». Pero a otros dos, el laico Juan de Cartagena y el sacerdote Sánchez de la Reyna, los desterró. ¿Qué mejor destino pudieron tener esos dos que se internaron -me pregunto ahora- en esos bajos infinitos? Que yo sepa, semejante novela no está escrita. No será yo pero alguien, algún día, tendrá que imaginar ese destierro.

Evoco estos hitos, distraídamente, cuando llegamos a Río Gallegos, capital de la provincia de Santa Cruz y su ciudad más poblada (unos 65.000 habitantes). Nos reciben, a la entrada y su-

cesivamente, el Gauchito Gil, la Virgen de Itatí y enseguida la mugre, que luego vamos a descubrir que parece emblemática de esta ciudad. Entrar a ella por la ruta 3 es como entrar a un enorme basural. Aunque de un lado están las instalaciones militares y el aeropuerto, más o menos impolutos, del otro reina la suciedad más ostensible. Es una constante patagónica, y sobre todo en Santa Cruz: a los intendentes parece que les encanta instalar basurales en la entrada de pueblos y ciudades, y hacerlos a cielo abierto justo donde el viento se arremolina.

El contraste aquí es impresionante y no sólo por la basura. Es que estamos en tierras de petróleo y de vastísimas extensiones. Nada preannunciaría aquí la pobreza extrema. La miseria aquí no puede ser otra cosa que un sinsentido absoluto. Pero desde el coche, y al pasar un cruce con semáforo, a un costado hay como una villa miseria, un caserío de mala muerte, y ahí veo una niña en la puerta de una casucha muy humilde, casi una tapera de cartones y chapas. Está sentada a la puerta del rancho, bajo el dintel de una puerta que no tiene hojas sino sólo una cortina de arpillerá. No parece tener más de seis o siete años, o es mayor y está desnutrida. Sus ojos son saltones, la boca deja ver algunos dientes aislados bajo los labios gruesos, y su carita está tan sucia que no se puede determinar si son manchas o mugre lo que la vuelve un poco overa. Tiene en sus bracitos una muñeca enorme, casi tan grande como ella misma pero con la cabeza quebrada, como si las costuras del cuello hubiesen sido desgarradas y quizá por eso alguna niña rica la tiró a la basura. La miro, impresionado, tanto que detengo la marcha del Coloradito a un costado de la carretera. La chiquilla también me sigue con la mirada. No es la suya una mirada dura, exactamente, pero no puedo definirla. Sé que no es una mirada infantil. Esa chiquilla, que es menor que mis hijas, está rota. No herida, rota. Tiene la mirada más desesperanzada que he visto en mi vida, y encima es una mirada acusadora. Desolada, rigurosa. Una mirada avejentada.

Recuerdo en ese instante que en alguna parte leí, hace poco, una cita de un escritor argentino de quien no sé nada más que su nombre: Abel Jorge Fortunato: «Dios está en todas partes, menos donde se lo necesita.»

En la noche cenamos un irreprochable cordero al asador, y cuando volvemos a la posada encontramos, sentado frente al televisor de pared y con las manos sobre la mesa, en actitud de hacer y esperar nada, a un hombre que no mira la pantalla sino un punto imprecisable medio metro más abajo. Me acerco y le pregunto si me permite cambiar de canal, todo sea por quitar al imbécil que grita procacidades creyendo que eso es sentido del humor.

-Haga lo que quiera -dice el hombre, sin mirarme pero también sin tono agresivo.

Me doy cuenta de que no ve. Me invade un sentimiento piadoso, que quizá sea puro miedo, y me siento a su mesa.

Es un hombre gordo, sesentón. Transpira aunque no hace calor. Yo hago un comentario sobre el viento, que silba afuera, y sobre lo vulgar que es la televisión. El hombre aprueba, cambiamos un par de comentarios circunstanciales y enseguida se desgrana, lentamente, porque se ve a la legua que necesita hablar, comunicarse. Quién sabe cuántas horas lleva allí sentado, inmóvil y mudo frente al estrépito insensato de la tele. Me cuenta su historia, pequeña y dramática por la única razón -dice- de que «al menos usted me escucha».

Es hijo de india y de español y se está quedando ciego a causa de la diabetes, ya avanzada. Viene de una estancia que queda a 200 kilómetros al suroeste y está varado en Río Gallegos.

-Me iban a llevar a Buenos Aires a operarme, y por eso vine hasta acá. Pero después me avisaron que nadie vendría y yo no sé cómo llegar, nunca estuve en Buenos Aires. En el hospital me dijeron que un muchacho me haría el favor de llevarme. Es un camionero joven, me han dicho, y yo lo esperé todo el día de ayer, y hoy, pero no aparece.

No hay congoja ni rabia en su voz. No logro definir su tono, aunque quizá la palabra correspondiente sería «vergüenza». Ese hombre siente vergüenza de su situación. No por la ceguera, sino por la indefensión en que se encuentra. Dice que ya no sabe si pelear la vida un rato más -si eso es vida- o pegarse un tiro.

-Pero ni eso podría -se corrige- porque no veo. Valor me sobra, pero ¿ dónde encuentra un arma un ciego, señor?

Yo quisiera confesarle que no tengo valor para conseguirle una, pero él se anticipa:

-No se la estoy pidiendo. Nadie sentiría tan grande piedad como para facilitarme la muerte.

Ni tendría los huevos necesarios, agrego para mí mismo.

El hombre dice que un par de años atrás, cuando aún veía, conoció el rostro de la decadencia:

-Es un viejo de barba blanca que solía estar sentado, en cuclillas, en el puerto. Miraba hacia el mar, a un costado de tres vagones abandonados, cubiertos de herrumbre. La estación ferroviaria estaba tan muerta como el puerto, y el viejo también era un cadáver. Era tan vacía y despojada esa tarde que ni una brisa soplaba y eso que hablamos de estos Territorios del Viento. Cada tanto el viejo se miraba las manos abiertas y también la tristeza en la punta de las alpargatas rotas. Del otro lado el Atlántico ni siquiera era promesa de algo y yo digo que ese viejo sentía vergüenza por haber llegado a ese punto final. Ya no esperaba nada, ¿comprende? Simplemente contemplaba sus últimos pedazos de vida.

El ciego hace un largo silencio. Estatuario, sereno, no se lo ve desesperado. No entiendo su expresión, no sé leer ese rostro pétreo, aindiado. Él concluye:

-Ahora me toca a mí sentir la decadencia. Yo que no veo ni tengo el talento de Borges, al que leí tantas veces bajo cielos indescifrables; yo que ni un poema mediocre fui capaz de escribir; yo que no tuve ni un pensamiento digno de recuerdo, ahora soy caída, pendiente hacia la nada. No es lo peor el deterioro sino el desgano, ¿sabe? Todo para mí será olvido, señor. Aunque quizá usted me recuerde por un tiempo.

Me llaman por teléfono y voy a una cabina, al costado de la recepción. Cuando salgo, dos minutos después, el ciego ya no está. Pregunto al mozo, que mira un partido de la liga española:

-Recién se fue -dice, sin darle importancia-. Lo vino a buscar un muchacho y se lo llevó en un camión. Me pidió que le dijera que le estaba muy agradecido.

... Entonces se levanta y se dirige velozmente hacia la puerta de la fonda. En ese momento uno de los tipos, el machito carilindo, también se pone de pie como para detenerlo, seguido de un grandote que se para como movido por un resorte. Victorio saca la .45 y ya saliendo dispara un balazo que da justo entre los zapatos del grandote, que cae al piso como una bolsa de arena. Todos, en la fonda, en el siguiente segundo están cuerpo a tierra como si bombardearan los ingleses.

Victorio corre hacia el coche y se trepa, justo cuando Clelia acelera a fondo.

-Ése es mi hombre, carajo. No aflojes nunca, mi amor.

- Y vos no me pierdas nunca la fe, carajo. Es la única manera de que yo sea tu héroe de tiempo completo.

-Lo sos, Vic, lo sos.

El Ford sale de la ciudad como un fantasma perdido en la noche.

NUEVAS PARADOJAS DEL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

El camino de Ría Gallegas a El Calafate es como casi todos los caminos patagónicos: una cinta de la nada hacia la nada, pasando por la nada. Salvo una estación de servicio a mitad del camino, en un paraje llamada La Esperanza, desde que salimos del mar para adentrarnos en la Patagonia central crece la sensación de que el desierto es cada vez más misterioso.

Desde Ría Gallegos la ruta 5 no hace otra cosa que alejarse del mar como uno huye de una enfermedad contagiosa. Piensa en los primeros habitantes de la Patagonia. Intenta imaginar cómo vivían aquí los indígenas antes del arribo de los conquistadores, los españoles y las criollas. Antonio Pigafetta, en su *Primer viaje alrededor del mundo*, narra los cinco meses que pasó la flota de Magallanes entre San Julián y Cabo Vírgenes, y describe a estos indios enormes, imponentes. De aquellas descripciones, clásicas y varias veces revisitadas por la literatura, derivaría el nombre Patagonia.

Por cierto, hay varias hipótesis para explicarlo: la más conocida se debe a Pigafetta, quien explica en su libro que Patagonia viene del calificativo «patagones» que los europeos aplicaron a aquellas indios que les parecían «gigantes, tan altos que no les pasábamos de la cintura» y que dejaban profundas y anchas huellas a la orilla del mar. En cambio, la investigadora María Rosa Lida ha sostenido que Magallanes habría tomado el nombre de un personaje fantástico de la novela de caballería *Primalción* en la que el protagonista captura a un «gigante patagón». Por su parte, según el primer novelista argentino, Vicente Fidel López (1814-1903) proviene de los vocablos quechuas *pata* y *gunya*, que significan «tierra de colinas». Finalmente, el investigador italiano Carlos Spezzini lo hizo derivar de otros quechuismos: *patak* y *aoniken*, conjunción que significa «centuria de los aoniken». Lo cierto es que el bautizo concreto lo produjo en 1520 Magallanes. Pigafetta - sin dudas un italiano exagerado- también dejó para la posteridad los primeros relatos con vivas escenas sexuales de América, pero no es por eso que se lo recuerda.

Después vino Sir Francis Drake, el pirata inglés que siguió la ruta de Magallanes y también invernaó un par de meses en las costas santacruceñas, en 1578. E incluso decapitó también él a un capitán en la misma, temible, Isla de la Justicia. Muchos años después llegaron Darwin, Roca, el Perito Moreno y otros más, cada uno con sus misiones.

Entrando a El Calafate, y ya a la vista del lago Argentino, lo que impresiona es el crecimiento. Ésta debe ser una de las pocas regiones en expansión de la Argentina: hay una verdadera explosión comercial, inmobiliaria y turística. Se construye a toda hora. El pueblecito, es evidente, se está convirtiendo en ciudad. Por ahora sólo tiene entre 4.000 y 7.000 habitantes y resulta curioso para la Argentina del 2000 pero no se ve ni un solo mendigo en las calles e incluso da la sensación de que, si llegara más gente, conseguiría trabajo. Eso mismo define lo inarmónico del paisaje: porque en las laderas y hacia el lago se ven casuchas de chapa, signos de pobreza que deslucen lo que se pretende que sea un centro turístico internacional.

El desorden es notable y el absurdo, además, en lo que respecta a los servicios es consistente: por un lado, la cantera de piedras para la construcción está formando un pozo enorme a unos 100 metros de altura y a menos de 1 kilómetro del centro. Por otro lado, la luz: con el viento que hay aquí, y aun con la luminosidad del sol durante el día, la planta eléctrica del pueblo es a gasoil, está en la calle principal y sus motores hacen un ruido feroz durante las 24 horas. Para colmo, aunque se recuesta sobre uno de los cinco más grandes lagos de Sudamérica, en El Calafate tienen problemas de agua corriente: deben traerla con bombas desde el lago o sacarla de cinco pozos que rodean al poblado. Y para completar el panorama, en esta localidad de largo e implacable invierno y en pleno territorio petrolero y gasífero, tienen muy poco gas y el problema dista de solucionarse porque existen intereses enfrentados. Hay un gasoducto a 150 kilómetros de distan-

cia y una extensión hasta El Calafate se dice que costaría 15.000.000 de dólares pero resolvería el problema. Sin embargo, todo indica que las autoridades permitirán que una conocida empresa petrolera privada haga -supuestamente de favor- un pozo a sólo 12 kilómetros del pueblo. Lo cual, según los ecologistas y algunos vecinos, sólo servirá para que «esa empresa busque petróleo en una zona que le está vedada; , una vez hecho el pozo tendremos gas, sí, pero también descubrirán petróleo y aquí va a haber un desastre ecológico y turístico» .

Por cierto, ya puede uno imaginarse lo que será El Calafate cuando arriben grandes contingentes. La maravilla local es el glaciar Perito Moreno, distante unos 50 kilómetros. Hasta allí llegan hoy unos 70.000 visitantes por año. Pero podrían ser fácilmente un millón, porque se trata de una de las más impresionantes maravillas del mundo. De cara a la derrama económica fabulosa que ello significaría, la imprevisión argentina ya está haciendo de las suyas. El actual, modesto aeropuerto tiene una pista que termina prácticamente en el pueblo mismo; pero a alguien se le ocurrió ampliarla y entonces hicieron una nueva aeroestación. Inmediatamente después se decidió hacer un aeropuerto mucho más grande, internacional, y en lugar de agrandar la actual pista se puso en marcha una obra fabulosa a 10 kilómetros de distancia: allí ahora hay una pista de 2.200 metros capaz de recibir Jumbos que vienen directamente de Europa, que fue inaugurada justo un mes antes de las últimas elecciones, pero no funciona porque no tiene torre de control ni -por supuesto- aeroestación. El aeropuerto autorizado sigue siendo el viejo, que no puede recibir grandes aviones pero sí tiene una aeroestación flamante...

El furor edilicio no se detiene. Es verdad que ningún desarrollo urbano veloz es ordenado, pero aquí es palpable la imprevisión. ¿Tiene cloacas el pueblo? ¿Se están preparando para la ciudad internacional que pretenden ser y seguramente van a ser? ¿Hay reglas claras para que la llegada de grandes hoteles no quiebre el carácter montañoso y patagónico de El Calafate? ¿Se tiene previsto que no se modifique el paisaje ni se polucionen -más- las aguas del lago Argentino? ¿Cómo resolverán el problema de la basura, que aquí también es impresionante y uno de los motivos de mayor fealdad?

En un bar, un turista español comenta:

-Lo que no se comprende es cómo pueden vivir con tanta mugre alrededor. ¿Es que el alcalde no ha visto toda esa basura al lado de la carretera, llevada y traída por el viento? ¿Cómo van a fomentar así el turismo?

Replica el hombre que atiende, un cincuentón con cara de rencor:

-La mugre, señor, se debe a que esta gente cree que la suciedad es normal porque en la mugre han vivido todas sus vidas. No han viajado ni les interesa aprender, y entonces creen que en todo el mundo pasa lo mismo. Es el precio que pagamos por la distancia, por ser el verdadero culo del mundo.

-¡Pero es que tienen aquí una de las más extraordinarias maravillas del planeta! -insiste el español.

-Ya ve usted las contradicciones del Señor... -ironiza el cantinero.

Nosotros comentamos que hemos visto bolsas de plástico volando por el aire y colgadas de los alambradas. «¿Nadie ha pensado en compactar, nadie imagina alguna forma de aprovechar los desechos, que además puede ser un buen negocio?»

-En la Argentina de estos años la gente es sucia, señor. Y la dirigencia es casi toda muy bruta -dice el tipo trayendo la cuenta.

-¿Y entonces por qué no lucha para cambiar las cosas? -lo azuzo yo-. O de última, ¿por qué no se va?

-Yo soy un vencido -me dice con desprecio, tomando el billete que le alcanzo y contando el vuelto-. Fui concejal en los setenta, estuve en cana durante la dictadura y no creí en Alfonsín pero sí en Menem. Y ahora no quiero más. Éste será el país de las maravillas pero yo estoy harto de nosotros. Empezando por mí.

Esa noche, en el hotel, tengo dos sueños: a uno ya lo soñé varias veces, desde el 85. Estoy leyendo, sentado bajo un velador de pie, en el living de mi casa, y me quedo dormido. Entonces sueño que sueño con un hijito que tengo, que se llama Chiqui, y a quien se le está acercando una enorme y peligrosísima yararará. El Choco se da cuenta y empieza a ladrar y a hostigarla, mientras yo despierto, en el sueño, y grito a Chiqui que venga, que corra hacia mí. El pequeño duda, pero viene, mientras la serpiente huye. Lo abrazo fuerte y le digo que nunca más, oíme, nunca más du-des cuando yo te llame, ¿me entendés?, nunca más; y el Chiqui llora y lloramos juntos, y me doy cuenta, en el sueño, de que el sueño tiene que ver con que tengo en mi poder documentos y archivos que podrían ser útiles para una investigación sobre los crímenes de la dictadura y he empezado a temer por los míos.

Pienso que un día debo escribir un cuentito. Sí, cada vez que lo sueño lo pienso, y a veces hasta me decido, pero jamás lo escribo.

En el otro sueño, estoy en la redacción de la desaparecida revista *Siete Días*, hace treinta años, y ahí está, sentado sobre el despacho del Director General, el gordo Jauna. En el sueño lo veo escribiendo en su Olivetti y me largo a llorar. Fue el primer amigo que se me murió, cuando yo era muy joven, y ahora comprendo que fue también un perfecto contemporáneo del hombre vencido del bar.

Como muere la noche

El gordo Jauna era ingeniero civil y una bellísima persona, pero sólo ejercía lo segundo. Su prosa era demasiado buena como para no vivir de ella y él en algún momento lo había entendido. Todos lo adorábamos, porque no sólo era un tipo cálido y bueno, sino que tenía un sentido del humor exquisito, una cultura refinada y vasta, y era un hombre sabio y servicial. Pertenece, sin duda alguna, a esa categoría de los buenos tipos macanudos que todos disfrutamos en algún momento y a quienes nos gustaría parecernos.

Jauna sufría de una enfermedad que para nosotros, los más jóvenes de aquella revista, era rarísima: creo que padecía de lo que se llama neumotórax, un mal que lo había condenado a vivir con un solo pulmón porque, como él definía, el otro había venido «pinchado de nacimiento». No sé si además era asmático pero su respiración sonaba siempre escandalosa, sufrida. Como era un hombre muy alto, de casi 2 metros, e inmensamente gordo -llegó a pesar 180 kilos- le causaba mucho sufrimiento desplazar semejante corpulencia con un solo pulmón. Daba pena ver cómo se agitaba de sólo caminar, pero él por nada del mundo aceptaba hacer dieta.

-Yo comeré -decía-literalmente hasta el último suspiro.

Un día lo operaron y le extirparon el pulmón inútil. Pero no le dieron esperanzas: el que le quedó también estaba herido. Jauna aceptó con estoicismo lo que se le venía: vivir confinado en su casa, casi sin moverse de la cama. Con toda resignación, se hizo instalar una máquina de escribir sobre una mesa móvil que él acomodaba frente a sí, y allí redactaba editoriales y artículos de fondo, reescribía informes de colaboradores, corregía las prosas deslucidas y mejoraba cuanto texto se le enviaba, por moto, desde la redacción.

Pero su problema no era laboral, sino gastronómico. De tan ansioso que vivía, desesperado por su inmovilidad pues casi no podía levantarse de la cama, Jauna jamás dejó de comer los varios platos de raviolos que adoraba, con pan con manteca en cantidades desaconsejadas y los infaltables vinos tintos de Mendoza. Los últimos meses ya no se levantaba y vivía -es un decir- arrumbado en una enorme cama ultrarreforzada a la que él llamaba «la Jumbo 747». Y al decirlo se reía como niño travieso y uno escuchaba su pulmón agujereado dentro de la enorme caja torácica, ruidoso como un reloj despertador que

ha caído al piso y clin, clan, clan, así sonaban las piezas sueltas del pecho grandioso, amorosamente tierno del gordo Jauna.

En los últimos tiempos, como sucede con los que pasan de los cincuenta con la salud deteriorada, se fue convirtiendo en un filósofo, en un hombre de asombrosa sabiduría que además, puesto que siempre había sido un humorista incomparable, ahora jugaba con la Muerte con inteligencia, gracia y crueldad. Una tarde que con Roberto Vacca lo visitamos, ante la mirada resignada de Nora, su mujer, y de sus hijos, nos dijo que no pensaba morir en un hospital sino en la Jumbo: «Es que la muerte ya no es como antes. Hace unos años uno la recibía en una cama recoleta, con sábanas limpias y la familia reunida alrededor esperando que uno dijera unas palabras que todos recordarían después. Pero ahora no, che, ahora uno está solo, en una penumbrosa y miserable salita de terapia intensiva, con sondas hasta en el culo y perdida toda dignidad hasta en el último acto de la vida, que es la muerte.»

Yo digo que fue por eso que no aceptó la última internación. Prefirió permanecer en la vastísima cama de sus últimos años, junto a la ventana que daba al patiecito y rodeado de sus libros, su Olivetti, sus raviolos, su vino tinto, su familia y sus amigos. Hasta que una tarde anunció que moriría a la mañana siguiente «como muere la noche: natural y dignamente».

Así se fue de esta vida, como llevado por el rocío del amanecer, fresco y leve.

19

DE GLACIARES, NOVELA Y POLICÍAS

La llegada al glaciar Perito Moreno implica, realmente, un viaje excitante. El camino es malísimo y, por lo tanto, muy demorado. El Coloradito avanza dando tumbos, primero por una especie de pampa gobernada a lo lejos por unas sierras cortadas como a cuchillo, de colores variados que delatan diferentes eras geológicas. Luego el camino se acerca al lago Argentino y lo acompaña: las aguas azules resplandecen al sol y a la vera del camino hay unos pedrones impresionantes, algunos como de 2 metros de diámetro y seguramente de varias toneladas de peso. Son productos de estallidos milenarios, verdaderas escupidas gigantescas de la Naturaleza. Pero del glaciar, ni noticias.

La ansiedad crece porque vemos varios coches y alguna camioneta colmada de turistas, avanzando en el mismo sentido. La mañana es luminosa y todos vamos hacia el plato fuerte del paisaje santacruceño, aunque de él no se ve nada. Nos acercamos a la costa, cruzamos el puesto de control de los guardiaparques, pagamos la entrada al Parque Nacional Los Glaciares, y nada. No se ve nada más que un paisaje muy bonito, sin dudas, de lengas y ñires, de uno que otro arrayán y miles de cipreses que se abigarran para componer una hermosa selva de clima frío. Al costado izquierdo se ven las aguas mansas, profundas del lago en las que flotan, al azar, algunos témpanos de hielo.

Sucede de pronto: al dar una de las tantas curvas del camino, se topa uno con todo el esplendor de esa pared de hielo que sólo pudieron construir los siglos y el silencio. Al ver esa mole, uno empieza a sentir que en efecto se puede ser testigo de la maravilla. Casi al instante, suena como un cañonazo en algún lado que se repite, en eco perfecto, por montañas y serranías a la vez que las aguas se agitan y ondulan como si una mano mágica las removiera por debajo: se ha quebrado un pedazo de glaciar; esto es, ha caído un bloque de hielo de varias toneladas de peso y de 70, 80 metros de largo, que se ha hundido en las aguas cumpliendo así uno más de los innumerables, fantásticos eructos de la Naturaleza.

El Perito -como lo llaman- no es el más grande del conjunto de glaciares argentino-chilenos, pero sí el más fascinante. Es de todos modos gigantesco: una masa de 150 kilómetros de hielo que cae sobre el lago Argentino con un frente de unos 6 kilómetros de ancho y paredes que se alzan hasta 70 metros sobre las aguas y aún tienen otros 200 metros por debajo. Pero lo más asombroso es que el glaciar se diría que está vivo y su desplazamiento, aunque imperceptible, es constante: avanza más de un metro y medio por día, lo que produce los famosos rompimientos que suenan como cañonazos en la inmensidad. Y que además de belleza tienen su lado riesgoso: en cada quiebre las esquirlas de hielo pueden salir disparadas como lanzas, como gigantescas agujas asesinas -según nos dice uno de los guías-: hay que tener mucho cuidado y mantenerse a distancia. Sólo en los últimos diez años el glaciar ha matado a treinta y cuatro turistas.

El paisaje todo es bellísimo y a mí me encanta imaginar a mis personajes andando por estos parajes: el color azul del lago, los témpanos hermosos y temibles que flotan como islas blancas al azar, los árboles que trepan por las laderas de las montañas, el silencio impecable sólo quebrado por los rompimientos del hielo y el vuelo constante de algunos cóndores allá en el cielo altísimo, componen cuadros, adonde se mire, que hasta resultan dolorosos de tan bellos.

Eso mismo hace temer la llegada del turismo masivo, que modificará el medio ambiente y exigirá previsión y mucho celo en el control. Por ahora el turismo es de élite, debido a los altos costos: sólo llegan algunos miles de personas por año, la mayoría argentinos o europeos como los que forman nuestro grupo: media docena de compatriotas, dos franceses, tres holandeses y dos policías belgas, gorditos y de narices rojas como tomates. Uno de ellos, cámara en mano, jura que no cree que los rompimientos sean tan peligrosos y no deja de caminar hacia los puntos de mayor riesgo para tomar fotos. Ahí yo pondría a Clelia haciéndole alguna maldad. Supongamos que han estado toda la tarde anterior en «Hornero», el único cybercafé de El Calafate, averiguando exactamente qué dicen de ellos los diarios y qué información local les puede ser útil. Hay allí un cartel con las fotos de Victorio y de Clelia, que dice BUSCADOS y ofrece una recompensa por cualquier información. Pero alguna alma deliciosa, que ellos agradecen íntima y profundamente, se ha dedicado a pintarrapear las fotos, haciéndoles ridículos bigotes y adornándolos completamente. Sin embargo Carmelo, un tipo que han conocido en el café y que trabaja en una radio, ha reconocido a Victorio. Cuando en la novela ellos regresen de los glaciares, Carmelo estará con un gendarme que arregla coches. Habrá un momento de tensión cuando les diga que los ha reconocido. Pero no serán ellos los traidores.

Entonces se me ocurre que quizá aquí Victorio y Clelia deban usar los vínculos con otros personajes que yo he conocido en este viaje. Por ejemplo, el grandote de Tres Cerros les ha dado un contacto aquí, de las carreras de caballos, que los ayuda en un intento de cruzar la cordillera por senderos secretos. Ellos primero no saben si recurrir o no a ese contacto: la cordillera siempre está infestada de gendarmes y nadie conoce los pasos cordilleranos mejor que ellos. Finalmente aceptan e incluso viven un tiroteo en la frontera: carabineros chilenos, de acuerdo con los gendarmes argentinos, los reciben a balazos y matan uno de los caballos. Hay un retroceso tremendo: corren sobre los hielos, el guía amigo del cabañero de Tres Picos es alcanzado por las balas y muere con los ojos clavados en un cóndor que dibuja arabescos en el cielo. Victorio también recibe un balazo en un hombro y es Clelia la que lo salva, lo anima a no desfallecer y lo conduce hasta donde dejaron el Coloradito, oculto entre unas lengas de la espesura. Oyen el ruido de un camión de los guardiaparques, que al fin y al cabo también son policías, y alcanzan a huir justo en el último segundo. Clelia, excitada y nerviosa, comprueba que la herida de Victorio no es grave y recupera su sonrisa feliz, plena porque es consciente de su juventud, del amor que siente, de la locura que vive junto al hombre que ama.

Sí, creo que por ahí irá la acción. De todos modos, lo importante es que ellos saben que están siendo traicionados aunque no saben por quién. Lo que me digo es que debo ir quebrando toda linealidad. Y debo subrayar la sugerencia, la sospecha de que alguien los traiciona. Pero no debe ser inevitable que la traición opere en esta novela.

Cuando con Fernando regresemos, esa tarde, volveré pensando en estas escenas. Como si mis personajes viajaran nuevamente en el asiento trasero del Coloradito, y aun con Victorio herido. Sí, me digo, la ambigüedad será mi mejor compañera y por eso no todas las escenas y situaciones acabarán resueltas. El lector debe perderse aunque, es mi tarea, debe mantener sus simpatías del lado de Clelia y Victorio y acompañados en la fuga.

El Ford aparece derrapando luego de la curva y enfila la recta como un balazo rojo cuya trayectoria se pudiera ver. Deja tras de sí una nube de polvo y escupe piedritas a los costados como una escopeta calibre 12 recortada y con munición finita, patera.

En la cabina, y con el hombro derecho herido, Victorio conduce a 170 kilómetros por hora, el máximo de velocidad que da el coche. Arrodillada en el asiento junto a él, Clelia le limpia la herida con un esparadrapo de algodón embebido en whisky. Tiene la botella de Old Smuggler entre las piernas y le dice que baje un poco la velocidad que así no puede. Victorio mira por el espejo retrovisor, aminora un poco la velocidad y le lanza un beso.

-Nos quieren liquidar porque además de que ya nos bajamos dos o tres canas somos horribles, somos políticamente incorrectos: no soportan que soy un viejito y todavía puedo con vos. No toleran que una chica linda y con ideas propias arruine su vida por un tipo como yo.

-No toleran que me guste coger. Sacate la camisa que así no puedo.

-Eso, y además fumamos, bebemos, nos mandamos un porrito sin culpa cuando hay, y sobre todo siempre hacernos lo que se nos pega la gana.

-Cómo cambiaste, Vic... y cuánto más me gustás ahora. Recuerdo cuando apareció el gringo Frank en aquel helicóptero y te pusiste filosófico y solemne justo cuando no correspondía. ¿Te acordás? Dijiste que los que están convencidos de algo y su convicción es el sentido de sus vidas, no se detienen ante nada y nada puede detenerlos.

-¿Yo dije eso...? Guarda que me pica, no te abuses con el alcohol sobre mi herida.

-Me encanta cuando te ponés solemne, ¿sabés? Sos tan tiernamente pelotudo...

-Miren a la chica insolente.

-¿Vos sabés por qué sos como sos, Vic? ¿De dónde saliste tan rígido y cuadrado?

-La educación que uno recibió. Yo ya era una persona cuando vos todavía no eras ni un polvito.

-Pero yo era un sueño hermoso cuando vos empezabas a ser un hombre deshecho. Este hombro ya está curado.

-Este hombre ya está curado. De espanto.

Y los dos se ríen y Victorio vuelve a pisar el acelerador a fondo.

Mientras caminamos sobre el glaciar Perito Moreno, pienso también en las posibilidades turísticas de este país privilegiado que tiene -entre sus muchas maravillas-las cataratas del Iguazú en el Norte, una docena de glaciares como éste en el Sur y esa indolencia feroz en varios millones de sus habitantes. Pienso en el Perito Francisco Pascasio Moreno, en Carlos Moyano y otros exploradores que a comienzos del siglo pasado (el XX, digo) abrieron sendas y dibujaron cartografías, negociaron con los indios en la lengua de los indios y fueron capaces, como Moreno, de «donar para las generaciones futuras» territorios riquísimos que el gobierno les había escriturado por sus descubrimientos. Pienso en los ejemplos éticos y en el esfuerzo y el sacrificio, esas palomas perdidas de nuestro globalizado presente, y en el día en que a estos parajes los descubran los norteamericanos.

La caminata (esa vieja actividad que la moda anglófona ahora llama *trekking*, como si caminar fuera algo nuevo) es preciosa tanto por el bosque de lengas y ñires centenarios como sobre el lomo del glaciar. Ésta es una experiencia impactante y, aunque un poco peligrosa, absolutamente irresistible. Se camina sobre el lomo del glaciar durante casi dos horas, subiendo y bajando por quebradas y mesetas de hielo macizo, de azules profundos y blancos hirientes. Al terminar, y sobre los más altos hielos que miran al lago desde arriba, como en un balcón privilegiado, se cumple un simpático ritual: los guías ofrecen una botella de whisky y vasos, y se brinda enfriando el alcohol con trozos de hielo extraídos del mismo glaciar.

Vamos luego a las pasarelas de la península Magallanes, que miran de frente las paredes majestuosas del Perito, y el belga descreído nuevamente se desprende y baja casi hasta la orilla para tomar fotos. Es reprendido suavemente por el guía, pero el tipo no hace caso. Ha de ser su arrojo policial lo que lo incita al peligro. Entonces, en tono amistoso y cómplice, yo me acerco a él y le cuento la historia de la última víctima: fue un policía japonés que traía unas cámaras enormes y quería sacar fotos de más y más cerca, y de más y más abajo, hasta que se acercó tanto que un rompimiento le clavó una aguja de hielo grande como un sable de samurai que lo partió en dos. El belga, impresionado por mi relato, me pregunta cómo lo sé y yo le digo que soy funcionario de la Administración de Parques Nacionales y que tenemos registro de cada una de las tragedias. El tipo guarda su cámara por un rato y se disciplina al grupo.

De regreso al hotel y antes de la cena, un grupo de argentinos (un par de mendocinos, un matrimonio cordobés y una parejita porteña) discuten acerca del aparente monopolio de la empresa que presta servicios en el glaciar. Son excelentes, hay que reconocerlo, pero una sola empresa los brinda todos: las pasarelas; el uso de muelles y barcos; los guías para caminar sobre los hielos y aun la navegación por el lago hasta los otros glaciares (los bellísimos Upsala, Spegazzini y Onelli). Uno puede contratar con cualquier agencia de viajes, de las decenas que hay en el pueblo, pero sólo esta empresa monopólica presta todos los servicios y a precios nada populares: entre 60 y 130 pesos o dólares, según el itinerario.

Durante la cena, dos periodistas locales hablan de la hotelería en la península Magallanes. Es absurdo -dicen- que el Parque Nacional Los Glaciares se reduzca a una franja de sólo 500 metros desde la orilla del lago. De hecho toda la península es privada y ya hay allí un hotel en conflicto. Además, las voracidades inmobiliarias que se desataron han motivado cuestionamientos judiciales por parte de ecologistas de la zona. Es cierto que en El Calafate los hoteles son todavía pequeñas edificaciones familiares y no existen aún construcciones de varios pisos. Pero cuando lleguen las cadenas Hilton, Meliá o equivalentes y quieran levantar veinte pisos para «ver el lago» o algo así -dudan- habrá que ver qué intendente o concejal se resiste.

De repente caen los belgas con un mendocino que los acompaña y de acá los llevará al Aconcagua. Vienen de cenar y nos convidan una ronda de cervezas. Enseguida uno de los belgas empieza a disertar sobre la nueva Europa con Haider en Austria. No me gusta un policía que la va de experto en política internacional.

-Oiga -le digo-, ¿usted conoce la historia del policía canadiense que hablaba de las virtudes de Pinochet y otros dictadores?

El tipo me mira, primero interesado. Pero enseguida se da cuenta, se larga a reír y brindamos jocosamente. Pero por lo menos se calla la boca.

En la larga mesa los argentinos vuelven a discutir sobre hotelerías y monopolios, y por momentos algunos se encienden y elevan la voz. Como para calmar los ánimos, el mexicano y los franceses, fraternizados por el alcohol, invitan también una ronda de cervezas como para interrumpir la discusión, que ahora gira en torno a la naturaleza del glaciar y las culpas de Perón, de los militares, de Alfonsín y de Menem. Al ratito el mexicano se lanza:

-La verdad es que el glaciar bien merece ser argentino.

-Por qué lo dice -pregunta Fernando.

-Porque aunque siempre tendemos a ser precisos, acá es imposible. Con todo respeto, los argentinos son incapaces de precisar nada. Les encanta discutir y por eso cualquiera habla de cualquier cosa sin conocimiento. Los europeos tienen muchos defectos, y muchas culpas, pero son precisos. Nosotros los aztecas somos elípticos y esquivamos los conflictos Y también somos caóticos, pero no imprecisos. En cambio ustedes, los argentinos, adoran la pelea que no conduce a ninguna parte: les importa más vencer en el debate que la materia debatida, y encima se apasionan por asuntos imposibles. Pueden dar la vida por establecer qué día empezó el Diluvio, si era viernes o domingo, o qué día y a qué hora Caín mató a su hermano Abel. Desesperan por discutir todo el tiempo y gastan una energía formidable en lamentarse. Pueden dar la vida por Perón o contra Perón. Y ponen similar pasión por los desaparecidos, el seleccionado nacional de fútbol o la Virgen María. Este glaciario es como ustedes: exagerado, desmesurado, imprecisable.

Me levanto de la mesa, algo apenado, y salgo a mirar las estrellas antes de dormir. Esa noche duermo muy inquieto, lo cual es cosa rara porque yo duermo perfecta y rigurosamente entre seis y ocho horas, y además duermo siesta casi todos los días de mi vida. Pero esa noche en El Calafate lo que me inquieta es un sueño brevísimo pero absolutamente perturbador: todo se reduce a dos manos que me tocan los hombros. A mi vez, toco esas manos con mis manos en cruz, y las reconozco enseguida: son las manos de mi padre. Inconfundibles, amadas aún a pesar de la enorme distancia: mi papá falleció hace más de cuarenta años, cuando yo era un niño, menos que un adolescente. En el sueño no me altero, pero él me dice: «Tengo ganas de hablar con vos.» Y es su voz, también la reconozco, es su voz nunca escuchada en estos cuarenta años. Me despierto completamente perturbado. Mientras desayunamos le narro el sueño a Fernando. Se emociona y me cuenta que su padre murió a la misma edad que el mío, cuando él tenía los mismos años que yo al morir mi padre. Como paralelas lejanas, su vida en Madrid y la mía en Resistencia ya entonces tenían estos puntos en común.

Partimos de El Calafate con un clima muy agradable: el cielo limpio, el sol caliente, una brisa apenas delicada. El lago Argentino nos ofrece una postal maravillosa y yo no puedo dejar de pensar estúpidas nuevas ironías cuando pasamos frente al aeropuerto internacional en construcción.

La lección

Es verano y camino bajo las calles arboladas de Resistencia. Como suele suceder cuando el espíritu se vuelve contemplativo y se caminan los viejos senderos de la infancia, me acuerdo de mi padre y de la lección que me dio cuando yo tenía ocho o nueve años y vivíamos en la calle Necochea.

En la esquina de esa calle y la que entonces se llamaba como la cuna de nuestra independencia y hoy nombra a un prócer contemporáneo, había un almacén de ramos generales, especie de tienda mayorista, propiedad de una familia Conterno. En las veredas había tipas y jacarandáes centenarios que seguramente alguno de los intendentes sabios y prudentes que hemos tenido mandó talar en nombre del progreso, o en ocasión de algún negociado repavimentador, quién sabe. A esos árboles solíamos trepamos, con los chicos del barrio para cazar chicharras.

Había dos hermanos bastante tenebrosos, que eran mis vecinos y compinches: Jorge y Tuchi, hijos de un relevante cirujano que falleció muy joven, en esos años cincuenta. Eran tres y dos años mayores que yo, y por lo tanto mis ídolos. En el barrio se decía: «Esos chicos son la piel de Judas», seguramente incluyéndome. Nos queríamos con la ceguera de la infancia, y éramos socios en las más diversas, inocentes tropelías: cazar pajaritos a hondazos; comer mandarinas o moras de los patios del vecindario; tirarle fruti-

tas de paraíso a los transeúntes con cerbatanas de canutos de mamón; o caminar sigilosamente por los muros para espiar la vida de las gentes, sobre todo los pechos de las mujeres y de vez en cuando algún amor siestero. Nada del otro mundo.

Pero una vez se nos ocurrió algo más audaz: un robo en el almacén de los Conterno.

Fue una siesta de sábado, en verano, cuando Resistencia duerme como Harlem a la madrugada y sólo las ratas se atreven a salir. Por una puerta lateral de barrotes de hierro fundido, Tuchi, que era el más flaquito, se metió en el almacén. Jorge -era el mayor y el más vivo- ofició de campana en la esquina. A mí me tocaba recibir la preciosa mercadería que nos habíamos propuesto obtener: tres o cuatro cartones de cigarrillos y un paco de cien cajitas de fósforos Ranchera. Por entonces ya fumábamos a escondidas: pensábamos tener el flamante vicio resuelto y además podríamos vender parte del botín.

Por supuesto, el robo fue un éxito. También por supuesto, Don Conterno observó todo. Y nos dejó hacer.

Esa misma noche, cuando mi viejo volvió de trabajar, estuvo particularmente hosco y seco conmigo. No me dirigió la palabra durante la cena y yo empecé adarme cuenta de que algo andaba mal. Cuando me fui a acostar, papá vino a mi cuarto. Se sentó en el borde de la cama (debajo de la cual yo escondía el paco de fósforos) y me dijo, suavemente y con tono muy grave y dolorido, lo que Don Conterno le había contado. Dijo también que no lo podía creer. Pero que no le gustaba la idea de que en su casa viviera alguien sospechado de ladrón, y mucho menos un ladrón. Que no quería avergonzarse de mí, su hijo, para toda la vida. Así que yo tenía toda esa noche para pensarlo y al día siguiente debería tomar una decisión: si yo era inocente, sabría sostenerlo y él mismo me acompañaría a lo de Conterno para limpiar mi nombre y honor de toda sospecha. Si no lo era, tenía dos caminos: confesar y devolver todo, o irme de esa casa para siempre.

Se retiró sin darme el beso de las buenas noches. Y yo me quedé solo, aislado, y pasé la peor noche de mi vida.

A la mañana siguiente, avergonzado y ojeroso, caminé los 80 metros que iban de mi casa al almacén como quien camina hacia la silla eléctrica. En la puerta, papá me había dicho:

-Tenés que asumir tu responsabilidad. Vas a devolver esa caja a Don Conterno, y le pedirás disculpas. Vas a escuchar lo que él quiera decirte, y después volvés. Lo vas a hacer todo solito. Yo te espero acá.

Fue la mayor vergüenza de mi vida. Don Conterno me esperaba, viejo y grave. No sé qué balbuceé, pero él recibió la caja y se mantuvo en silencio durante muchos horribles y larguísima minutos. Hasta que simplemente dijo:

-Nunca más, pibe, no lo hagas nunca más.

Ignoro qué pasó con los cigarrillos que guardaron Jorge y Tuchi. No consigo recordar qué les dijo su padre, ni cómo terminó el episodio para ellos. Pero para mí fue la lección más dolorosa que aprendí en mi vida. Y también la más luminosa.

Mi papá era un hombre medido, ascético, supongo que tímido. Era un ciudadano común de los años cincuenta: sobrio, silencioso, trabajador, ambicioso de una seguridad económica que jamás logró, y profunda y visceralmente antiperonista como tantos burgueses de su época. Aquel día descubrí que también era un hombre tierno: cuando regresé me abrazó muy fuerte y lloró un buen rato conmigo. Sus ojos eran tan brillantemente azules como el cielo en sus mejores días.

EL QUIJOTE DE TRES LAGOS

Cuando uno baja del pavimento, se tiene la sensación de que se ingresa a un territorio tan peligroso como desconocido. Vamos a remontar la carretera mítica de la Argentina, verdadera columna vertebral de nuestro sistema caminero: la ruta 40, que viene de Río Turbio y termina en La Quiaca después de viborear a lo largo de toda la cordillera de los Andes y atravesar verticalmente el país por más de 5.000 kilómetros. De hecho nosotros hemos bajado de norte a sur a lo largo de la costa atlántica, hemos cruzado transversalmente los confines del continente y ahora nos toca remontar la Patagonia para formar la inmensa «U» imaginaria que nos devolverá al Norte.

Con doble rueda de auxilio, vituallas y nafta extra, y excitados como niños con permiso, nos mandamos por un camino de casi 1.000 kilómetros en condiciones espantosas. Se supone que es de ripio, pero es mentira: en realidad cada metro de carretera ha sido bombardeado una hora antes de que uno llegue y la cantidad de piedras, y su tamaño, obligan a veces a marchar a paso de hombre. Pero a nadie parece importarle, porque los argentinos somos así: si no se usa y no se ve, que quede todo como está y a dormir la siesta. Y por allí no pasa casi nadie. En los tres días que nos llevará hacer ese camino no veremos ni veinte vehículos en total.

Marchamos muy lentamente, esquivando piedra por piedra. Es imposible distraerse, pero igual se ven los campos alambrados, pero alambrados viejos, caídos, porque la mayoría -nos han dicho- son campos abandonados. Son miles millones de hectáreas en las que no hay nada. O parece que no hay nada más que esos yuyos agrisados, acres, nunca verdes. Cardones florecidos de azul o de morado, cada tanto, y de repente a lo lejos un grupo de caballos flacos, cimarrones. Con el paso de las horas vemos volar algún bicho carroñero y también se cruzan un zorro, una liebre, ñandúes que huyen -siempre asustados y moviendo las colas como gordas en carnaval- y sucesivas manadas de guanacos cerriles. A lo largo del camino topamos también con muchos armadillos -tatúses como se los llama en el Chaco- que ante la frenada del coche se quedan paralizados de terror. Y en cuanto uno baja para quitarlos del camino huyen con su tranquito nervioso, entre ridículo y gracioso, y se meten bajo tierra, donde viven, aunque casi siempre -pobrecitos- dejando el culo un poco expuesto.

Lo curioso es que cada bicho aparece como a 10 o 20 kilómetros del otro. Las nociones de distancia y de tiempo son extrañas aquí. En todo el primer día de marcha apenas recorreremos 300 kilómetros, andando a un promedio de 30 por hora. Cruzamos sólo cuatro vehículos y nos sobrepasa una camioneta 4 x 4 como ésas de Marlboro o de Camel, llena de antenas, bidones y rubias y vidrios polarizados. El Coloradito Pérez, digo yo, la putea por lo bajo cuando nos sobrepasan con un bocinazo,

La primera escala la hacemos en Tres Lagos, un minúsculo oasis en el que hubo alguna vez una estación del ACA pero ahora es un surtidor con dos familias -una chilena y otra argentina- que se desviven por ser amables en el desierto, Es indispensable reaprovisionarse de combustible porque no habrá más surtidores en varios cientos de kilómetros por delante. En eso estamos cuando llega desde el norte, en sentido contrario al nuestro, un ciclista solitario y flaquísimo que parece de película: lleva antiparras y guantes y es igualito al de la cándida Eréndira filmada por Ruy Guerra.

Apoya la bici contra el surtidor y corre hacia el baño. Deja una estela de olor rancio, a sudor muy concentrado. Cuando regresa, con la cara y el pelo mojados, el olor no se le ha ido. Huele tan mal, tan intensamente mal que marea. Ve que estoy mirando su bici, flaca como él, con dos alforjas una a cada lado y una especie de portaequipajes trasero con tantas cosas que llenarían el baúl de un coche pequeño. Me declaro asombrado de que con esa carga se pueda andar por esos caminos. Se ve que no me entiende y entonces lo repito en inglés.

-Oh, sí, se anda muy bien -dice desinteresadamente, y yo veo que tiene la cara tan chupada que la boca parece simplemente un agujero sonoro-. Es la tercera que tengo. Entre Europa y África fundí dos y a ésta la traigo desde México.

El tipo impresiona. Tiene la piel llagada y es tan flaco que hasta se le ha hundido el pecho. Sus piernas parecen agujas fibrosas y las zapatillas son más grandes que sus pies. Le pregunto de dónde viene y dice que de Londres: salió hace once años. Como me cuesta creerlo, le reitero la pregunta y él repite la respuesta: once años. No me resisto a invitarlo a una gaseosa helada, un café, lo que quiera. De pronto siento que las historias vienen hacia mí sin que yo las busque. Ha de ser la magia de la Patagonia, pero tengo la sensación de que en este paisaje donde todo está quieto, si uno también se queda quieto algo pasa. Todo está como muerto, sí, pero bajo la superficie hay una vida surgente, maravillosa y sólo se trata de prestarle atención.

Adentro hay un bar muy modesto, con sólo tres mesitas redondas, pero al menos está limpio. El tipo huele como un zorrino y de un saque se manda al garguero casi un litro de agua mineral. Se llama Tom y aunque no los declara le calculo, de tan arrugado y magro, entre cuarenta y sesenta años. ¿Por qué semejante viaje, Tom? ¿Qué lo motiva, amigo: el amor o el odio, la geografía, la curiosidad? ¿Cómo se siente uno después de once años de pedalear sin rumbo fijo? ¿Qué es lo que más lo ha impresionado y por qué sigue y hasta dónde? ¿Por qué no se detuvo en algún punto, por qué no se enamoró y mandó la bici al demonio? ¿Alguien lo espera en algún lado, Tom?

No responde sino con elusiones, vaguedades. Ahora veo que es igualito al Quijote de Picaso y que además lo que hace es una perfecta quijotada. Pero este flaco es inglés y flemático, no hay caso, así que pierdo tiempo si insisto. Sólo conseguiré ponerme más ansioso y más torpe.

-Bueno, supongo que al menos va a escribir un libro -digo, poniéndome de pie.

-Lo pensé hace años. Pero ya no me interesa.

-¿Y qué le interesa ahora, Tom?

-En bicicleta el mundo es enorme y hay mucho que ver -dice, filosóficamente-. Y yo ya no sé qué me interesa especialmente, pero no puedo parar. Eso es: no puedo parar.

Lo ha dicho con una sonrisa tenue, como con leve vergüenza. Como si sólo después de decirlo se hubiera dado cuenta de la inmensidad de su respuesta. El olor que despide es lo que me salva del desconcierto y me devuelve a la realidad. Afuera están el cochecito rojo y Fernando, mi socio itinerante. Hay que seguir porque a nosotros todavía nos interesan muchas cosas. Y en algún punto habremos de parar, nosotros sí, aunque sea para seguir escribiendo estos apuntes.

En El Calafate se refugian en casa de Silvana, una militante ecologista que apoyó la «Liberación de los Hipopótamos» desde una FM de baja potencia que todavía hoy azuza a diez o veinte suscriptores. Pero tiene una página en la Web y por eso se enteraron. Clelia, en cada ciudad donde pudo navegar, buscó «Hipopótamos» y «Chaco» y revisó los diarios de aquellos días, y buscó los nombres de Pura y de Frank y los de ellos mismos, y fue atando cabos y descubriendo los apoyos que entonces tuvieron.

Silvana es una loca encantadora, que hasta le ganó un juicio a la Fuerza Aérea para que dejaran de practicar bombardeos junto a una reserva natural porque el ruido espantaba a los animales. Madre de tres hijos y con varios divorcios encima, sigue siendo una romántica incurable que se enamoró, a la distancia, de la historia de amor de Clelia y Victorio. Les ofreció su casa, para cuando pasaran por allí. Y allí están refugiados cuando llega un patrullero de la Policía de Santa Cruz.

-Ustedes se quedan tranquilos, que yo lo arreglo -dice Silvana. y sale con una sonrisa a hablar con los policías, que son dos.

Victorio saca la .45 Y se mantiene alerta.

- Veinte Cincuenta llamando a Jefatura -dice y se ríe, nervioso.

-¿Qué es eso?

-Una antigüedad. En los albores de la televisión, en los cincuenta, había una serie policial con un tipo que se llamaba Broderick Crawford, un gordito que hacía de policía bueno. La serie era en blanco y negro y se llamaba «La Patrulla del Camino» y la veía todo el mundo que tenía televisor. Y había una escena que siempre se repetía: el gordito se acercaba al patrullero, sacaba un micrófono de adentro y decía, con acento puertorriqueño: «Veinte Cincuenta llamando a Jefatura...; Veinte Cincuenta llamando a Jefatura...»

-Qué recuerdo tan divertido -se burla Clelia-. Ahora contame una de cuando ibas al secundario con tus amigotes.

-No entendés. Como siempre que te ponés irónica, no entendés un carajo. Lo que estoy diciendo es que nada es para siempre. Es la crisis de este tiempo: los valores, los recuerdos y lo que tenía sentido se han devaluado. La verdad es una materia opinable y la traición tiene prestigio. Mientras miles de boludos hacen dibujitos con las computadoras, algunos todavía escriben novelas que nadie va a leer. Y sólo los idiotas y las celebridades de la tele creen que son inmortales. Pero todo se va a desintegrar como lo que es: arenas que la vida se llevó.

Clelia hace silencio, pero enseguida replica:

-Pesadumbre de barrios que han cambiado...

Y los dos se ríen, atentos a la conversación que sostiene Silvana con los policías. Uno se ha bajado y fuma distraídamente.

-¿Quién nos traiciona, Vic? Porque es evidente que alguien nos traiciona. A lo largo del camino, siempre nos encuentran.

-No sé, no tengo respuesta para eso. Pero es verdad: nos persigue la traición; o la sombra de la traición, que es peor.

-Ojalá que no se les ocurra mirar el granero de Silvana. Porque si descubren el coche...

-Si lo descubren acá se acaba todo, y a balazo limpio.

-¿Y si zafamos, Vic? ¿Qué tal Canadá; te gustaría vivir en Canadá?

-No sé, creo que me gustaría más el Caribe... Jamaica, la Martinica, Belice o Playa del Carmen: donde haya mar y haga calor, y nadie nos persiga.

-¿Vamos a parar alguna vez? ¿Aparecerá otra vez Don Julio con su globo?

-No. La literatura es siempre una oportunidad única.

Lo que se repite es pobre, no sirve.

-¿Y cómo va a terminar esto?

-No sé, pero todavía no nos agarraron y si sucediera yo no me entrego y espero que vos tampoco.

-¿Tenés alguna duda?

-Entonces no pienses en cómo vamos a terminar. Estamos en el camino. Así como hay road- movies, y ahora hay road-novels, la nuestra bien puede ser una road-life. De hecho lo está siendo.

-Y a mí no me disgusta. Quiero que lo sepas, Vic.

-Dats'it, como diría el gringo.

LA HOSTERÍA DEL FASCINANTE PEOR CAMINO DEL MUNDO

Mientras conduzco por la 40 no cesa de asombrarme tanta belleza estéril. Sobre todo en un país que es un paraíso, aunque poblado de indigentes, tanta riqueza inútil debería conmover cualquier indiferencia. Sin embargo no puede con la argentina, que parece blindada.

La inmensidad y el tranco lento me hacen soñar con todo lo que se podría hacer aquí. No es tan difícil ni demandaría mucho tiempo. En la Patagonia no es sólo dinero lo que falta, sino imaginación, audacia. Si yo tuviera veinte años en vez de los que tengo no dudaría en venir como pionero a estas tierras. Pero hoy la mayoría de los que tienen veinte años miran hacia otros lados: adonde señalan la tele y la cerveza. Y no es culpa de ellos sino de la dictadura -que produjo una generación de padres resentidos- y de la disolución del Estado. Por lo menos. ¡Oh, habría tanto que hacer aquí! Bastaría con abrir algunas cabezas y con un Estado más activo que grande, que simplemente financie y desarrolle el riego por goteo y la energía eólica, y pavimento. No es excesiva la pretensión: agua hay, viento sobra y casi toda la ruta 40, por ejemplo, está preparada: sólo faltan las capas asfálticas.

Ha de ser por estas cosas que los europeos, en la Patagonia, se asombran de las maravillas pero también de nuestra desidia. Tenemos una mina de oro que no se explota.

Perdido en estas divagaciones, de pronto escuchamos a Miles Davis y luego a Ella Fitzgerald. Han aparecido en la radio del Coloradito, absurda, inesperadamente. Caramba, es un programa excelente, una joya de buen jazz en la carretera. Es en la frecuencia de AM, de modo que debe ser alguna repetidora cordillerana de Radio Nacional. Es cierto que por momentos la onda se enturbia, pero es un jazz legítimo, excepcional. Hablamos de nuestras preferencias: Fernando es fanático de John Coltrane y yo le cuento que alcancé a escuchar un par de veces al Mono Villegas en vivo y le digo quién fue: el más grande pianista de jazz de la Argentina. Luego hablamos de New Orleans, ciudad que coincidimos en adorar y acerca de la cual cambiamos impresiones. Y entonces vemos una tortuga enorme detenida sobre la huella. Es realmente enorme, un animal centenario. Freno, por supuesto, y ella se esconde en su caparazón. Nos acercamos caminando y es un animal espectacular: debe pesar un montón de kilos. Discutimos qué hacer con ella, porque aunque casi no hay tráfico cualquier vehículo podría pisarla. Decidimos alejarla del camino. La alzamos entre los dos y la llevamos 50 metros desierto adentro, que es su ámbito natural. Al menos por ahora hemos demorado su vocación suicida.

Cincuenta kilómetros más adelante los chirridos de la radio arruinaron el concierto, pero nosotros seguimos comentando nuestra fortuna en el desierto: hemos encontrado buen jazz y una tortuga colosal.

De pronto vemos un par de mochileros al costado de la ruta. Imposible no detenerse en estos parajes. Son dos chicos franceses que vienen de Coihaique, Chile. Alguien los trajo desde Bajo Caracoles y les dijo que por aquí pasaba un autobús, pero no es cierto: si pasó alguno, fue hace medio siglo.

Llevan dos días haciendo dedo pero no, no están desesperados. Todavía. Nosotros vamos hacia Bajo Caracoles: ¿cómo es? Se ríen: "Vimos una persona y muuuuuchos perros.»

Advierto que es verdad: en la Patagonia hay perros sueltos por todos lados. En ciudades, pueblos y surtidores hay decenas de perros. Sólo en el estacionamiento del hotel de El Calafate había media docena. El amor canino de los santacruceños ha de ser superlativo, nomás, o rodearse de perros una de sus maneras de combatir la soledad.

Los chicos, que se dirigen a El Chaltén para escalar el Fitz Roy, dicen que más adelante encontraremos un sitio donde se come una excelente tortilla de papas. No sin asombro, al rato

descubrimos que se trata de un punto que en los mapas figura como lo que fue un hotel, ahora abandonado. Se llama «Las Horquetas» y es un almacén de campo, una vieja pulpería muy modesta y destartalada. Está a la vera de una suave serranía y a unos 400 kilómetros de El Calafate y 500 de Esquel. Es el único parador entre Tres Lagos y Bajo Caracoles.

Adentro, una joven con un niño en brazos atiende a un paisano que bebe vino tinto. Debe ser el dueño de la camioneta desvencijada que está afuera. El lugar es sombrío; se nota que no ha recibido atención por lo menos en los últimos cuarenta años. Pero también se nota que está limpio y que alguien pone más empeño que dinero para recuperarlo. Pedimos una tortilla de papas -que resulta, sin dudas, excelente- y la muchacha, que se llama Sandra, sin dejar de amamantar al niño nos cuenta que es de Temperley y vino hace tres años, desocupada y sin esperanzas. Era cortadora en un taller de costura, a cincuenta centavos por prenda. Pero llegaron las importaciones indiscriminadas de Corea, la India y Brasil, y etcétera, etcétera. Ella era madre soltera y con dos hijos, así que se largó. No sabe por qué eligió el Sur; quizá porque alguien le dijo que en la Patagonia había trabajo. O porque estaba un poco loca y muy desesperada.

En Río Gallegos conoció a Alberto, un camionero que es el papá de este bebé, y alquilaron esta posta, que estuvo cerrada y abandonada por muchos años. Ahora traen las mercaderías de Gobernador Gregores, en el centro de la provincia, y el agua en una cisterna. Hay un pozo de muy buena agua a 12 metros, sí, pero aún no tienen dinero para comprar la bomba. Cuesta como 800 pesos y eso es demasiado dinero. Para el invierno inventaron un sistema de calefacción a leña que queman dentro de un enorme tambor de petróleo. Le hicieron un agujero en el medio, con su correspondiente tapa, y ahora hace de fogón y chimenea en el centro del salón. Y así van arreglando lentamente la casona. Hasta hay un teléfono público, el único en 200 kilómetros a la redonda alimentado por paneles de energía solar que les puso Telefónica después de mucho insistir. Y hay un televisor que muestra algo del Canal 7, que es la señal federal y lo único que aquí se puede ver.

El sitio es el paradero obligado de la poquísimos gente que va por esa carretera. Los muchachos de las máquinas de Vialidad, uno que otro camionero, los raros turistas que eligen este camino insólito. Siempre hay allí buena tortilla y unas milanesas excelentes. También pan casero, gaseosas y cerveza, y varias botellas de vinos y licores colocados al azar contra la pared, del otro lado del vetusto mostrador de madera. Los precios son modestos, como todo allí. La única habitación disponible, muy pobre pero limpia, cuesta cinco pesos por pasajero. Sandra va de un lado para el otro, siempre charlando y con el bebé en brazos. Es una chica dulce, amable y educada: se le ve la decencia en cada gesto. Esa pobreza digna la hace decir, con orgullo, que en estos tres años ha conseguido «no sólo sobrevivir sino progresar, aunque modestamente». Lo dice, y conmueve cómo lo dice porque enseguida cuenta, con orgullo, que los dos hijos mayores, de doce y siete años, están pupilos en la escuela agrotécnica de Gregores. «Y aquí se come todos los días y poco a poco nos arreglamos.»

Fernando me propone salir a caminar por los alrededores. Hay un cerro detrás, que es toda una tentación. Parece fácil y lo trepamos. En una hora estamos arriba y desde allí miramos una puesta de sol maravillosa: una bola roja pintada sobre Chile del otro lado de la cordillera. Fernando recita no sé qué poema ni de quién, pero que habla de fuegos e incendios milenarios, un poema obviamente amoroso. Después canta *Se equivocó la paloma* y me habla de Rafael Alberti. Después yo le digo que Alberti siempre me lleva a evocar a mi padre, que no era un hombre culto ni había leído mucho, pero que gustaba de recitar al autor de aquella preciosa Balada del que nunca fue a Granada que habla de montañas, adarves y esa «sangre caída, sangre que me llama» que no es sino la sangre de un hermano asesinado. Mi papá siempre decía de Alberti: «Ni las aguas del Paraná serían capaces de apagar tanto fuego.»

La relectura -toda evocación de un poeta es un modo de releerlo- me parece ahora preñada de nostalgias. En primer lugar, la de mi padre que me persigue y al que ahora imagino recitando los sonetos gongorianos de Alberti; nostalgia de su admiración por el viejo comunista y republicano que había elegido la Argentina para su largo exilio; nostalgia de algunos versos de *Marinero en*

tierra que en casa se recitaban con la misma familiaridad que reservábamos para el Martín Fierro de nuestro Hernández; nostalgia de las Baladas y canciones del Paraná, río también, y tan bien, cantado por Alberti. Para nosotros, que siempre hemos vivido a orillas de este río, los versos de Alberti nos sonaban a reconocimiento y a homenaje.

Quizá, se me ocurre ahora, yo entendí y compartí -de niño- esa añoranza albertiana del mar. En el nordeste argentino estábamos a casi 2.000 kilómetros del mar. Por lo tanto el mar era para mí sólo una ilusión literaria, era Conrad y era Salgari y era Melville; era fotografías, alguna película y el comentario de los ricos que podían ir a vacacionar en el mar. ¡Cómo no compartir las evocaciones de Alberti, entonces, si yo vi por primera vez el mar a los dieciocho años!

Pero si no teníamos mar, en cambio sí teníamos ese río extraordinario que es el mismo y no es el mismo que miró, hace años, Alberti, cuando le cantó:

*La eternidad bien pudiera
ser un río solamente...*

Y cuando le prometió a esas aguas:

*Barrancas del Paraná:
conmigo os iréis el día
que vuelva a pasar la mar.*

Acaso todavía esté volando sobre aquellas aguas majestuosas el mapa de España que un día Alberti vio reflejado sobre el lomo del río. Acaso yo también busque «mi pueblo y mi casa» en la poesía, para cantar con él:

*Entré en el patio que un día
fuera una fuente con agua.
Aunque no estaba la fuente,
la fuente siempre sonaba.
Y el agua que no corría
volvió para darme agua.*

Es impresionante recitar poemas al mar y al río y al agua mirando desde arriba el desierto patagónico. Hagan la prueba y verán.

Después de cenar, afuera todavía hay luz diurna. Salgo a caminar y contemplo el paisaje: vacío, yermo, patagónico. Alrededor de la casa hay un gallinero vacío, en corral cubierto con el pasto seco de algún caballo que habitó el lugar, y una especie de taller con una fosa llena de cosas inservibles. El ambiente es sucio, deprimente sin remedio, y con un toque de Fellini: un viejo Unimog del Ejército, o de Gendarmería, tiene la caja del motor abierta y una goma pinchada, pero, arriba, doce hermosos sillones de pana azul atornillados en círculo a las cuatro barandas de la caja trasera.

Al regreso, Sandra da respuesta a todo: perros y zorros se comieron a las gallinas, y ahora los huevos también hay que traerlos desde Gregores; si hace falta, Alberto sabe prestar algún servicio de mecánica elemental o emparchar gomas; y el Unimog es «de unos tipos que vinieron el año pasado, un grupo de teatro ambulante, y se les descompuso. Lo dejaron ahí diciendo que volverían a buscado».

-Usted podría aprovechar los sillones -sugiero-. Es un crimen que se estén arruinando a la intemperie.

-No, algún día vendrán a buscar lo que es de ellos -responde Sandra-. Yo soy una persona honrada. Como las tortugas, quizá soy indefensa y si me atacan me escondo, pero no hago mal a nadie y no tomo lo que no es mío.

Me siento levemente avergonzado y pienso que en un solo día, en el peor camino del mundo, he visto dos tortugas maravillosas.

Cuatro escenas de jazz

Uno:

Un hombre negro, muy flaco y muy alto, camina por una calle arbolada de Tallahassee y justo cuando de algún lado vienen los compases de Basin Street Blues se detiene e inclina para oler unos jazmines que hay tras una verja. Me quedo viéndolo, fascinado: viste un saco rojo sangre, pantalón verde, zapatos color caqui muy brillosos y en la cabeza lleva un sombrero blanco. Tiene unos setenta años y camina como un chico que anduviera jugando con su yo-yo.

Dos:

Un joven negro en una silla de ruedas, en la Royal Street de New Orleans, tiene una especie de manta que le cubre las piernas flaquísimas, acaso inexistentes, y en las manos un saxo plateado. Es un tipo flaquísimo y tan contrahecho y esmirriado que de hombro a hombro no debe medir ni cuarenta centímetros. Además es feo de cara, con la piel picada de viruelas. Un tipo desagradable, ciertamente, pero que toca el saxo tenor como un virtuoso. Ahora ejecuta *Meditación*, de Jobim, y me quedo clavado al piso. Toca excepcionalmente bien. Mucha gente se detiene, a su alrededor y en la vereda de enfrente como para hacer más grande el semicírculo que rodea al virtuoso. Es un cuadro patético, pero de extraña belleza. Miro fascinado al saxofonista y al público, miro el cielo estrellado de esta ciudad insólita y me digo que estoy siendo testigo de un instante único en la historia del espectáculo que es este mundo. Me congratulo por el viaje, me aferro a la mano de alguien que está a mi lado y a quien jamás volveré a ver, me dejo llevar por las notas de ese saxo agudo como una aguja de hielo que cae del glaciar Perito Moreno, y cierro los ojos porque soy feliz. Inmensamente feliz.

Hasta que la magia se rompe cuando otro negro -sombrecito de cuero negro y con tachas, debajo del cual sale una larga coleta que se derrama sobre su espalda- agita frente a mí un tarro como los de duraznos en almíbar, abierto de un lado, pidiendo monedas. El ruido vulgar y latoso de los pocos centavos que contiene es un contrasentido. Abro los ojos y me alejo, fastidiado, preguntándome si esos dos serán socios o si éste es un vivo que dejará al saxofonista lisiado sin un céntimo, abandonado en la vereda y muriéndose de música.

Doy una vuelta a la manzana, me calmo y regreso. El saxo emite ahora *Deep river* y pongo dos billetes en el tarro mientras le pido al negro de sombrero y coleta que haga silencio. El tipo mira dentro del tarro, sonrío y se queda quieto. Tienen razón los que aseguran que el dinero calma los nervios.

Tres:

Cuatro borrachos cantan en la vereda de un club nocturno ya cerrado, a las ocho y media de la mañana de un domingo, en la esquina de St. Charles y St. Joseph. Una rubia probablemente falsa, de unos cincuenta años, con un vestido largo plateado, arrugado y sucio, pero que anoche debió ser su ropa de fiesta. Una negra gordísima con una imposible

mini azul toda transpirada y con manchas, sentada en el zocalito de una casa del siglo pasado. Un negro muy flaco con un smoking raído y el cuello de la corbata deshecho. Un blanco gordo, entre rubio y canoso, sesentón y con una panza baja como la de Pavarotti, babeado y con mocos. Como pueden, entonan *How deep is the Ocean*, pero en sus bocas desafinadas y de pronunciación aguardentosa ahora resulta tan playa y tan triste que dan ganas de llorar. Pasa un tranvía y me trepo como para que me lleve hasta el fondo del mar.

Cuatro:

En la Union Square suena una banda de jazz tradicional, a cuyo alrededor se arremolina mucha gente. Los músicos son seis chicos que deben tener entre nueve y catorce años, como mucho, y la lidera el mayor de todos, un flaco con un trombón cascajiento. Un pibito toca la trompeta como si fuera Gillespie, otro el banjo, otro una lamentable batería, un flaco muy alto el contrabajo y un gordo muy gordo la tuba. Los instrumentos son de deshecho: completamente abollados, con cuerdas viejas, todos ostensiblemente remendados. Pero tocan clásicos como *Tiger rag* o *When the saints go marchin' in* y no sólo son ejecuciones legítimas sino excelentes. Esas almas tienen una fuerza muy superior a sus limitaciones instrumentales. Le ponen a la mañana un ritmo endemoniado y no hay turista que no se detenga en las veredas, en los bancos de la plaza, entre los canteros. Todo el mundo, sentado o de pie, asiste al delicioso concierto mientras el más chiquito de la barra, un gurrumín de unos seis años que tiene una sonrisa como la de Satchmo, pasa una lata abierta ante la concurrencia, que la llena una y otra vez porque el chiquitín hace piruetas y muecas burlonas cuando le parece que la dádiva es pequeña. Esto pone tan contentos a los seis jóvenes músicos -que no pierden de vista ni por un segundo al chiquito- que redoblan su entusiasmo musical para que a su vez se ablanden más y más los bolsillos de los contribuyentes. Un ejemplo de marketing y buena música bajo el sol radiante de Louisiana.

22

CRÓNICA DEL PENÚLTIMO NAZI DEL FIN DEL MUNDO

Me quedo leyendo al abrigo del tambor de petróleo que hace de estufa. Afuera ha empezado a soplar el viento y el frío anticipa el final del verano. De pronto dejo el libro porque advierto que aunque el itinerario de Clelia y Victorio no los traerá a este lugar asombroso, en la novela bien pudiera existir un sitio así, aunque en el fondo de Santa Cruz. Por ejemplo en la ruta 40 pero abajo de todo, entre El Calafate y Río Turbio. Y allí cabría un monólogo de Clelia cuando nuevamente tienen que huir. Los han traicionado y denunciado por enésima vez, los tirotean y los persiguen sin darles tregua. Incluso interviene ya la Gendarmería y con éstos no se juega. Clelia está agotada: ha empezado a quebrarse interiormente y monologa con amargura acerca del duro trabajo de ser mujer.

Cuando yo tenía dieciocho años, una noche me llamó la que era mi más íntima amiga, Cristina, porque no se sentía bien. Se había casado unos meses antes con el chico más lindo de Resistencia, Arturito Cambours. Él salía a buscar un médico, me dijo, y no quería quedarse sola. Yo fui corriendo a su casa y enseguida me di cuenta: le dolía y había sangre por todos lados. Ella se movía de un lado al otro y estaba como loca, desesperada por el

miedo. Entonces se metió en el baño y estuvo allí un rato, hasta que de pronto me gritó que había despedido algo grande y yo me imaginé lo que era, por supuesto, pero no me animé a decirle porque me di cuenta que ella no entendía lo que le pasaba. Le pregunte qué tan grande era y me dijo «vení a ver» y yo entré al baño y nos quedamos las dos estúpidas mirando el inodoro todo rojo y yo no pude decirle nada, estaba paralizada del terror yo también y la dejé apretar el botón... Después vino una ambulancia, y el médico nos retó por haber tirado la cadena. Entonces Cristina se largó a llorar y se la llevaron al hospital, a la sala de partos y le hicieron un raspaje, mirá qué palabra de mierda. Y cuando la sacaron el obstetra dijo que estaba de por lo menos dos meses. Y cómo puede ser que no se diera cuenta, preguntó el tipo. Y el imbécil de Arturo que no sabía ni lo que pasaba. Y cuando la llevaron a una habitación, resultó que era compartida y al lado había otra cama donde una parturienta le daba el pecho a su bebé recién nacido. Yo empecé a protestar porque eran unos bestias, pero me dijeron que era una mocosa atrevida y encima Arturo me pidió que no hiciera escándalos y no me metiera en sus cosas. Cuando Cristina se repuso ya nada fue igual: hasta anduvo enojada conmigo...

Por eso a veces pienso qué suerte que te tocó ser tipo, Vic. Ser mujer es una mierda nada más que por esto: un hijo se te puede morir adentro y vos no te das cuenta y te quedás como una boluda mirando un inodoro mientras la sangre te chorrea por las gambas y vos rezando para que no sea eso, que no sea eso...

A última hora de la noche, como después de un bostezo, el ripio anuncia la llegada de una camioneta y enseguida entra un viejo de bombachas, botas y gorra azul de marino. Es un gaicho más bien menudo pero fornido, de ojos también azules, que frisa los setenta años. Confianzudo y saludador, entra y se acoda en el mostrador mientras pide «lo de siempre», que es un vaso de vino blanco que Sandra le sirve como de memoria. Charlan y, como el hombre es hablador, enseguida nos enteramos de que es un viejo estanciero de la zona que está fundido -como él mismo declara- y que ahora recorre los campos en su vieja camioneta vendiendo botas y aperos, ropas y cuchillos, lo que haga falta y le encarguen. Nos pregunta si necesitamos algo y no, muchas gracias, estamos de paso nomás.

Lo acompaña un muchachito de unos quince años que viste ropas de ciudad: su sobrino, dice, mientras el pibe mira la tele sin importarle la calidad de la basura. Sin que se lo preguntemos, el viejo declara que se ha detenido como muchas noches desde que Sandra reabrió «Las Horquetas», porque es un placer tener un bar así en estos territorios olvidados de Dios. Fernando y yo cruzamos una mirada de complicidad porque se ve a la legua que como buen patagónico el tipo se muere de ganas de conversar.

Todo indica que seremos testigos de una historia paradigmática de la Argentina perdida: el hombre viste ropas de estanciero de los años cincuenta o sesenta: bombachas de campo de gbardina, camisa a cuadros, chaleco de cuero de oveja y pañuelito al cuello, y un gabán que alguna vez fue fino y caro. Pelo canoso engominado, bigotito, medio fanfarrón como todo petiso, juzgo en silencio que hace tres o cuatro décadas el hombre habrá tenido su pinta. Si además es cierto que como estanciero está quebrado, entonces estoy en presencia de la viva imagen de la decadencia pastoril argentina. Es claro que no intervenimos ni hace falta. Simplemente se trata de escuchar lo que él habla ahora con el pibe que lo acompaña:

-Se acabaron las ovejas -dice en voz alta, como para que también lo escuchemos nosotros pues somos el único auditorio posible en mucho campo a la redonda-. Se acabó el negocio y por eso se fueron todos. A un peso el kilo de lana, cuando antes se pagaban de cuatro a seis... y sin subsidios chau, no se puede laburar más... Claro que en los Estado Unidos y en Nueva Zelanda la lana

también vale un peso, pero allá los gobiernos subsidian a los productores y no permiten que nadie quiebre.

La argumentación parece razonable: el hombre denuncia la lógica de la globalización que uno ha escuchado muchas veces, sobre todo por parte de los que la adoran y sostienen que las leyes del Dios Mercado son sagradas. Pero es el tono lo que me disgusta en este hombre. El muchachito lo escucha con indiferencia: se le van los ojos hacia la tele encendida, ahora clavada en una película de acción de los años sesenta. Sandra se aparta de ellos y nos vuelve a llenar nuestros vasos con el modesto «Toro Viejo» mientras el hombre eleva la voz para que, obviamente, lo escuchemos:

-No hay nada que hacerle, los militares fueron lo único bueno, lo mejor que tuvo la Patagonia. Cuando volvieron los políticos, en este país se echó todo a perder.

Ya conozco ese tipo de argumentaciones: hace unos días en El Calafate escuché a dos suboficiales del Escuadrón 42 de Gendarmería Nacional, que una tarde mateaban casualmente en la puerta del hotel. Comentaron que hay unos doscientos hombres en los seis destacamentos de frontera y que «la institución se está preparando para ser el cuerpo antimotines y antidisturbios del gobierno, porque -dijo uno- nosotros estamos ahora mucho mejor preparados que cualquier policía, incluso la Federal». Y no es que uno sea obvio, ni que se tengan prejuicios hacia instituciones armadas que en otros sentidos han hecho y hacen labores extraordinarias (de hecho GN está en los Parques Nacionales y ayuda en la preservación de la naturaleza; y muchos de sus hombres desarrollan abnegadas tareas en la frontera) pero es que es evidente que la ideología más podrida todavía los enferma, a tres lustras de vida democrática.

El viejo gaucho sigue hablando de lanas y ovejas, exportaciones y subsidios, y enseguida es obvio que estamos ante otro típico ejemplar de fascista resentido. Es la patria estanciera que apostó a la globalización y luego la globalización le pasó por encima.

-Pero un día los militares van que volver a poner orden -se ilusiona en voz alta- porque esto no puede seguir así por mucho tiempo...

Nosotros hemos abandonado nuestras lecturas y hacemos como que miramos la tele, esforzándonos para no caer en la provocación. Pero al ratito nomás el viejo gaucho ya está elogiando a Hitler. Y no es metáfora:

-Hitler levantó Alemania de las ruinas -casi grita- y la convirtió en una potencia.

Abrumado por su cretinismo, y por mi pacifismo irreductible, opto por retirarme del salón, asqueado, cuando el tipo ya se lanza a contar la historia de su abuelo y su padre alemanes, y su tío que murió en la guerra y su hermano y la madre que lo parió. Es inútil argumentar, con esa gente.

Afuera miro el cielo más impresionante que he visto en mi vida: la Vía Láctea parece un pincelazo de pintura blanca estampado en el cielo. Digiero la rabia que siento y medito acerca de esta Patagonia inmensa y vacía que alguna vez fue rebelde, como fue trágica, pero a la que pareciera que le han quitado las ideas, la confianza, la voluntad. Es incomprensible tanta desidia y abandono, tanta resignación y tanta frase reaccionaria dando vueltas por ahí. Y es toda una paradoja que en otros tiempos el Ejército haya sido la avanzada del progreso en estas regiones, así como fue también motor del genocidio. Fueron pioneros, centinelas, custodios, abrieron surcos y hasta investigaron, pero también sirvieron para desplazar y aniquilar a los habitantes autóctonos, los indios, y para instaurar feudos gigantescos que no sirvieron ni sirven absolutamente para nada. Y después empezó a hacerse carne en ellos la podredumbre ideológica del fascismo y les arruinó la cabeza a dos o tres generaciones, y a todos nos arruinó el país.

Pienso que sin dudas podría incluir un personaje como este desgraciado en mi novela, pero a la vez me digo que el sujeto es tan obviamente cretino y despreciable que será mucho mejor cuidarme de no hacerlo. Pienso también que todo lo que haré es simplemente escribir esta crónica, que acaso debería titular como la del último nazi de la Patagonia. Pero enseguida me corrijo:

en la Argentina, por desdicha, parecen ser una especie inextinguible; entre nosotros el último nazi siempre es sólo el penúltimo.

El sueño angustioso de Canetti

Era un caballo magnífico que pasaba por el medio de la calle. Sin montura, salvaje o desenfrenado, impactaba su trote marcial, brioso, todo energía y poder.

El escritor lo miraba, fascinado y perplejo, desde su ventana. Lo evaluaba con preocupación, porque era una fuerza desbocada, en apariencia incontenible, una especie de loca marea de músculos y aceros que salpicaba de chispas el pavimento, que después de la lluvia brillaba como inundado de minúsculas estrellas.

La preocupación que sentía estaba relacionada con la idea de la devastación que toda fuerza desbordada implica, pensaba el escritor en la ventana. Ese caballo desatado y sin destino, esas chispas, ese fuego interno, intenso, calcinante, no autorizaban la ironía ni alentaban intentos poéticos. Lo que se desplazaba ante sus ojos, capaz incluso de una belleza fría, metálica, era esa fuerza que llamamos bruta, siempre fascinante pero ominosa y letal.

Aquella mañana de 1939 Elías Canetti se despertó con la boca seca y una odiosa ansiedad que le inundaba el alma. Un rato después, cuando lo llamaron para avisarle que los tanques alemanes habían cruzado la frontera polaca, hizo lo único que podía hacer para intentar el imposible sosiego de esa angustia perfecta que sentía: se puso a escribir.

23

RECORDANDO A TÍO BOB

Por la mañana, cuando el sol despunta sobre las piedras húmedas -ha caído una helada, en pleno verano- me levanto temprano y tomo mates junto al tambor de petróleo devenido estufa en el salón. No deja de ser una delicia después de la noche helada que pasamos. Del otro lado del ventanal sopló toda la noche un viento antártico como el que habrá enloquecido a Amundsen y a Scott. Lo que debe ser esto en invierno. No quiero ni pensarlo.

Sandra y su madre trabajan en las labores matutinas de limpieza, y Fernando aún descansa. La Patagonia inmensa está ahí, del otro lado del vidrio mojado por la condensación de la humedad ambiente. Miro el cerro que subimos ayer, a la izquierda, y más acá el Unimog y los perros. Al otro lado, la absurda carretera vacía. Uno puede estar varias horas mirando ese camino y nada ni nadie pasará por ahí. De hecho, cualquier vehículo que aparezca lo más probable es que haga una escala en «Las Horquetas», aunque sea para comprobar que hay todavía seres humanos en la Tierra. Ha de ser por eso que los gobiernos se suceden pero ninguno pavimenta la ruta 40, que en muchos tramos ya tiene trabajos de asentamiento y demarcación.

Me cuesta tomar la decisión de mantener a Clelia y Victorio lejos de esta carretera impresionante. Ellos no podrán hacer el camino de regreso que recorreremos Fernando y yo. Todavía no sé cómo terminarán, pero no los veo regresando. Además, en la novela el curso de la acción debe seguir siempre hacia el sur. Al contrario de nosotros, de El Calafate ellos deben tomar la 40 pero en rumbo opuesto: hacia Río Turbio, que es donde empieza -o donde acaba- esta carretera

que es como el espinazo de la Argentina. Y de ahí en adelante quién sabe adónde vayan. Yo todavía no lo sé. Lo que sí sé es que, aunque pueda sonar absurdo, me deprime esta separación.

Aunque quizá podría escribir la novela en primera persona y el cambio de voz narrativa me permitiría, por ejemplo, que Victorio evocara otro viaje patagónico durante el cual habría recorrido toda la ruta 40. La traslación de voz incluso podría tener otras ventajas: el fluir del pensamiento, el análisis especulativo interior de cada uno de los personajes -por lo menos de Clelia y Victorio- les otorgaría a sus perfiles una dimensión más profunda, seguramente más rica. Porque soy consciente de que la novela, tal como la vengo resolviendo, es un texto de acción pura. Los personajes, en estas novelas, se mueven como marionetas cuyos hilos maneja el narrador en tercera persona. Es un modo clásico que no tiene nada de malo, desde luego. La novela moderna empieza así, con el *Quijote* de Cervantes. Y en el siglo XX hubo centenares de grandes novelas en tercera persona; sin ir muy lejos fueron maestros de ella Hemingway y nuestro Soriano.

Pero es siempre difícil establecer cuál es el mejor tono para cada texto. El año pasado Fernando Vallejo, el agudo narrador colombiano, se pasó toda una gira que hicimos por Holanda y Bélgica junto con otros colegas, despotricando contra las novelas en tercera persona. Vallejo sostiene -en su estilo siempre provocador- que «la novela en tercera persona ha muerto». Pero aun si yo eligiera la primera persona para esta novela, tendría que decidir la de quién. ¿Narra Victorio? ¿Narra Clelia? ¿O ambos, y en contrapunto? Sí, quizá debería probar las dos primeras personas, para que ninguna anule a la otra. Pero la épica del texto, digamos, la acción se me complicaría mucho... Hummm, todo un tema que aún me falta resolver...

Y pienso otra cosa que tiene que ver con la mirada un poco paradójica del viajero frecuente, como soy yo, que involuntariamente acaba por ser una especie de corrector de los viajes. Esto tiene que ver con la propia vida de cada uno, desde luego, pero me parece que el viajero consuetudinario, lo quiera o no, termina por re escribir no sólo la memoria de sus viajes sino el paisaje mismo que ha recorrido. A uno se le llenan los ojos de gente, y los encuentros y descubrimientos otorgan una dimensión única, preciosa, a los viajes. Uno se llena de anécdotas que no sabe si contará luego, pero la memoria del viaje será más poderosa y más nítida por el recuerdo de las gentes que por los paisajes contemplados. De hecho descubro, en este instante, que tenía olvidada la primera vez que alguien me incitó a conocer la Patagonia. Curiosamente fue durante otro viaje, hace muchos años, cuando conocí al Tío Bob.

Era la primera vez que yo iba a Nueva York. Terminaban los años setenta y con un amigo que estaba exiliado en Suecia -el Polaco Szmule- habíamos planeado encontramos allí porque Nueva York equidistaba entre Estocolmo y México. Llegamos casi juntos, nos alojamos en un hotel más o menos decente aunque de precio poco razonable (en Manhattan sólo hay hoteles carísimos o pocilgas inhabitables) y la primera mañana salimos a pasear, contentos como primos que van a jugar en el parque. Caminábamos alegremente por la Séptima Avenida, recordando viejos tiempos, amigos comunes y nostalgias de la patria, cuando en la esquina de la calle Cuarenta y seis el Polaco de pronto miró hacia la Sexta, me dio un codazo en las costillas y dijo mirando para arriba: «Oia, mirá eso.» Y yo miré, y «eso» era una enorme bandera roja que caía desde la ventana del tercer piso con la leyenda: «Giardinelli Band Company.» No lo podía creer, porque me crié convencido de que no teníamos parientes en el mundo. Por no sé qué tragedias familiares (la pobreza extrema en los Abruzzos, el analfabetismo de los abuelos inmigrantes, la Primera Guerra Mundial) fui criado en la seguridad de que no teníamos parientes salvo unos pocos tíos en la provincia de Buenos Aires. «Ni siquiera en Italia deben quedar», escuchaba yo, de niño, a mi papá y mis tías. Y a la muerte de papá, cuando yo era todavía un niño, todas las mujeres de la familia me endosaron la pesada carga de ser el último portador del apellido, significara eso lo que significare. De modo que esa bandera me dejó patitieso.

Enseguida me dije que, en primer lugar, nadie en el mundo iba a gastarme semejante broma. Y en segundo lugar, comprendí que no tenía por qué ser tan soberbio como para creer que nosotros éramos los únicos portadores de un apellido en todo el mundo.

Pero la bandera colgaba, enorme y lánguida, y completamente irresistible, de un mástil elevado hacia el cielo en ángulo de 45 grados. Era un edificio como los de las películas de Woody Allen, de arquitectura típicamente neoyorquina de fines del XIX o principios del XX: ladrillos rojos ennegrecidos de hollín, ventanas de dobles hojas superpuestas en movimiento vertical, siete u ocho plantas que remataban en una especie de sencillo almenar. Hacia allá fuimos y en la planta baja supimos enseguida que se trataba de un edificio dedicado a la música: todos los pisos y oficinas estaban ocupados por empresas de fabricación, venta, afinación o reparación de todo tipo de instrumentos. El negocio más grande era el que anunciaba la bandera: una fábrica de boquillas para instrumentos de viento.

Cuando salimos del elevador, me sentí en una especie de País de las Maravillas: tras la apariencia de una vieja ferretería de pueblo, esa gente que llevaba mi apellido se había especializado en fabricar y vender embocaduras para trombones, cornos, trompetas, tubas, oboes, clarinetes, fagotes, flautas y qué sé yo qué más. Allí estaban las embocaduras de todos los vientos de maderas finas o de bronce, de plata y de plástico, de baquelita y hasta de oro. Allí se exhibían todas las boquillas que uno pudiera imaginar: los modelos más sencillos y los más estrambóticos se lucían en vitrinas, mesas, cajas, cajitas y cajones. El lugar era una especie de tienda antigua, como un almacén de ramos generales pero tan específico que acababa siendo un almacén de ramo concreto, digamos: sea lo que sea que usted toque soplando con la boca, aquí lo encontrará.

En las paredes había una infinita galería de fotografías -la gran mayoría en blanco y negro- de músicos y orquestas famosos: allí estaban Louis Armstrong y John Coltrane, Glenn Miller y Benny Goodman, Artie Shaw y la Filarmónica de Nueva York, Harry James y un cuarteto de trombones que yo desconocía, Dizzie Gillespie o Miles Davis y una sucesión de grandes directores de orquestas como Herbert van Karajan y Eugene Ormandy, Gerry Mulligan y Stan Getz y no sé, había decenas de virtuosos, ejecutantes de todos los géneros y estilos, personas de piel de todos los colores y los más diversos tipos de ojos, gentes con sonrisas y con ceños fruncidos, capturados por las cámaras tocando sus instrumentos o posando, en fin, eso era una galería magnífica, como un museo del jazz pero también de la buena música universal. Y lo más impresionante para mí, cuando me puse a recorrer las fotografías como quien recorre una exposición de Chagall o de Van Gogh, o sea repletas de piezas que parece que se repiten pero que en realidad nunca se repiten, lo que me dejó más asombrado fue que todas esas fotografías, todas, estaban autografiadas y las dedicatorias hablaban, unánimes, de su agradecimiento a Robert Giardinelli.

Entonces el Polaco me dio otro codazo:

-No podés irte. No podés no preguntar por ese hombre.

Me dirigí a una de las muchachas que atendía el negocio que en ese momento estaba bastante concurrido: una docena de músicos hacía consultas o llevaba o retiraba instrumentos.

Le dije que quería hablar con Mister Giardinelli. Me preguntó de parte de quién y cuando le respondí sonrió como si yo hubiera pronunciado un buen chiste.

Pero el hombre apareció enseguida. Abrió la puerta de su despacho y supe que era él en el acto, porque era idéntico a mi papá: los mismos ojos celestes, la misma calvicie y la misma sonrisa preciosa que yo he recordado siempre de mi padre.

La mandíbula se me cayó como hasta las rodillas y abrí tanto mis ojos miopes que, debajo de los lentes, deben haber parecido un dos de oro estampado sobre mi nariz. El hombre era muy alto y tenía un manejo muy suelto de su cuerpo y de las situaciones. Se veía que era lo que se dice un hombre de mundo, un tipo con mucho kilometraje recorrido, de trato fácil y agradable y un magnetismo natural. Debía tener unos setenta años, pero se lo veía en excelente estado. Canoso en los pocos pelos que le quedaban en la nuca y sobre las orejas, su cara delataba que había sido boxeador (luego supe que había sido profesional de peso semicompleto). Hablaba un inglés con acento claramente italiano, como un cocoliche gringo igualmente simpático.

Dos horas después estábamos comiendo *pastasciu'tta* en un restaurante italiano que había enfrente, sobre la Cuarenta y seis, y que se llamaba «La Strada» y donde lo recibieron como a un

magnate petrolero. Él me presentó al maître y a los meseros como «un sobrino que vino de Sudamérica». A esa altura yo ya lo llamaba Tío Bob y el Polaco se excusó de comer con nosotros confesándome que la situación le producía una envidia insoportable y que se iría al hotel a consultar la guía, a ver si encontraba algún pariente.

Después del postre y mientras tomaba un café con licor de Sambucca, el Tío Bob me preguntó si yo vivía, acaso, en la Patagonia. Le dije que no y le hablé del tamaño de la Argentina, de lo lejos que están el Chaco y Buenos Aires de la Patagonia, de la situación política imperante entonces en mi país, del exilio y de mi vida en México. Él me escuchó atenta, educadamente, pero yo me fui dando cuenta de que no le interesaban mucho esas circunstancias, porque a cada rato volvía sobre la palabra mágica: Patagonia. ¿Qué tan lejos quedaba exactamente, como para no haber ido jamás? ¿Cómo eran aquellos paisajes y qué me parecía a mí un desierto de tal magnitud donde antes, millones de años antes, habían habido bosques maravillosos? ¿Cómo era Ushuaia? ¿Lo acompañaría yo hasta los glaciares del extremo sur si él iba a la Argentina? ¿Había buenas carreteras para viajar por tierra, se podía ir por mar o en tren? ¿Se conseguirían caballos, había hoteles, era posible esquiar sobre aquellos lagos helados, se comían buenas pastas en la Patagonia?

Yo no tenía todas las respuestas para su curiosidad, y tampoco sé si para este libro interesa contar más del Tío Bob, pero diré que era siciliano y había sido criado en un orfanato de Catania, donde aprendió el oficio de hojalatero y empezó a arreglar instrumentos de viento. Huyó del fascismo justo antes de la guerra y a comienzos del año 40 llegó a los Estados Unidos. Se enroló en el ejército aliado y combatió en Europa, en varios frentes, hasta el año 44, cuando con el grado de sargento un bazukazo alemán lo devolvió, herido, a Nueva York. Desde el 46 manejaba esa fábrica que -decía él- «modestamente tiene un stock de bronces, platinos, caños y maderas valuado en unos 4.000.000 de dólares», cifra que él pronunciaba como cualquiera de nosotros diría 500 pesos pero con inocultable orgullo. El Tío Bob había alcanzado el sueño americano: era ahora un hombre de negocios respetado, tenía un piso sensacional en Surtan Place (que es uno de los barrios más elegantes de Manhattan) y por supuesto era contribuyente del Partido Republicano y admirador de Ronald Reagan. Su orgullo máximo, sin embargo, era haber fabricado la embocadura de todas las trompetas que Satchmo tocó desde los cuarenta hasta su muerte, lo que los había llevado a una amistad muy estrecha a partir de la vez que Armstrong lo llamó desde Tokio y le dijo: «Bob, necesito tres boquillas para el concierto de mañana» y Bob hizo malabarismos para fabricadas en un par de horas y llevarlas en un DC-6 de la Panagra que aterrizó en Tokio al día siguiente, justo una hora antes del concierto. De allí fueron a Corea y las Filipinas, y anduvieron un mes de gira. Además, su fábrica abastecía a casi todas las grandes orquestas de jazz (Count Basie y Duke Ellington eran sus clientes y amigos) y a las sinfónicas de toda Europa, la Unión Soviética y el entonces llamado mundo socialista, en fin, como en sesenta países había músicos que solaban músicas maravillosas en las embocaduras que fabricaba este hombre.

Durante años nos mantuvimos en contacto. Lo visité puntualmente cada vez que fui a Nueva York, y siempre terminábamos cenando pastas y bebiendo Chiantis en los mejores restaurantes italianos. A veces, mientras bebíamos Martinis de precalentamiento en el suntuoso piso de Sutton Place, él me mostraba libros de fotografías de la Patagonia, informes y artículos del *National Geographic*, y hasta postales que solía pedir a cuanto viajero a la Argentina conocía, algunos de ellos saxofonistas reconocidos como Mulligan, Stan Getz o el Gato Barbieri. Y como él siempre insistía en preguntarme sobre la Patagonia, más de una vez yo me sentí avergonzado de mi ignorancia acerca de esa otra mitad de mi país. Pero lo que me impresionaba no era tanto que el Tío Bob supiera de la Patagonia más que yo, sino la misma etiología, el origen de su curiosidad. Me lo dijo la última vez que nos vimos. Cenábamos en una bodega de la calle Cincuenta y dos y cuando le pregunté por qué insistía con la Patagonia, ésta fue su respuesta:

-En la guerra yo maté -dijo, bajando la voz como si la confesión exigiera, como en efecto exigía, silencio y recato-. No sé a cuántos alemanes, porque cuando se dispara, en una batalla, no hay tiempo de precisar aciertos y yerros. Pero una vez vi perfectamente cuando una de mis balas

abatía a un alemán parapetado detrás de un muro. Eso fue en Lisieux, después del desembarco en Normandía. Yo le disparé desde otro muro y me impresionó el grito de ese hombre, que no sólo caía sino que lo hacía protestando. Probablemente profirió un insulto en alemán, lengua que no hablo, pero me impresionó su tono, su rabia. Así que cuando dos o tres horas después ocupamos el pueblo e hicimos una batida para limpiar el terreno y ver si había sobrevivientes, yo me dirigí hacia ese muro. Quería ver a ese hombre que había caído protestando. Y lo encontré, por supuesto, y todavía vivía aunque tenía destrozado el pecho y se desangraba sin remedio.

El Tío Bob pidió otro café, con voz sombría, y encendió un cigarro. Fumaba Cohibas, unos habanos gordos y carísimas que por supuesto él podía pagar. Me convidó uno, que acepté sólo por acompañarlo y para calmar la ansiedad que me producía su relato.

-El alemán me miró y me preguntó, en un inglés bastante bueno, si había sido yo. Le respondí que sí, y me pidió un cigarrillo. Yo dudé porque teníamos orden de rematar a los heridos que estuviesen agonizando, pero rápidamente me dije que yo, en su situación, también hubiese pedido fumar un último tabaco. Mientras lo encendía y aspiraba todo lo profundo que sus heridas se lo permitían, el alemán dijo que le daba mucha rabia morir de manera tan estúpida. Enseguida estuvimos de acuerdo en que era idiota lo que estábamos haciendo: matamos unos a otros mientras los que dirigían la guerra dormían en las camas en las que probablemente morirían de viejos. Charlamos como viejos amigos y él me preguntó qué pensaba hacer después de la guerra. Le dije que pensaba fabricar lo que fabrico, en Nueva York. Él me dijo que le hubiera gustado conocer la Patagonia. Le habían contado que allá hay paz, ovejas, cielos inmensos, viento, mar y hielos perfectos y hermosos. Se había jurado que cuando terminara la guerra, si sobrevivía, ya no querría vivir en Europa ni con mucha gente alrededor. Entonces me pidió que si un día yo iba a la Patagonia, me acordase de él. Por favor, repitió un par de veces, por favor, y se murió con el cigarrillo encendido entre los dedos. No alcanzó siquiera a decirme su nombre, pero me dejó un encargo para toda la vida. Enseguida un teniente me preguntó si había novedades tras ese muro. Le dije que no, ninguna novedad, y entonces me ordenó volver con mi batallón... Nunca he contado esto -terminó el Tío Bob- y tampoco he ido jamás a la Patagonia. Pero un día lo haré y tú vendrás conmigo, ¿verdad?

Le dije que por supuesto y cambiamos de tema. Después nos despedimos y ya no volví a verlo. Falleció a comienzos del 93. Y lo supe por una carta que me envió, meses después, Tía Rose, su esposa de toda la vida. Lamentablemente, murió sin cumplir su deseo de ir a la Patagonia y tampoco llegamos a saber fehacientemente si éramos o no parientes de sangre. Calmo y agradable, una vez me había dicho, con su mejor sonrisa, que no podía saberlo, del mismo modo que no sabía cómo había llegado a aquel orfanato de Catania donde alguien lo dejó una noche solamente con lo puesto y un cartel que le daba un nombre y un apellido. Pero los dos supimos, siempre, que éramos parientes y que algo más profundo y verdadero nos unía. Su parecido con mi padre era demasiado fuerte para mí, y yo conjeturo que quizá él me vio alguna vez parecido al hijo que no tuvo.

De vez en cuando visito a Tía Rose en su piso de Sutton Place. Comemos pastas en algún restaurante italiano de Manhattan y, por supuesto, siempre hablamos del Tío Bob y de cuánto lo quisimos.

Cuando no se lo encuentra
cuando se lo busca y resulta esquivo
cuando se lo tiene y huye
o sencillamente se va, como un pájaro de la rama,
el corazón es un país vacío, tierra arrasada.
El amor -digo- es sólo palabra que nombra a quien no volverás a ver.

24

LA MARAVILLA EN EL CENTRO DE LA NADA

Es todavía la mañana temprano cuando nos despedimos de Sandra y retomamos la mítica ruta 40. Piedra sobre piedra -como se levantan las civilizaciones- aquí piedra sobre piedra es apenas el zarandeo de un cochecito rojo sangre cruzando la nada-nada. O mejor: el centro exacto de la nada. Porque los pueblos más cercanos de este sitio inusitado están, uno 300 kilómetros al sur y el otro 300 al norte. Hacia el este queda la infranqueable cordillera y al oeste está el mar, pero como a 500 kilómetros. Esto es el mero centro geográfico de la Patagonia y aquí la única referencia se llama Bajo Caracoles, un caserío alrededor de un surtidor naftero.

Lo pasamos de largo y llevamos ya 40 kilómetros de piedra y piedra. Es ésta una pampa infinita en trazo grueso. La sucesión de mesetas parece que llevara consigo, arrastrándolo, al horizonte. Ni que para ellas fuera un horizonte portátil. Las mesetas resultan todas la misma meseta y a su vez cada una es la que es. Esparcidas sobre la superficie patagónica como alfombras colosales, se imponen en mis pensamientos. Los condicionan.

En la vastísima «nadedad» es imposible no advertir que la riqueza de la Patagonia, en los albores del siglo XXI, ya no es industrial ni petrolera, ni ganadera ni portuaria, sino turística. Santa Cruz es una provincia enorme, casi exactamente igual de grande que toda la Gran Bretaña, pero con menos de 200.000 habitantes, dispersos e incomunicados. Y el turismo que recibe, aunque es todavía minúsculo, tiene posibilidades infinitas como es infinito lo que se podría hacer aquí. De hecho es un territorio mucho más rico que lo que suele pensarse. Tiene mar y montañas, tiene arena y tiene nieve, tiene lagos y desierto, glaciares y pampas, una fauna exótica y única tanto en la tierra como en el mar. Por ahora sólo vienen europeos discretos y silenciosos, admiradores de la inmensidad vacía y más bien cultores del recato. Pero un día vendrán los americanos del Norte y esto será un carnaval de dólares. Habría que prepararse para recibir la riqueza que ellos son capaces de derramar. Y también para controlar los desastres que inexorablemente provocan.

Como siempre, conduzco divagando. No avanzamos más que a 15 o 20 kilómetros por hora. El pedrería es impresionante. Ni polvo hay: todo es piedras de tamaños variadísimas. Sobre el camino -que no merece llamarse ni ruta ni carretera, porque es sólo un trazado ancho con más piedras amontonadas a los costados- juzgamos que la piedra promedio ha de tener unos 5 centímetros de diámetro. Ni caminar se podría, y sin embargo el Coloradito Pérez, heroicamente sube y baja, salta y corcovea, avanza y regula, una maravilla de comportamiento que no deja de asombrarnos. La marcha lenta me permite contemplar el paisaje mientras manejo: veo a lo lejos un cerro enorme, como un mesetón que sobresale, escarpado, sobre el paisaje repetido. Fernando mira el mapa y dice que ése debe ser el Cerro Chato. La parsimonia de la marcha desencadena también mis especulaciones literarias. Me encantaría incluir una vez más al Bar «La Estrella» como escenario de una historia, pero no veo cómo hacerla. Es verdad que al viejo bar lo han transformado y le cambiaron hasta el nombre, que fue como quebrarle la identidad. Hoy es un café como cualquiera, sin magia, que pretende ser original porque aún mantiene las paredes con los ladrillos a la vista, pero ya no tiene carácter. Lo han vaciado de contenido como a tantos cafés y bares míticos de la Argentina. De todas las ciudades. Y eso no tiene remedio. Salvo para la literatura. Porque sólo la literatura puede recuperarlos.

Pero no encuentro el modo de que Clelia y Victorio vuelvan allí: ahora huyen por la Patagonia y eso es lo único cierto. No caben aquí ni Rafa ni Cardozo y quizá por eso -ahora lo descubro-

he escogido la tercera persona. No lo tengo a Cardozo para que narre. De pronto me gusta esta idea: Cardozo es ahora un narrador sin laburo, un desocupado más de la Argentina. Lo imagino deprimido por ahí, cincuentón ya y peinando canas, buscando una novela en la cual trabajar, como Ralph Endicott en *La muerte viaja en una Olivetti*, el memorable cuento de Miguel Ángel Molfino. Aunque sea en un cuento, un trabajito cualquier, rezonga para sí. Pero no lo encuentra y mientras tanto espera, toma cafés en la vereda de «La Estrella», bajo la sombra de los paraísos, y piensa que su vida ha sido inútil, que es lo que piensan los des empleados. Lo estoy escuchando: «Estamos en pleno siglo XXI, carajo, y nada cambia o cambia para peor, Rafa, diga si no...»

La anarquía puede ser discutible políticamente, pero es un concepto artístico excepcional. Tiene posibilidades infinitas, es siempre inesperada y multidireccional, como las esquirlas de una granada -dice el hombre, que se parece tanto a Rafa, y acaba el whisky y deja el vaso sobre la mesa para instantáneamente beber un poquito de soda del vaso más grande.

Están en un bodegón de las afueras de Río Turbio. Han llegado casi al caer de las nueve de la noche pero todavía el día es claro. Más correcto sería hablar de las segundas nueve del día, entonces. A Victorio le parece increíble estar allí sentados, con estos tipos a los que conocieron entre Monte Chico y Cancha Carrera cuando el cochecito se les descompuso y de un camión bajaron a ayudarlas. Solidarios, los patagónicos: saben que quedar varado en un camino bien puede significar la muerte. Y no es metáfora.

-Mi viejo nunca simpatizó con los anarquistas -dice el que es parecido a Rafa. Habla con voz suave, fuma calmosamente-. En mi casa se los desdeñó siempre. Mi abuelo contaba que cuando en Buenos Aires se empezó a hablar de que se preparaba un golpe contra el Presidente Yrigoyen, en la navidad del 29, se produjo el primer atentado contra su vida: el coche en que viajaba fue baleado por un anarquista, un italiano que se llamaba Gualtiero Marinelli. La custodia del Presidente mató al tipo, pero mi abuelo interpretó el aviso: no serían los anarcos los que derrocaran al Presidente, pero sí los que contribuyeran a la caída de la democracia.

-Décadas después -dice el otro, que toma un mate cada tanto y ahora enciende un cigarrillo-, tampoco son los anarcos los que echan a perder este país, sino los narcos. Todos sonríen, melancólica, irónicamente.

-En enero de 1931, después de un tiroteo fenomenal en pleno centro de Buenos Aires, fue detenido Severino Di Giovanni. Desde hacía cinco años era uno de los personajes más impresionantes de este país. Un anarco-terrorista al que mi viejo odiaba desde que en junio del año 25 encabezara una provocación en el teatro Colón, donde se festejaba el vigésimo quinto aniversario no sé si de la coronación o la visita del Rey de Italia, Víctor Manuel III.

Di Giovanni y su gente fueron a insultar al embajador, a las autoridades y a los burgueses, y la celebración terminó a las trompadas y con intervención policial. A partir de ese episodio, Di Giovanni fue noticia en los diarios durante varios años: todo el mundo hablaba de él y muchos lo consideraban un héroe romántico, un Robin Hood, otro Garibaldi. Había llegado en 1922. Trabajó como tipógrafo en una imprenta, en Marón. Después editó un periódico llamado Cúlmine con el que se hizo famoso como luchador social, aunque muchos decían que era un individualista. Se llamaba a sí mismo «expropiador» y fueron terribles las cosas que hizo: el año 27 asaltó con bombas el City Bank, y después el Consulado Italiano. Eran ataques feroces, verdaderas carnicerías. En el 30 asaltó el Banco de Avellaneda, enseguida la compañía de ómnibus La Central, y después un camión de Obras Sanitarias; en este asalto mataron al pagador de los sueldos y al chofer.

-Impresionante -dice Clelia, que escucha fascinada.

-Con todo respeto, esta chica parece Bayer -le dice un flaco al que parece Rafa. Todos sonríen. Admiran a Osvaldo Bayer, un hombre apasionado y duro que dedicó toda su vida a la anarquía y la Patagonia.

-Era terrible, esa banda -sigue el que parece Rafa- y mi viejo decía que había sido educado creyéndolo un paradigma de la violencia. Su segundo era otro anarquista que también fue muy famoso: Paulino Scarfó. Di Giovanni tenía una amante, una mina con fama de brava y cuya hermana era amante de Scarfó. Flor de cuarteto.

-Esa chica se llamaba América -dice Clelia-. América Scarfó. Hace poco leí una novela sobre ella.

-En la banda eran casi todos italianos: Mario Cortucci, Giuseppe Nutti, Malvicini, Pombo, Lanciotti, Astolfi... Todos portaban apellidos tanos y pistolas calibre .45, que en ese entonces no tenía ni la policía, y también ametralladoras. Eran expertos en bombas y sabotajes. En enero de 1931 detuvieron a Di Giovanni en Sarmiento y Callao luego de un tiroteo en el que murieron un policía y una nena que andaba por ahí con su mamá...

Como en una novela de Kafka, las cosas suceden inexplicablemente y apenas se justifican - si es que eso ocurre por el mero suceder. Nosotros, los lectores, vamos sumergiéndonos en la trama entre azorados y suspicaces. Hay allí un hombre que no sé si es o no es Rafa, pero se le parece muchísimo. Sí, es él. Habla con el peso de su autoridad y el alucinante atractivo que son los múltiples anillos que usa en las manos. Ha regresado de una larga temporada en México. Se fue después del episodio de los hipopótamos, por supuesto, y allá permaneció durante varios, imprecisables años. Ahora noto que demasiados. Todos estamos más viejos ahora, y aunque él sigue hablando con su estilo arrogante, siempre elíptico y de crueles ironías, la verdad es que se le notan los años.

Un cartel nos indica que estamos cerca del paraje llamado «Cueva de las manos», que pronto descubriremos que es un nombre mediocre y sobre todo falso para la maravilla que hay allí. Y que -luego nos enteramos- es el mayor yacimiento de arte rupestre del país y ya ha sido declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Pero decir que «estamos cerca» no es más que una convención. Porque si la ruta 40 es en general una carretera desastrosa, peor es este sendero (que pomposamente tiene el nombre de ruta 97) que nos desvía unos 50 kilómetros hacia el nordeste y al final del cual está ese lugar asombroso donde hay centenares de manos y figuras pintadas en la roca por quienes habitaron estas tierras hace miles de años.

Se trata de un impresionante cañón de unos 300 a 400 metros de profundidad. Una quebradura que habrá hecho Dios un día que estaba completamente distraído, una falla en el terreno que no se ve desde ningún lado hasta que uno llega al borde mismo del cañón (que tiene entre 100 y 400 metros de ancho, de pared a pared, y que según los lugareños se extiende por unos 150 kilómetros de largo). Todo ahí abajo es de una belleza gorda, maciza, perfecta. Arriba está el desierto y abajo se despliega un largo oasis recorrido por un río suave, de playas de arenas blancas y hermosos sauces que aquí lloran, diría uno, de pura felicidad. Lo llaman el río Pinturas, seguramente porque en los paredones que miran hacia el norte hay centenares de pinturas rupestres: manos, ciervos, figuras y todas esas cosas que se pintaban en las rocas hace miles de años, no se sabe si para dejar señas de identidad, si para convocar a los animales de caza o a los dioses mismos, pues no está descartado que estos sitios hayan sido centros ceremoniales. Por supuesto, nosotros bajamos hasta el mismo río y caminamos por ese ambiente cálido, un microclima tropical completamente inesperado porque la profundidad de los cañones (lo sabe cualquiera que haya viajado al famoso Cañón de Colorado) siempre es más elevada. No podemos evitar darnos un chapuzón en el arroyo, que trae y entibia aguas quién sabe de qué deshielos.

La trepada posterior nos deja de cama, por supuesto, pero todo tiene sentido cuando se ingresa en estos páramos como lo hacemos nosotros: sin asunto. O sin otro asunto que la curiosidad, y con el ánimo dispuesto a escuchar lo que la poca gente que se ve tenga ganas de contar.

Nuevamente arriba nos sentamos, exhaustos, a hacer una especie de pícnic aunque mirando con envidia a tres paisanos que asan medio corderito. Nosotros, con gaseosas tibias y viles emparedados, ni siquiera les producimos lástima. Miro en torno y compruebo la sabiduría de la naturaleza con sus secretos: el cañón casi no se ve y la llanura, o sea la estepa, es decir la meseta gigantesca y vasta, parece tan monótona como todo ese territorio inabarcable que tiene esa única elevación dominante, el Cerro Chato, de unos 1.000 metros de altitud y cuya forma es precisamente la de un cerro cortado al ras, como si el dedo de un gigante hubiese aplastado allí una mosca milenaria. Me siento eufórico, pleno. He caminado tenazmente por montañas de regulares tamaños, andado algunos kilómetros sobre el lomo del glaciar Perito Moreno, recorrido varios bosques de lengas y ahora estoy aquí, en este lugar del mundo lejos de todo, donde no hay ni tele ni radio y el silencio resulta una bendición. Esto es apenas una arruga gigantesca sobre la piel del mundo. Nadie la puede ver. Hay que ser microbio y meterse en ella para descubrirla. Miro hacia nuestro eficaz Coloradito Pérez y sonrío: se está portando como una 4 x 4, capaz de entrar pasito a paso, lentamente y con muchísimo cuidado en cuanto huella se le ofrece en campos abandonados, arenales, senderos de guanacos, ovejas y ñandúes. Ahora mismo está montado sobre el filo del cañón y yo lo miro como el cowboy que fui de niño miraba a su caballo imaginario. Es fantástico mirar desde arriba la inmensidad.

De reojo vuelvo a observar, discretamente, a los tres hombres que comen ese cordero que no ha de ser de Dios pero seguro está quitándoles algunos pecados o malos pensamientos, quién sabe. Uno de ellos me saluda y se me acerca con un hueso a medio chupar en la mano.

-Nos mira como con envidia, paisano. ¿Gusta?

-Cómo no envidiarlo, amigo -enarbolo por un segundo mi pedazo de pan seco con salame-. Le confieso que esta porquería se muere de envidia ante el corderito...

-Entonces venga y coma. A lo mejor hasta quiere oír de lo que se habla.

-Asegún sea el tema -provoco yo, imitando su estilo coloquial.

-Nuestras vidas -dice-. Qué otro tema hay en la Patagonia.

Y como todos, se pone a contarme la suya.

-Un hombre, ingeniero y reconocido padre de familia, es asaltado cuando va en su coche. En un semáforo tres tipos lo encañonan, lo bajan y lo encierran en el baúl. Arrancan y el tipo va escuchando cómo los tres chorros asaltan tiendas, ríen, gritan, chupan, se balacean con la cana... Parecen drogados y discuten todo el tiempo si matan o no matan al tipo que está atrás, o sea a él, quien, muerto de miedo, se orina, se caga y va descendiendo uno por uno los peldaños de la humillación. Además de la dificultad para respirar, de los zarandeos y de la pérdida de toda noción del tiempo (en la oscuridad de la cajuela no puede ver su reloj) lo degrada el temor a que los persiga un patrullero y ocurra un tiroteo. El tipo es y se siente una porquería allí dentro. Hasta que al fin el coche se detiene en lo que parece un camino descampado, de tierra (él lo ha advertido por los zamarreos del auto). Después de lo que le parecen varios minutos interminables, escucha un eructo, un cuchicheo, un «bajá carajo» y se da cuenta de que los tres sujetos bajan porque es como si se aliviara el peso del coche. Escucha, aterrado, sólo dos portazos. Acaso dejaron una puerta abierta. Porque sí, bajaron los tres. Los tres. Entregado al pánico escucha ruido de armas: no se oyen pasos pero sí el ruido seco de los metales. Sus aguas interiores se le derraman nuevamente, todos los líquidos se le salen del cuerpo y el terror que siente es absoluto, completamente irracional. Se dice que va a morir pero él no quiere morir. Lo aterrera la certeza de que lo van a matar. Se dice, entonces, se jura a sí mismo que si sale de ésa se irá a otro país, a cualquier parte, cambiará su vida totalmente. Pero pasan los segundos, y los minutos, y el silencio crece como una peste en el subdesarrollo. De pronto le parece oír una voz a lo lejos. Cada vez más lejos. Empieza a preguntarse si se habrán ido. Pero no está seguro. De nada. Sólo del silencio.

El hombre calla. El silencio del cañón es más impresionante, ahora. Sólo parece venir de él un viento suave, como un leve suspiro del planeta.

-Hasta que comprendí lentamente lo que el silencio decía: que me habían dejado solo, me habían abandonado -el hombre tiene el rostro sombrío: ha pasado de la tercera a la primera persona sin darse cuenta-. Muchas horas después me rescató la policía y me humillaron aún más con todo tipo de suposiciones absurdas como que pudo ser un autosequestro. Algo increíble: para la cana un poco más y el delincuente terminaba siendo yo... Y en mi casa no sabían qué hacer conmigo: mi mujer estaba rara, pero no encendida. ¿Comprende? En el labúro yo sentía una especie de lástima generalizada hacia mí y la verdad es que ya no me interesaba nada, ninguna conversación me importaba, no había cosa ni asunto que me motivara. Yo era un muerto. Andaba todavía entre la gente, pero se me había congelado el alma. Usted dirá que eso le puede pasar a cualquiera. La diferencia está en que yo, y para siempre, ya lo sé.

Carraspea, enciende un pucho. Fernando lo mira como alucinado. Yo he dejado de masticar.

-Por eso me vine para la Patagonia -termina el tipo-. Porque éste es el único lugar del mundo donde, si uno quiere, nada tiene importancia.

Del *Libro de Doctrina y Comportamiento*, de Fray Julio Ignacio Gómez de Oro y Saavedra:

Fray Xoseba Gabilondo predica la necesidad de adaptación al mundo exterior. Yo prefiero predicar la resistencia a los adaptados. (Pág. 307.)

La cuestión del tiempo no se debiera pensar como un problema de finitud o de duración. Es su consistencia lo que importa. (Pág. 331.)

La culpa es un freno para los deseos. También puede ser estímulo, pero sobre todo es inhibición. Y aunque también sabe desatar el desenfreno, suele ser el mejor camino para el arrepentimiento. La inefable e insoportable culpa es capaz de todo eso y mucho más. (Pág. 499.)

La insolencia, cuando está acompañada de la gracia, suele ser deliciosa. Pero cuando es sólo agresividad, resulta patética. (Pág. 563.)

25

LOS ANTIGUOS: AIRE LIMPIO Y OMINOSA IMPUNIDAD

-Usted es escritor, ¿no? Ahí tiene una historia; escríbala -me dice el tipo-. Y de título póngale «La humillación del miedo» o algo por el estilo...

Le digo que sí y, ante su insistencia, casi le prometo que lo haré porque es obvio que el hombre lo necesita. Inútil explicarle que no escribo historias por encargo. No siento la pasión; es como recalentar un guiso ajeno. Pero bien sé que a la gente le encanta creer que a los escritores nos encanta que nos provean temas y argumentos. O quizá la cosa es más simple: casi toda la gente piensa que lo que les pasa merece ser contado. Es un modo de ilusionarse con que sus vidas tienen sentido.

Nos alejamos del cañón del río Pinturas, de regreso a la ruta 40. Celebramos haber tomado la decisión de visitar la «Cueva de las manos», aunque, claro, nos ha llevado casi todo el día: dos horas de ida desde la 40 y ahora otras tantas de vuelta, más la tarde que pasamos allí. Pero ahora sabemos que valió la pena. A veces los desvíos, en la Patagonia, dan lugar a gratos hallazgos. En la vida también, sí.

En cierto modo, me he pasado la vida tomando desvíos. Y mis personajes, descubro ahora, también. Ellos siempre han tenido que tomar atajos, con varia fortuna. No ha sido la voluntad la que construyó sus vidas, aunque tampoco el exclusivo azar. Han sido las circunstancias, ajenas a ellos casi siempre. Y casi siempre contra ellos. Es lo que siento que les está pasando ahora a Victorio y a Clelia: están siendo acorralados y cada vez les cuesta más encontrar apoyos, solidaridad, y sus perseguidores, como perros feroces, están cada vez más cerca de ellos. Y lo peor es que se les está acabando el territorio. Cuando llegás al final de la Patagonia es el mundo el que se te acaba.

El penúltimo tramo de la 40 es tremendo. Hasta la localidad de Perito Moreno (sí, hay mil pueblos y cosas que llevan su nombre), al norte de Santa Cruz, hay que andar todavía unos 130 kilómetros en condiciones deplorables. Nos lleva varias horas, durante las cuales manejamos un rato cada uno. Mientras cae la tarde vemos grupos de ñandúes que huyen al escucharnos, una que otra liebre, un zorro y un montón de armadillos, alguno de ellos suicidado bajo las ruedas de algún vehículo que pasó quién sabe hace cuánto tiempo. Lo demás es paisaje malo, silencio, la imponentia que ya conocemos. Evoco un párrafo de las *Aguafuertes patagónicas* de Arlt: «Este paisaje me da bronca. Ya empiezo a considerarlo como enemigo personal. Es un inaguantable latero, que siempre dice la misma cosa.»

Es cierto.

Y encima, no sé por qué, el duro camino también revive el sueño de la otra noche, cuando me habló mi padre. Es como si en el silencio de estas pampas vacías su voz resonara, todavía, inquietante y nítida: «Tengo ganas de hablar con vos...» Caray, cómo quisiera que alguien se ponga en mi cuero y me diga cómo se reacciona ante eso...

Sobre la planicie ripiosa, el Coloradito se desplaza ahora a unos 50 o 60 kilómetros por hora porque de pronto la ruta 40, por aquí, está por lo menos afirmada. Y cuando no, es posible andar por las banquetas, por donde curiosamente el terreno está más apisonado, o sea menos «se rruchado» por el viento. El mapa indica que falta poco para que lleguemos a Perito Moreno, una localidad donde según parece hay pavimento, y Fernando duerme como queriendo olvidar por un rato la monotonía, que en estos parajes es algo sólido y concreto, una dama olvidable. Hasta que de pronto, en efecto, llegamos al pavimento y se despierta y gritamos para celebrado, vivamos al Coloradito y decidimos darle descanso a nuestros riñones.

Han sido casi 1.000 kilómetros de andar entre las piedras, a los saltos, y aunque todavía nos falta un buen trecho de piedras -por lo menos otros 130 kilómetros de ruta 40- ahora nos place tomar esta carretera pavimentada, flamante: es la ruta 43, el llamado «corredor bioceánico» que cruza la Patagonia desde Coleta Olivia, en el Atlántico, hasta la cordillera de los Andes y el límite con Chile. Decidimos tomar ese camino con rumbo a Los Antiguos, una famosa villa fronteriza donde viven unas 4.000 almas que cultivan cerezas y frutillas. Enclavado en un valle cordillerano, es un pueblo rico en forestaciones, quintas y chacras verdes que después de tanta piedra dibujan para nosotros un pequeño paraíso al que da gusto entrar: una Arcadia patagónica. Se re- cuesta sobre el imponente lago Buenos Aires, que parece un mar bravío por su oleaje incesante. Es el segundo lago más grande de Sudamérica después del Titicaca y nosotros nos plantamos junto a la carretera para mirar sus aguas como Napoleón habrá mirado Alejandría durante la campaña de Egipto.

Entramos al pueblo a través de una larga avenida de álamos y jardines, nos reaprovisionamos de combustible y buscamos un hotel. Está cayendo la noche y hace frío, y estamos molidos: la ruta 40 ha sido una trituradora.

No sé por qué, pero siento de inmediato un aire extraño, como si alguna mala onda anduviera husmeando por este sitio bucólico y casi perfecto. Pero no me hago caso y ni lo comento con Fernando.

Una hora después, en el restaurante del hotelito que nos aloja ordenamos un churrasco con ensalada, y durante la espera, distraídamente, miro un afiche en la pared detrás del mostrador: es el retrato de un muchacho sonriente que tiene, debajo, dos gruesos signos de interrogación. Entonces recuerdo que en la vidriera del almacén junto a la estación de servicio, estaba el mismo cartel. Es una fotocopia que, ahora lo advierto, he visto también en alguna pared del pueblo. Pero estamos tan exhaustos que en lugar de soltar la curiosidad enseguida nos vamos a dormir. Mi sueño es mediocre, olvidable, y cuando, a la mañana siguiente voy temprano a una panadería a comprar facturas, el chico del cartel fotocopiado vuelve a llamarme la atención. Esta vez me acerco y, junto a la foto, leo la letra completa de *Sólo le pido a Dios de León Gieco*, con los versos «que la Justicia no me sea indiferente» doblemente subrayados.

Pregunto, y la historia que me refieren es brutal. El pibe se llamaba Nicolás Lorenzo Sosa y el 6 de enero del año pasado cumplió dieciocho años. Esa noche sus amigos le organizaron una celebración con la burda consigna de «hacerlo macho». Para ello siguieron las indicaciones de unos tipos más grandes, treintones, casados, gente conocida del lugar, porque en Los Antiguos todos se conocen. Liderados por los más grandes, entre ocho y diez lo mantearon, lo cubrieron de harina y lo pasearon desnudo por todo el pueblo. El rito de iniciación fue creciendo en intensidad y brutalidad: en un momento le ataron una tanza alrededor del pene y lo obligaron a caminar tironeándolo de ella. Después lo amarraron con alambres a un árbol y lo dejaron un buen rato expuesto a la fría noche. Y finalmente lo llevaron a la casa de una maestra que estaba de vacaciones, en las afueras del poblado, y allí lo pintaron con esmalte sintético de colores diversos. El pobre chico se sentía desfallecer y pedía, primero en buen tono y luego a gritos, que se acabara la tortura, porque para entonces el festejo era eso, sadismo puro. Pero el bestiario nacional, cuando se desata, no acepta límites: y como Nicolás Lorenzo Sosa -siempre con las manos atadas- lloraba y gritaba que le ardía demasiado la piel, uno de sus amigotes fue a buscar un bidón de nafta a la YPF del pueblo. Lo metieron en el baño de la casa y empezaron a rociarlo con el combustible, mientras supuestamente lo limpiaban, entre risotadas y burlas. Hasta que uno de los tipos encendió un cigarrillo y, por supuesto, Nicolás Lorenzo Sosa se prendió fuego y enseguida ardió toda la casa.

El chico salió corriendo como pudo y se revolcó entre las piedras para apagar las llamas, mientras clamaba por un auxilio que nadie le prestaba. Las bestias estaban más preocupadas por el inesperado incendio de la casa y entonces se aplicaron a apagar aquel fuego. Nicolás Lorenzo Sosa, ayudado por uno solo de sus amigos -un chico de su edad que luego se declaró horrorizado de su propia participación- llegó en horrible estado al hospital del pueblo. Eran casi las dos de la mañana cuando le avisaron a su madre, Alejandra Genovesio, una maestra jardinera muy querida en la localidad. Al amanecer una ambulancia los llevó a Pico Truncado. De ahí lo derivaron a Comodoro Rivadavia, donde agonizó durante tres días. Después lo llevaron al Instituto del Quemado, en Buenos Aires, donde falleció cuatro días más tarde, el 13 de enero de 1999.

Cuando Alejandra Genovesio regresó a Los Antiguos con el cadáver de su hijo, ninguno de los responsables mostró signo alguno de arrepentimiento. Peor aún: la mayoría de los amigos de Nicolás se borró, y el proceso que siguió ha sido -si se lo dice suavemente- cuestionable: la policía de Los Antiguos permitió que al día siguiente del incendio la casa fuera restaurada por los mismos que la quemaron, con lo que no quedaron huellas. En el sumario judicial no fueron tomados en cuenta varios testimonios fundamentales y no declararon todos los participantes de aquella noche espantosa. El testimonio del principal testigo del horror -el chico que ayudó a Nicolás- fue desestimado por ser «demasiado emotivo». El de la madre, que escuchó de labios de su hijo agonizante el relato pormenorizado de los hechos, también fue desestimado, «por el vínculo». Y todo terminó -al menos hasta ahora- en el viejo recurso canalla del Derecho Penal argentino: «falta de méritos».

El 10 de noviembre pasado, al terminar el año escolar, Matías Sosa, de doce años, hermano menor de Nicolás, siendo escolta de la bandera en su escuela debió asistir al discurso de uno de los asesinos de su hermano, quien, en nombre de la comisión de padres, disertó sobre los valores argentinos en la celebración escolar del Día de la Tradición.

El 13 de enero pasado, al cumplirse un año del brutal asesinato de Nicolás Lorenzo Sosa, luego de una misa se hizo una marcha de silencio en la plaza principal del pueblo. No hubo más de treinta personas «porque aquí todos tenemos mucho miedo y estamos demasiado solos y desprotegidos», me cuenta una amiga de Alejandra Genovesio. ¿Las razones del miedo? Varios de los protagonistas de aquel «festejo» eran y son empleados municipales. Y al parecer algunos de sus abogados serían los mismos que asesoraban a la intendencia hasta diciembre pasado. Y todos saben que uno de los cabecillas de la «broma que terminó en accidente» (talla versión oficial) es un conocido puntero político local. Se dice también que hay algún diputado provincial que se ocupó de tapar el asunto. Y que la jueza interviniente, de la ciudad de Las Heras, ni siquiera fue a Los Antiguos y no ordenó la reconstrucción del hecho. Se habla también del aparente noviazgo de la jueza con un alto funcionario del gobierno santacruceño. Me atiborran de habladurías, chismes de pueblo, especies de difícil comprobación, falta de pruebas, denuncias *sotto voce*.

Pero el miedo, ah, el miedo es legítimo, palpable.

-Mi hijo no falleció ni murió en un accidente -dice Alejandra Genovesio-. A mi hijo lo mataron. Por más que digan que no hubo intención y que la situación se les fue de las manos, yo quiero que alguien pague por su vida.

Es la Argentina de la impunidad, también en la Patagonia. Como en el famoso caso de María Soledad Morales, la estudiante catamarqueña violada y asesinada en 1990 cuya tragedia derrocó al gobierno y a una dinastía familiar cuyo poder era absoluto en esa provincia, el miedo es rey hasta que alguien empieza a resistir. Hoy son sólo treinta. Mañana serán muchos más.

-Recuerde Catamarca -le digo- y no baje los brazos. No está sola.

Me mira con sus ojos claros, aguados de llanto, infinitamente tristes.

-¿Le parece, realmente? -me interroga desde el fondo de su corazón herido.

Yo no tengo la respuesta que quisiera. La verdad es que no la tengo.

Salimos de Los Antiguos con el espíritu entre apocado y furioso. Voy a escribir un texto para el diario, sin dudas. Pero es como si fuera consciente de la inutilidad, de la derrota al ánimo que siempre significa la impunidad de los poderosos. Miro los cerezos a la vera del camino, y más allá el impresionante lago Buenos Aires. Me pregunto cómo es posible que tanta belleza contenga, en un mismo y gigantesco envase, tanta ignominia, tanto cinismo.

Conduce Fernando y, mientras veo las últimas postales que ofrece el lago, me pregunto cómo miramos los paisajes cuando viajamos, cuando somos simples y desprevenidos turistas que no alcanzan a ver, casi nunca, lo horroroso que está oculto. Y pienso en mis personajes, que son perseguidos por ese mismo tipo de gente: uniformados o no, prebendarios de la corrupción política, usufructuarios de la impunidad que se enseñoreó en la Argentina de la posdictadura. Pienso que debo retomarlos en la huida, siempre tomando atajos, desvíos; quizá atravesando estancias al sesgo y lejos de la 40 que allá en el Sur bordea la frontera con Chile; evitando cercos y pedregales; cruzando campos por las huellas del ganado, con el cochecito ya en ruinas pero todavía con el alma noble, como un caballo criollo que es capaz de dar la vida para responder al jinete. Los veo, de pronto, acercarse al mar nuevamente, disparados de Río Turbio, de Rospentek y de Bella Vista, últimos poblados de la Argentina continental que ellos cruzan como un viento, como sombras que ya no tienen destino, acosadas por gendarmes y policías. Desesperados y con frío, mal alimentados y unidos solamente por el amor que se tienen, Clelia y Victorio marchan como pegados a la frontera argentino-chilena sin encontrar un paso propicio, temerosos porque del otro lado seguramente también los estará esperando una partida de perros feroces. Y así se acercan a Río Gallegos, y cruzan el río Chico, y se meten por la horrible carretera número 1, un huellón peor que la 40. Atraviesan una ridículamente llamada «Estancia Monte Dinero» y llegan, a los tumbos, solita-

rios y vencidos, a cabo Vírgenes, el último punto atlántico del continente americano, el límite final entre el océano y el estrecho de Magallanes. Detienen el cochecito rojo junto a un acantilado sacudido milenariamente por los vientos antárticos, bajo los cuales una nutridísima colonia de pingüinos ignora por completo la tragedia que se avecina.

Fernando sacude mis pensamientos cuando declara que está tan impresionado con la historia que hemos sabido en Los Antiguos que siente deseos de llorar. Le explico, creo que vanamente, que esto es la Argentina del cambio de milenio. Me pregunta qué voy a escribir y le respondo que exactamente no lo sé.

Enciendo el ordenador, que llevo sobre mi falda, y redacto algunos apuntes. En el cruce con otros documentos, descubro un texto de hace unos años. Eran otras circunstancias y yo viajaba en el simple papel del turista ingenuo, del cronista inocente. La nostalgia, entonces, forjó un poema en prosa que me parece la contracara perfecta de este pueblo decididamente horrible. Lo leo en voz alta.

Cerezos y magnolias

Cada vez que me escribe, Lourdes deja en claro que me ama. No es un amor inocente, desde luego. Ningún amor lo es. Pero tampoco es interesado; más bien es generoso. Es un amor de amiga, que tiene algo de incestuoso también, y tiene cuota de madre, y de hembra alucinada, y de maestra de primaria, y de camarada de siestas de una ciudad tropical.

Lourdes me escribe y es como si en sus líneas llegaran, en tropel, imposibles perfumes de cerezos y magnolias. Vienen de esos árboles que veo desde mi ventana ahora que estoy aquí, en esta parte tan lejana del mundo, en este mundo tan lejano de mis partes, en estas lejanías tan parte y nunca parte de mis mundos. Los cerezos, aquí, se ponen furiosos de rubor en cada primavera. Las magnolias se aglutinan como monjitas desesperadas por ver al Papa, todas alzando las cabezas una sobre otra, de modo que parecen una procesión perfecta de blancos y maderas, de tocas y pistilos, de juramentos de niñas y rezos de madres pero madres estériles y sin embargo amorosas.

Lourdes me dice que imagina otro final para un texto que ha leído, y sugiere que le demos libertad a la imaginación. No hemos hecho otra cosa en nuestras vidas, replico, no hemos hecho más que celebrar la fantasía, abrir senderos como se abre un pedazo de pan, pavimentar caminos que llevan siempre a ningún lugar, soñar con cada llegada feliz a cada puerto improbable. En todo lo que llevamos andado en nuestras vidas no hicimos otra cosa que caminar entre cerezos y magnolias por más que allá, en nuestra sufriente región de la vida, en nuestro pequeño universo infinitesimal, en nuestro planetita junto al río, por más que allá, digo, allá no crezcan los cerezos y sean un poco exóticas las magnolias. Así pasa con la vida, querida Lourdes, sostengo, siempre nos falta algo de algo. Y nunca alcanza lo que tenemos de lo que tenemos.

MUTACIONES: EL DIABLO, LA VIRGEN Y UN FINAL DE NOVELA

Por la misma ruta 43 regresamos a Perito Moreno, cruzamos lo que nos parece una modesta y simpática ciudad, y pocos kilómetros después retornamos al espantoso ripio de la 40. Otra vez hay que andar a los tumbos. Otra vez sentir el temblequeo protestón del Coloradito porque el camino ha sido tajeado por el viento y el abandono. Otra vez desviamos por banquinas que obligan a marchar en primera velocidad, a 10 kilómetros por hora. El tedio retorna también y nuevamente sentimos que la utilidad humana allí se reduce a espantar bandadas de ñandú es o asustar guanacos, zorros, conejos y tatuses.

Un par de horas después cruzamos el límite entre las provincias de Santa Cruz y Chubut, que no es otra cosa que el paralelo 46° según los mapas y que, desde luego, no está indicado en ningún punto del camino. Luego de andar otros 30 kilómetros llegamos a Río Mayo, una población que -ya sin sorpresa para nosotros- nos recibe con su basural a cielo abierto. Las laderas y las faldas de los cerros, sobre las barracas del Batallón de Ingenieros número 9 del Ejército Argentino, están mugrientas de bolsas y plásticos esparcidos como si diez mil niños tarados se hubiesen pasado toda la mañana jugando allí: un asco, una vergüenza.

En las afueras de Río Mayo, antes de entrar al pueblo, nos detenemos en la arista de una meseta escarpada como si la hubieran cortado con un cuchillo sin filo, mellado por la corteza dura de la Tierra. Miramos al valle, que a pesar de la mugre es imponente, y allí evoco al Tío Bob, que nunca llegó a conocer la Patagonia pero amaba su misterio. Me pregunto cómo hubiera reaccionado ante este paisaje sucio, desabrido, de un gris tan honestamente feo.

Lo que Río Mayo tiene de bonito son las calles de emprolijado ripio. Fernando y yo comentamos que es curioso, pero, contrariamente a las carreteras, resulta conveniente que las calles de estos pueblos sean de ripio: no se pueden desarrollar altas velocidades en las calles, los frentistas no deben pagar impuestos elevados y se conserva el carácter pueblerino. En la estación de servicio hay un tipo de Rafaela -¡Oh, Rafaela, la ciudad que desquició los proyectos de vida tranquila de Victorio y Clelia!- que escucha nuestros comentarios y protesta porque van a pavimentar las calles adoquinadas de su ciudad, que son lo más lindo y personal que tiene. Durante un rato hablamos mal de los intendentes que con la excusa de «hacer obras» destruyen la historia y el carácter de las ciudades, y después el tipo arranca y se va, y Fernando me señala el pequeño afiche del Gaucho Gil que el rafaelino lleva en la luneta trasera.

En el bar de la estación de servicio encontramos un folleto turístico de Río Mayo. Allí, entre otras cosas, se anuncian los dos mayores acontecimientos de la población: Río Mayo tiene el Parque Eólico más grande de la Patagonia y allí se celebra anualmente la Fiesta Nacional de la Esquila. De hecho, nos interesan ambas cosas pero la desilusión nos vence en el acto: el supuesto parque eólico es un timo: en una meseta de las afueras hay cuatro molinos de viento que no funcionan. Descubrimos que la referencia está solamente en los folletos turísticos. Siento vergüenza ajena, y mucha rabia, porque si hay una energía barata y que no poluciona, y que es renovable y natural, es la que produce el viento. Que en la Patagonia sobra. Y obviamente nada sería más lógico, racional y proficiente que aprovechar la energía eólica, que aquí es un formidable regalo de la naturaleza. Pero para eso habría que empezar por proceder sin mentiras.

Un tonto de los que nunca faltan, un ignorante chovinista local, ante mi protesta intenta una explicación imposible acerca de las dificultades del terreno y del hecho de que es una tecnología aún experimental. Le digo que lo han engañado: en Alemania, desde hace por lo menos veinte años muchas ciudades se abastecen regularmente de energía eólica. Y en el sur de España, por ejemplo, al norte del estrecho de Gibraltar, entre Tarifa y Jerez de la Frontera, hay más de mil

molinos de viento que dan energía a toda la región, la que obviamente vive del turismo. Y no sólo eso: además han aprovechado para publicitar el viento y fomentar en sus playas -igualmente frías y ventosas que las de la Patagonia los campeonatos mundiales de navegación a monovela.

El asunto me fastidia tanto como la desidia general que se exime de plantar árboles o de hacer diques y embalses, en fin, de aprovechar el agua, que sí la hay en la Patagonia, y mucha, y de modificar la naturaleza en beneficio de la gente. La Patagonia no es solamente un desierto seco, como todos pensamos a priori. Casi en cualquier lugar, las bombas de agua sólo deben penetrar 8, 20 o 50 metros y encuentran agua. Y muchas veces de excelente calidad. Es más fácil sacar agua que petróleo. Y sin embargo, esto es un páramo. ¿Cómo no sentir rabia en este país maravilloso cuando tenemos ante nuestras narices semejantes contradicciones?

Y para completarla, nos informan que la festividad de la esquila fue el mes pasado...

Salimos de Río Mayo por la ruta 22, luego empalmamos con la 20 rumbo al centro de la provincia de Chubut. Nos dirigimos a Sarmiento, una preciosa ciudad ubicada en una especie de valle alto entre los dos grandes lagos del centro-sur de la provincia de Chubut: el Musters y el Coihué Huapi. La llegada a Sarmiento es muy bonita y llaman la atención los cisnes de cuello negro y los patos que navegan las tranquilas aguas del Musters (nombre, por cierto, que recuerda a un marino inglés que entre 1870 y 1871 recorrió todo el trazado de la actual ruta 40). El valle, notoriamente fértil, es una ejemplar demostración de lo que se puede hacer en la Patagonia con trabajo y esfuerzo: hay chacras bien delimitadas en las que pasta el ganado vacuno; hay excelentes alfalfares; hay huertos y cultivos diversos a la vista y por doquier abunda la caña colihue, que es una gramínea autóctona, maciza y no hueca como los bambúes tropicales, y que además tiene un ciclo romántico: florece cada cuarenta años y entonces muere.

Es también la ciudad donde vive el poeta Juan Carlos Moisés, un suave miniaturista, delicado observador de la naturaleza que ha sabido crear una obra original e inesperada. Sarmiento es un pueblo muy bonito, fundado entre 1898 y 1920 por colonizadores galeses, lituanos y bóeres, y se lo ve próspero, tranquilo y, asombrosamente, limpio. Da gusto estar allí: sus calles han sido arboladas, las aceras están barridas y la plaza central es amplia, verde y preciosa. También tiene dos o tres restaurantes que se ven muy decentes.

Pero lo que me llama la atención es que tampoco esta ciudad -de unos 7.000 habitantes- está de cara al agua, un fenómeno que es muy patagónico y para mí inexplicable. Sarmiento está muy cerca de dos preciosos lagos, pero, como sucede en casi toda la Patagonia, aquí también le dan la espalda a las aguas. Es curioso, pero no hay construcciones en las orillas, casi ninguna casa. Hemos visto decenas de pueblos más o menos vecinos a lagos o ríos, e incluso las ciudades de la costa atlántica, pero casi todos se levantan a varios kilómetros de las costas. Por alguna razón desconocida, casi no hay pueblos o ciudades en las orillas. Es un absurdo que no sé a qué obedece, pero que algunos patagónicos atribuyen a uno de los dos argumentos que siempre dan: el viento. Y es que los patagónicos siempre culpan de su indolencia al viento, y, cuando no, a las ovejas.

El primero es el causante -dicen- de que no haya árboles. Salvo en los valles, que son verdaderos oasis, la Patagonia es un páramo sin forestación alguna. De hecho no hay cultura arbórea, y da grima cuando se escucha cómo le echan la culpa de todo al viento y uno debe replicarles que igualo más viento que acá hay en el hemisferio norte, y sin embargo allá se cuentan por centenares los pueblos y hasta grandes ciudades erigidas de cara a los lagos y al viento. Ahí están Chicago, Seattle o Toronto, por lo menos, y Estocolmo, Helsinki y Leningrado, todas ellas con millones de habitantes y grandes industrias, y todas de cara al agua y a los vientos. Da rabia, la ignorancia.

Y el curro, el engaño porque la paradoja consiste en que, en general, los bosques siguen siendo lo más valioso de la cordillera patagónica. Hay allí árboles muy viejos, centenarios, y en muchos pueblos el cuidado que tienen los habitantes y los guardiaparques de la Dirección de Parques Nacionales es conmovedor. Pero los enemigos son también muchos y el principal es el hombre, o mejor dicho la ignorancia, la bestialidad y el resentimiento de algunos hombres. Un problema generalizado en casi toda la cordillera es el de los locos incendiarios, que en realidad no son

nada locos. Denuncias reiteradas sostienen que los incendiarios suelen ser los mismos policías o bomberos. Por una razón tan sencilla como absurda: sus sueldos son de entre 300 y 400 pesos mensuales, pero pueden cobrar 70 pesos por día de apagar incendios. «Así estamos haciendo una escuela de incendiarios -acusar ecologistas a los que entrevisto más adelante en Bariloche-. Lo que habría que hacer es pagar buenos sueldos para mantener los bosques sin fuego, porque esto ya se ha convertido en una industria en la que todos obtienen ventajas: los que proveen mangueras, los que alquilan camiones hidrantes, los que laburan de bomberos voluntarios improvisados. No se puede acusar a nadie en particular, claro, pero se ha desarrollado un negocio tremendo y por eso hemos tenido como 500 incendios en el último año.»

Pero el colmo es cuando te dan la trillada explicación de que el suelo patagónico es tan árido porque las ovejas son demasiado dañinas pues cuando comen arrancan los yuyos de raíz. El argumento produciría risa si no fuera grave: se culpa de la desidia a las ovejas, que ni siquiera son tantas porque, la verdad, en toda la Patagonia debe haber menos ovejas que en Inglaterra o Nueva Zelanda, por ejemplo. Que son islas mucho más pequeñas y en las que todos los prados son de un verde precioso y además el viento es tan implacable como en Santa Cruz.

En fin, cenamos en una parrilla estupenda y nos vamos a dormir. A la mañana siguiente iremos a los Bosques Petrificados, que son la maravilla de la región.

No son los únicos de la Patagonia, pero quizá éste sea el yacimiento más importante. Dista de Sarmiento unos 35 kilómetros -de ripio, por supuesto- y allí nos recibe un guardiaparque celoso que anda con su detector de metales para que nadie se robe ni una astilla de los millones que hay esparcidas entre esos árboles magníficos que alguna vez -hace sesenta millones de años- tuvieron cien metros de altura y hoy son enormes piedras emblocadas en las sierras. Una maravilla natural que no está presentada ni señalizada -por ejemplo- como el Yosemite Park, en California, pero que de alguna manera, y para lo que es la indolencia nacional, está bastante bien cuidada. Al menos se impide la circulación en coche, se obliga al visitante a caminar un par de kilómetros y se tiene la sensación de que alguien se ha preocupado por la conservación de semejante riqueza. Lo cual se debe, nos dicen, a que en los años cincuenta los bosques petrificados fueron depredados por los ingenieros de las compañías petroleras norteamericanas que vinieron durante el gobierno de Arturo Frondizi. Se cuenta que se llevaron, junto con sus maquinarias y tambores, árboles petrificados enteros.

Pero el plato fuerte de las mutaciones contemporáneas de este valle magnífico es una historia semántica protagonizada por el coronel y cabecilla carapintada -preso desde 1990 Mohamed Alí Seineldín. Y es que en esta bonita región, a unos 30 kilómetros al oeste de Sarmiento sobre la ruta 20, desde tiempos inmemoriales existe un paraje que se llama Puerta del Diablo, y que es la entrada, de hecho, a otro yacimiento de pinturas rupestres que ha venido siendo devastado. Allí hay otras raras cuevas con manos y ciervos pintados en la roca, que por supuesto en cualquier país del mundo serían motivo de devoción y cuidado, pero que aquí han sido lugar propicio para pícnicos de camioneros, asados familiares y depredaciones varias por parte de turistas, gente de paso y diversas expresiones del bestiario nacional. De modo que, entre pañales usados, botellas de plástico vacías y latas de cerveza tiradas por doquier, hay grafitis de todo tamaño y vulgaridad en las paredes de las cuevas, que han logrado tapar casi completamente las pinturas rupestres y convertir al lugar en un chiquero. Nada hay allí, ni mucho menos señalización. Sólo basura. Sin embargo, en la entrada -las pinturas distan de la ruta 20 unos 2 kilómetros que hay que caminar por un senderito- lo que era la Puerta del Diablo se ha convertido en su antítesis por obra y gracia del susodicho coronel, conocido fundamentalista religioso que hacia 1980 o 1981, cuando estuvo destinado en el Regimiento número 25 de Infantería que tiene su sede en Sarmiento, un día tomó la patriótica decisión de cambiarle el nombre al lugar y mandó poner allí un cartel coqueta y bien pintado que dice: Puerta de la Virgen.

Un procedimiento típico de aquellos tiempos dictatoriales y de cierta idiosincracia cosmética argentina, le explico a Fernando: la historia, pisoteada; las referencias, modificadas; la basura, que no se vea; y lo único inmaculado, siempre, los altares con virgencitas.

El nombre, por supuesto, me lleva nuevamente a la novela. Es que he dejado a Clelia y Victorio en cabo Vírgenes, verdadero confín del continente americano, aunque no estoy seguro de que allí esté el mejor final para ellos. De hecho tengo en borrador un final que yo mismo no sopor-

Al final de la carretera número 1 terminan también el país y el continente. Se bajan del maltrecho cochecito rojo y como hace mucho frío se abrazan, se miran profundamente. Saben que ya no tienen salida. Han llegado hasta el fin. Sólo les queda entregarse o lanzarse al mar, donde nadar es imposible. Donde nadar viene a ser un verbo de nueva conjugación: hacer nada, caer a la nada.

Abandonan el coche sobre el acantilado y caminan contra el viento. Ya han visto, detrás, que se acercan dos camionetas. No saben si son policías o gendarmes, pero les da lo mismo. Esos perros arriba y los pingüinos debajo son toda la fauna del mundo; ninguna solidaria. Caminan, casi corren, los últimos metros y llegan, a los tumbos, solitarios y vencidos, a la punta misma del cabo Vírgenes.

Han sido arrinconados contra el fin del mundo: es el borde mismo del continente, que mira hacia el Estrecho de Magallanes. Están ahora de pie sobre un peñasco, mirando a la vez el Atlántico y el estrecho.

Se abrazan. Se miran a los ojos, se penetran con la mirada como buscándose en la profundidad del alma de cada uno. Se besan largamente y Victorio juega con su lengua en la lengua de Clelia. Ella gime, excitada, sintiendo que la gana un orgasmo maravilloso, total, que parece venirle desde el fondo del mar, desde el fondo del amor.

Victorio la sostiene y le susurra «dale, dámelo, vení, vení» y ella se viene, llorando, y en el abrazo se funden y resultan hermosos, bellísimos a pesar de lo desgredados, sucios y exhaustos, sacudidos por el viento del estrecho que los azota ahora con más fuerza, como enfurecido por lo que está por ocurrir.

Victorio se aparta unos centímetros, mientras Clelia hunde su cara en el pecho de él, y contempla el horizonte. Ve cómo frenan, a menos de doscientos metros, junto al cochecito rojo, las dos camionetas llenas de milicos.

-Clelia, mi amor...

Ella alza la mirada. Tiene los ojos de un azul más intenso que el del mar, mojados de llanto y de lluvia. Mira hacia los gendarmes que están bajando al trote de la camioneta, armados como héroes de película. Mira luego a Victorio y asiente con la cabeza.

-Sí, seguro -dice ella.

-Te amo, bebé -dice Victorio.

-Te amo, Vic -dice ella.

Y se lanzan al vacío.

ÚLTIMAS POSTALES CORDILLERANAS Y OTRO FINAL DE NOVELA

El viaje de Sarmiento a Esquel, por la pavimentada ruta 20, ofrece el misterio de recorrer legendarias tierras de los indios tehuelches. Alguna vez por allí anduvieron gambusinos buscando arenas auríferas y, desde Tecka en adelante, hay visiones preciosas de la cordillera de los Andes. El viaje exige unas cinco horas de marcha veloz, que el Coloradito agradece para otro tipo de lucimiento. Nos encanta viajar con las ventanas abiertas, a 120 kilómetros por hora, por rectas larguísimas, interminables. Es otro cruce del desierto, ahora en dirección sureste-noroeste. De hecho, emergemos de la Patagonia profunda y Esquel resulta ser lo que parece: un remanso casi perfecto, una ciudad de buen gusto, limpieza y cordialidad. Tiene unos 30.000 habitantes que al parecer viven bien, y se aprecian los barrios ordenados, las casas de material y -cosa rara en la Argentina de estos desdichados días- muy poca miseria en las calles. Aquí casi todas las casas son de piedra, como lo hemos visto ya en el municipio de Los Antiguos, de triste recuerdo para nosotros. Es una arquitectura de extraordinaria personalidad, con piedras de canto amalgamadas y blanqueadas, y aberturas de madera y vidrio. Muchas casas en esta región tienen el mismo estilo: piedra y madera, y con gusto local, lo que se combina perfectamente con el estilo alpino que seguramente trajeron los muchos alemanes que viven en este valle tan profundo y hermoso.

La llegada es impactante porque del otro lado están los Andes nevados y porque, además, a la entrada misma de la ciudad está el Regimiento número 3 de Caballería Ligera, del Ejército Argentino, con un enorme cartel de madera tallada que reza: «El 3 de Fierro.» Imagino y comento con Fernando que tal orgullo artillero ha de deberse a la participación de esta unidad en la Guerra de las Malvinas.

Nos quedamos allí todo un día. Fernando trepa por las laderas del Nahuel Pan y no sé qué otro cerro mientras yo me quedo en el hotel, escribiendo. Decidimos que al día siguiente pasaremos fugazmente por Trevelin, el famoso pueblo galés, y acaso por la presa hidroeléctrica Futaleufú. Pero hoy no, hoy cada uno a lo suyo y también a descansar. La novela me está volviendo loco, en estos días finales del viaje y por una sencilla razón: mientras nosotros vamos hacia el norte, de regreso a casa y cruzando la Patagonia más bonita -andina y turística- mis personajes andan huyendo a campo traviesa por la Patagonia feroz, la rebelde y trágica, la más fascinante, sin dudas, y yo desespero porque es como si me alejara de ellos, o ellos de mí, no lo sé, y todo por la maldita cosa de que no encuentro un final que me convenza porque -evidentemente- no quiero que sean derrotados y me resisto a que terminen arrojándose en los acantilados de cabo Vírgenes como una pareja de idiotas de Hollywood. Y además, el desdoblamiento también me afecta porque de lo único que siento deseos es de volver allá. Entonces escribo, toda la tarde y toda la noche, frenéticamente.

Alguna vez un personaje, en otro texto, se preguntó: «¿Qué extraño mecanismo hay en mí que parece que sólo puedo escribir cuando estoy de viaje y deprimido? Los viajes para mí son melancolía. En algún lugar pierdo las cosas, dejo recuerdos, pero también sé que en algún lugar siempre es posible encontrar. Mis viajes, mis fotografías que jamás saco mediante la obturación del botón de una cámara, en realidad son escritura generalmente cometida en cuartos de hoteles.»

Y como siempre, escribo para alguien. Es claro que no sabré jamás lo que piensan o sienten mis lectores ideales, pero el diálogo imaginario que he sostenido con cada uno de ellos, cada vez, ha sido sabroso y nadie me lo quita. Y aun si se trata de gente que no conozco, como la inmensa mayoría de los lectores anónimos, siempre los tengo en cuenta y por tres razones: porque indispensablemente el hecho estético requiere de la mirada y la sensibilidad del otro; porque el otro siempre te concede algo muy valioso que es su tiempo; y porque además hasta es posible que pa-

que por ello. Hay que estarle muy agradecido a los lectores. Por eso es irritante la soberbia de tanto escritor fatuo y envanecido que abunda.

Cuando Fernando vuelve, me cuenta la maravilla de visión que ha tenido desde arriba y las fotos que ha tomado; yo le leo un par de perlas más del Libro de Doctrina y Comportamiento, del fraile pionero del Chaco.

Pobres de los infelices que empiezan a escribir sus autobiografías a los treinta años (Pág. 167.)

Pobres de los que justifican sus éxitos, teorizan sus logros y ensalzan sus virtudes (Pág. 169.)

De Esquel nos dirigimos a El Bolsón. Es un viaje más breve y muy hermoso. La cordillera es esplendorosa por donde se la mire, pero mis ojos están en otro lado. Con una mezcla de pena y de culpa, siento que ya se terminó nuestro viaje. He sido siempre un transterrado y sé lo que es esto. La transterración es un concepto que vincula al ser humano en su andar itinerante sobre la tierra. Es un vocablo que tomo de memoria de un texto de Max Aub, filósofo español, republicano, que vivió su exilio en México y falleció en 1972. Para el transterrado es el piso que pisa el que va cambiando, la base de sus tentación, digamos, el lugar donde uno está parado y desde donde mira el mundo. A mí me tocó vivir una transterración forzada de casi diez años, que determinó mi existencia, la modificó y modificó también mi vida amorosa, familiar, laboral y política. Lo único inmutable fue la literatura. O mejor dicho: mi pasión literaria, que en todo caso diría que se reafirmó porque fue, acaso, se me ocurre ahora, otro modo de sustentación. Porque la literatura es una tierra propia, un territorio que uno lleva consigo. Quizá por la inmaterialidad de las ideas, por la levedad aparente de las palabras, la literatura es un imaginario territorio portátil que llevamos con nosotros como el caracol lleva su casa. Así lo he visto en mis amigos, colegas como Daniel Moyano y Tito Monterroso, como Sepúlveda, Soriano y Reina Roffé, como fueron y son tantos, centenares de escritores, vivos y muertos, que anduvieron y andan por el mundo padeciendo destierros -forzados o voluntarios, da lo mismo- y portando consigo el único ladrillo inmutable que hombres y mujeres tenemos para construir nuestra casa donde sea: la literatura.

Por eso a mí la migración ya no me desespera pero me llena de ansias. Me excita como me excitan una mujer hermosa, un poema perfecto, una puesta de sol sobre mi río, como este paisaje monumental que contemplo ahora, mientras viajo azorado y consciente de que jamás viviré aquí pero acaso podría. Escribimos emigrando, digo, escritura como movimiento y escritura *en* movimiento, que es como yo escribo. Escritura como el viaje que la literatura es. Escritura con la permanente nostalgia de allá cuando estoy acá, y de acá cuando estoy allá. Por eso en cualquier lugar del mundo mi única casa inmutable y permanente es el sitio en el que puedo colocar mi ordenador y escribir con la misma pasión de siempre, la de ahora, la de este instante.

En El Bolsón, que es una ciudad deliciosa dominada por un cerro mágico, el Piltriquitrón, viven algunos de mis amigos más queridos. El Negro Mazzini y Lucy Adler llegaron aquí en los setenta, ejemplos cabales de lo que bien se llamó el «exilio interior». Artesanos talentosos y pacíficos, trabajadores y decentes, empezaron a fabricar helados y chocolates y desarrollaron una pequeña industria local que hoy merecería figurar entre las de mejor calidad de todo el mundo. Verdaderos jipis de los setenta, pioneros de la Patagonia en los noventa, en el año 2000 conservan a la vez dos cosas muy argentinas: la nostalgia y el dolor por lo que ha pasado; y la esperanza que se sigue cimentando en el trabajo. La fiesta es volver a verlos después de muchos años. Lo malo es lo que

me cuentan otros amigos esa primera noche de las varias que permaneceremos allí: que la municipalidad está quebrada después de un largo período de corrupción y de juicios masivos contra la comuna. Que tendrían que vender 120 lotes para solventar los millones de pesos de deuda que el intendente nuevo, un joven médico de treinta y cuatro años, con buen criterio se resiste a reconocer. Que en medio de eso se dio el absurdo de que el gringo dueño del «Hard Rock Café», que vive por acá, quiso regalarle un hospital al pueblo pero como pidió no sé qué ventajas se armó un lío tremendo y todo se frenó. Que el famoso y multimediático Ted Turner compró una estancia por aquí cerca y cerró el paso a los pescadores de truchas. Y que encima ahora anda presionando a la Dirección de Parques Nacionales para que le vendan un pedazo de lago para su puerto privado. Y que esto y que lo otro, habladurías y chismes que casi no escucho porque para mí el viaje ya es sólo el regreso a casa.

Mi novela, por cierto, también se está terminando, al menos en mi corazón. Aún no sé si la escribiré, ni cuándo ni cómo. Pero no ceso de redactar apuntes, notas, fragmentos. En estos días viajo demasiado ansioso y se me nota. Yo lo noto y no me aguanto. Despacho uno que otro artículo para el diario, envío copias a otros periódicos de nuestra América. Luego sabré que algunas crónicas se publicaron aquí y allá, pero lo que no se me quita es la incertidumbre. No sé si tengo el final de la novela. Siento que me gana el caos.

Caos y eternidad

Si de repente las babosas, las hormigas, las abejas, las lagartijas, los sapos, las arañas y los gusanos se declararan en huelga general, ¿qué pasaría con el mundo? ¿Cómo entraría en descomposición lo sobrante, la basura? ¿Qué máquina podría suplir las proezas de estos animales? La armonía del universo se quebraría como el cristal de un reloj de arena partido al medio: no sólo sería imposible medición alguna, acaso no existiría ni el Tiempo. Porque ni siquiera el caos sería una posibilidad. El caos también necesita del trabajo de todos y requiere un ritmo, una marcación. Una cierta rima, digamos.

De todo esto surge la idea de la poesía como armónico caos del universo: la inofensiva babosa, la empecinada hormiga, la abeja laboriosa, la contempladora y siempre alerta lagartija, el sapo grave y desconfiado, la araña paciente, silenciosa y sutil, el gusano que todo lo degrada para que todo vuelva a vivir, el poeta al que le caben todos esos mismos adjetivos, garantizan, me parece, la continuidad de la especie. Pero no digo la especie como composición molecular, el cuerpo físico, el hallazgo de Darwin; digo la especie del símil, de la metáfora, del hablamos y entendemos en la alusión, en la elusión y en la ilusión, para que nada sea, siendo, y todo deje de ser, siendo. Esa costumbre de eternidad: la poesía.

Es cierto que nos falta todavía recorrer muchos kilómetros, pero mis apuntes van, definitivamente, por otro lado...

Una de las últimas escalas será, por supuesto, la famosa ciudad de San Carlos de Bariloche, bella y lánguida, recostada sobre el hermoso lago Nahuel Huapi. Ya no hay mucho de nuevo que decir de esta ciudad que ha crecido tanto, hasta alcanzar casi los 100.000 habitantes. Acaso detenerse en aspectos críticos como que las aguas del lago siguen siendo polucionadas aunque ya hay plantas de tratamiento de aguas servidas. Acaso lamentar la queja de casi toda la gente: es una mala temporada, los comercios están abiertos pero no hay clientes, el turismo no viene a causa de la crisis nacional, los hoteleros viven al borde del ataque de nervios, es impactante ver parvas de chiquillos de seis o siete años pidiendo monedas en organizado acoso a los pocos turistas

en todas las calles del centro, y por supuesto la locura nacional de los noventa: los casinos, los videopóker, los bingos, la timba de típica connivencia privada-municipal que no beneficia a nadie más que a algunos vivos, narcolavadores y concejales o diputados prendidos en el negocio.

Por cierto, casi no hay pueblo patagónico -de Santa Cruz, Chubut o Río Negro- que no tenga estos abominables lavaderos de dinero sucio llamados bingos y máquinas tragamonedas. Son aquí ahora una verdadera plaga, igual que en el Chaco y Formosa, Salta y Jujuy, no casualmente todos territorios de frontera.

En muchos sentidos este espacio gigante y plagado de contradicciones es un lujo inadmisiblemente que hasta ahora sólo un país de indolentes ha podido permitirse. Lo que los gobernantes parecen no comprender jamás es que en la Patagonia nunca habrá inversión si no se prepara, primero, el terreno para el cambio: pero para ello hay que educar y pavimentar, hay que establecer colonos y darles crédito, hay que aprovechar la energía barata y mantener un control férreo sobre ese enemigo feroz de la naturaleza que es el ser humano. Y hay que ayudar a los patagónicos, nyc o vya, a que se desarrollen y para eso hay que ofrecerles la seguridad de un Estado que no sea visto como «El Enemigo» sino como el socio mayor, porque el Estado somos todos.

Ni bien entramos a Bariloche recuerdo los libros de Esteban Buch, un escritor local que hoy -creo- vive en París. Autor de *El pintor de la Suiza Argentina*, un libro impresionante que elípticamente se refiere a la presencia de nazis en Bariloche y en la Patagonia toda. De hecho, desde el extremo sur y por lo menos hasta Junín de los Andes, sobre la cordillera muchos nazis encontraron paisajes alpinos, versiones gigantescas de la Selva Negra, lagos como verdaderos mares y, sobre todo, protección de las autoridades. Escrito sea con todo respeto hacia las mejores acciones sociales del peronismo, esa protección que se brindó a los nazis fugitivos es la deuda más grande que seguirá teniendo hacia la humanidad toda el propio Juan Domingo Perón. Claro que no es cuestión de rasgar sólo las vestiduras argentinas, porque los gobiernos ingleses, norteamericanos, brasileños, chilenos y paraguayos de la época hicieron exactamente lo mismo aunque quizá fueron más discretos. O más cínicos.

El caso es que Bariloche es para mí, en cierto modo, aquel libro de Buch, y en este arribo advertí que yo viajaba con prejuicios pues cada viejo alto, rubio y de ojos azules que veía era, para mí, indudablemente un criminal de guerra nazi. Y es que yo tengo siempre a mi judío interior alerta: mi paranoia es casi la de un sobreviviente de la Shoá. Tiene razón Ricardo Ibarlucía en su estupendo ensayo *Paul Celan: Una lírica después de Auschwitz* en el que citando a Adorno dice: «La perpetuación del sufrimiento tiene tanto derecho a expresarse como el torturado a gritar.» A mí me asiste ese derecho, la memoria tiene ese derecho. Amén.

Mientras conduzco al Coloradito por la larga costanera que lleva al Hotel Llao-Llao y al llamado «c circuito chico», donde Fernando decidirá su ascensión al Cerro Otto, descubro una vez más que es infinita la posibilidad de pensar que ofrece la Patagonia cuando se la recorre en coche. Quizá debería incluir también en este libro el viaje por el camino de los Siete Lagos, que es una maravilla de perfección. O el intenso viaje carretero de Bariloche a Zapala, por la ruta 40 pavimentada pero no menos vacía e impresionante. O los grandes cañones de la altiplanicie neuquina del Payén, que es fabulosa; y los grandes picos nevados como el volcán Lanín que se ve en el precioso camino entre San Martín de los Andes y Junín de los Andes, o como el Domuya y otros. Seguramente tengo material para dos libros de viaje más: los cañones y el desierto, los curiosos campamentos de extracción petrolera que parecen puestos marcianos, con los malacates en movimiento perpetuo. También debería hablar de muchos de esos pueblos y ciudades del desierto que es la Patagonia norte: Zapala, Bajada del Agrio, Chos Malal e incluso Malargüe, ya en la provincia de Mendoza tras el cruce del río Neuquén. Prefiero definirlo todo con una última aguafuerte patagónica de Arlt: «Neuquén podría llamarse el país del viento y estoy seguro de que semejante nombre reflejaría mejor su realidad geográfica. Viento que viene desde la cordillera y llega a través de cientos de leguas hasta el océano Atlántico imprimiéndole a la región, escasa de agua hacia

el este, un carácter árido y desolado... Todo está aquí sometido al imperio del viento, que sopla y aúlla, se queja y brama, dando en pleno verano la sensación de la proximidad del invierno.»

Hemos visto tantos paisajes fantásticos, inolvidables, y tantos otros perdidos en la estepa, que ahora me parece que ésa es su desdicha y ésa su maravilla.

Imposible recordarlo todo. Imposible abarcar un continente de una sola mirada. Atrás quedan nuestras caminatas y descubrimientos por entre lengas y ñires en los glaciares, alerces en Esquel, arrayanes en los Siete Lagos y en Bariloche. La Patagonia es maravillosa, sin dudas, pero estos territorios vacíos, estas inmensidades perfectas que nos devuelven siempre a la verdadera dimensión de nuestra pequeñez, nuestra brevedad y nuestra infinitesimal importancia también son agobiantes. ¡Qué importante sería que tanto líder mundial, tanto engréido suelto, tanto pavo real y tanta *prima donna* vinieran a darse un baño de Patagonia! El mundo sería distinto, sin duda. Sería mejor.

No deja de ser una paradoja que en la novela que planeo-sueño-escribo la policía persigue en todo momento a Clelia y Victorio, pero aquí debo señalar que es notable, en toda la Patagonia, la total inexistencia de policías camineros. En más de 7.000 kilómetros andados no hemos visto ni un solo patrullero en las carreteras. Ni un policía en moto. Sólo unos pocos a la entrada de alguna ciudad importante o en los límites fronterizos entre provincias. Y no es que uno los eche de menos ni los necesite, vaya, pero Fernando me hace notar que tanta vaciedadumbre no es buena y, además, seguramente, los contribuyentes patagónicos pagan para tener policías que, por lo menos, trabajen.

Ya sé la acusación que seguramente recibirá este libro: la negatividad de su autor en muchos puntos, pues parece en todo momento buscar el pelo en la leche y etcétera, etcétera. La respuesta es sencilla: lo grave no es buscar el pelo en ninguna leche, sino que las leches tengan pelo.

Como fuere, estoy a punto del final. Es lo único cierto, lo único que me importa.

Y a propósito, empiezo a pensar que quizá la novela deba terminar de un modo menos trágico, incluso festivo, inesperado: ¿por qué no dejar que zafen del cerco? ¿Qué clase de autor soy yo que no sé ayudarlas a escapar, en lugar de que terminen con el lugar común de que se matan? Hasta me acuerdo ahora de aquella película norteamericana: *Thelma & Louise*. Acorraladas, las dos amigas se lanzan al precipicio. Puj. Nones, Clelia y Victorio eluden el cerco y logran cruzar a Chile. Allá se instalan, en Punta Arenas o en la isla de Chiloé, y finalmente rehacen sus vidas y la pasan bomba durante muchos años. ¿Por qué no? Y la novela los retorna un domingo haciendo el amor tranquilamente en un hotel de Río Gallegos o de El Calafate. Han regresado a la Argentina después de bastante más de una década, de visita y para encontrarse, por ejemplo, con los padres de Clelia. O bien, han decidido retornar por el mismo camino que los llevó al exilio.

Victorio ha pasado los setenta años y está todavía vigoroso, mientras ella está espléndida a mitad de sus cuarenta. Se regalan este viaje a la Patagonia argentina, que para ellos es retroceder en el túnel del tiempo. Vuelven después de muchos años, alrededor del 2020. Han llegado al hotel luego de un día de paseos y compras y han hecho el amor durante casi dos horas, lenta y apaciblemente. Como hace muchos años y como siempre, se hicieron declaraciones apasionadas, se gozaron y recordaron, gimieron y se juraron todo el amor, la fidelidad y los permisos lúdicos, con ella arriba y con ella abajo, de pie y en voz alta, jocosos y llorantes, hasta que de repente Victorio siente que se viene largamente y de extraño modo, le dice que se derrite, que se derrama todo dentro de ella y entonces eyacula como un caballo, como un río, una catarata final, se diría, y enseguida se alza levemente sobre ella, se miran a los ojos con una mirada tan profunda como si allí vieran el verdadero, oscuro fondo del mar y se sonríen apenas, como siempre, como cada vez du-

rante todos esos años, y él sale de dentro de ella y se extiende a un lado, se deposita a todo lo largo junto a Clelia y se quedan abrazados y él tendido, exánime. Su respiración es suave como la de un niño, tan leve que casi no se siente, pero sobre todo es plácida, profunda y final, porque Victorio se va entregando lentamente al sueño eterno para ya no despertar jamás.

Clelia no lo advierte sino hasta un rato más tarde. De pronto ha notado la placidez o el peso muerto de Victorio, y entonces se recupera y da un brinco, le dice Vic, Vic, lo llama y lo sacude y enseguida se da cuenta. Se alarma, se desespera y se ríe de nervios, lo empuja, le pega un par de golpes en el pecho. Comprende todo. Y dice:

-Lo hiciste, nomás, y la puta que te parió..

Y se suelta a llorar sobre el hombro de su hombre, con un llanto adolorido y profundo pero no desesperante, no angustiado, incluso hasta parece un llanto feliz. No alegre sino feliz. Por todo lo que se amaron, por todo lo vivido por todo lo que se dieron el uno al otro, porque ella en ese instante comprende que ha sido la única mujer en la vida de ese que fue su único hombre, y se abraza a él y llora un rato largo, no sabe cuánto tiempo hasta que suena el teléfono y, como una autómatas, moqueando todavía, con un clínex en la mano que tomó de algún lado, va hacia el teléfono y lo alza y es Cardozo que se ha enterado de que cruzaron la frontera y pregunta si van a ir al Chaco:

-Acaba de morir, el hijo de puta.

Cardozo hace silencio del otro lado, como resistiéndose a entender lo que ya ha entendido perfectamente.

-Y lo hizo como siempre dijo que lo haría: se murió adentro mío.

-Carajo -dice Cardozo, después de un rato- ¿Y ahora qué vas a hacer?

-Llevarlo. Haré todo como él lo quería...

-Te estaremos esperando, piba.

-No te olvides de llamarlo a Rafa -dice Clelia-. ¿Cómo está?

- Viejo, pero va a aguantar.

-Tienen que estar ahí para despedirlo. Todos.

Al día siguiente, por la tarde, Clelia y el cajón llegan al aeropuerto de Resistencia y la ceremonia de cremación se realiza enseguida, y enseguida marchan hacia el Paso, donde están todos en la costa, junto al Paraná majestuoso. Hay varias canoas por allí, dos o tres lanchas bajando, una grande de la Prefectura que hace sonar una sirena a pedido de quién sabe quién, y en la orilla y junto a Clelia están Rafa y Cardozo, por supuesto, y está la barra de « La Estrella», y han venido Rosa y Lucho de España, y el Negro de Montevideo, y el Poli y Ramón de Santiago, y Rafa y Gonzalo y Sandro y Carlugas y los demás amigos mexicanos, ahí están los cuates, los poetas, los utopistas, los últimos comunistas, los inclasificables, los incomodantes, los inconformes, ahí están Tito y Adriana y están las Bebys y el Flaco de la Naviera, y están Viviana, los Turcos, María Julita, el viejo Mike y Carlos el veterinario, y seguro que por ahí andan también Pura y Frank, y el Tío Bob y Rafa, que viste un ridículo impermeable bogartiano y lleva un Stetson de película de los cincuenta en la cabeza, se dirige a todos en esa lengua retórica y peda que le sale ahora, mezcla de hablar chaqueño con vocablos y aire aztecas. Sostiene un vaso de whisky en la mano llena de anillos y sonrío como los Papas cuando visitan África, con los ojitos brillantes debajo de los quevedos que le ha dado por usar de viejo, y dice:

-Señoras y señores, queridos todos: ha muerto el amigo, el hombre que luchó toda su vida por causas que no tenían chance alguna de triunfo, y que por supuesto perdió siempre; el leal caballero que por ser siempre derecho y no traidor, sostuvo hasta el final las batallas más inútiles, en cada una de las cuales sólo supo dejar retazos de su alma. Murió un poeta, digamos, pero no vamos a llorarlo. No hemos venido para eso sino que hemos venido, todos, para celebrar su vida. Que ha sido, y que es, un poco la vida de cada uno de

nosotros. Celebramos entonces al poeta que jamás publicó un verso, al utopista permanente que sólo nos dejó la marcha de sus pies y la caricia de sus manos y los brillos de su inteligencia. Brindamos por el amigo entrañable -Rafa se echa un trago y se le enciende nuevamente el verbo- brindamos, digo, y los invito a ustedes a brindar una y otra vez durante toda esta tarde magnífica en la que no vamos a llorar, carajo, sino que vamos a cantar ya bailar ya beber...

Entonces a Rafa se le quiebra la voz y todos aplauden mientras él se recompone despachándose el vaso entero, diligentemente colmado en el acto por la señora Midori, que está junto a Don Terada porque esa tarde el Bar «La Estrella» cerró por duelo, lo cual es extraordinario porque los japoneses no cerraron ni la noche en que murió Evita.

El largo aplauso se prolonga en la tarde, que muere lenta en un crepúsculo maravillosamente rojo, una bola de fuego que se hunde tras la Isla del Cerrito como si todo el Chaco fuera capaz de tragarse ese sol irreprochable y perfecto.

Rafa grita:

-¡A beber todos por el alma de Victorio Lagomarsino!

-¡Viva, viva! -carean algunos, abrazándose y riendo mientras empiezan a sonar los chamamés. Es un conjunto local que ha contratado Carlos el veterinario y que viene tocando en una canoa que se acerca a la costa.

Entonces Clelia alza la cajita en la que están las cenizas de Victorio y sacude el pañuelo que las contiene, para que la suave brisa las deposite sobre las aguas del río. Mientras todos aplauden y beben y gritan, ella llora y sonrío, preciosa, bellísima.

-Fue magnífico, Vic -dice para sí, la cara diáfana y la sonrisa impecable-. Te voy a extrañar, estúpido, pero gracias por todo. Fue magnífico y valió la pena

Ahora volvemos a casa. Fernando se quedará unos días más en el Chaco y luego regresará a los Estados Unidos. Yo tengo un montón de trabajo por delante. El viaje por la Patagonia ha terminado y mi novela, seguro, ya tiene un final.

Con el Coloradito a 120 kilómetros por hora, nos miramos y sonreímos.

-Fue magnífico -dice Fernando.

-Sí -digo yo, pensando en Clelia-. Fue magnífico y valió la pena.

*Patagonia y Paso de la Patria,
febrero/junio de 2000.*